



SERVICIO SECRETO

B&B



EVA Y LOS GORILAS

peter debry.

EVA Y LOS GORILAS

PETER DEBRY

EVA Y LOS GORILAS

Col. SERVICIO SECRETO n.º 712

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 159 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: MARZO - 1964

© PETER DEBRY - 1964

SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© PROVENSAL - 1964

SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 6671/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

517 — La ruta de los pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

710 — Serenata para tigresas.

En Colección BUFALO:

229 — El fortín de los rebeldes.

En Colección CALIFORNIA:

77 — Un póker llamado muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

93 — Espuelas rencorosas.

En Colección COLORADO:

28 — Cachorro de *gun-man*.

En Colección PUNTO ROJO:

54 — Siniestra obsesión.

67 — F. F. ha sido secuestrada.

En Colección METRALLA:

1 — Pánico en Saint Tropez.

EVA y los GORILAS

**por
PETER DEBRY**



CAPÍTULO PRIMERO

—Los gorilas de la competencia se movilizarán tan pronto desaparezca Frol Konradin. En la danza que se avecina, quiero llevar la batuta.

En el sombrío despacho, Didier Bertand, ex capitán de la Legión Extranjera, hablaba con sequedad y aire de supremo fastidio.

Gaston Joris, ex legionario paracaidista, escuchaba con expresión ausente, contemplando al negro gato, gordo y reluciente, que se aseaba en el reborde de la ventana. Los cristales transparentaban la horrenda vertical de hierro del ingeniero Eiffel, apuntando al cielo plomizo, como un gigantesco índice imperativo.

El índice de Didier Bertand repiqueteó sobre su carpeta:

—Frol Konradin ha solicitado la protección de nuestros servicios especiales. Esta noche desaparecerá para siempre de su Embajada, y desea perderse en el anonimato. París es la ciudad ideal para esfumarse en el laberinto de razas que nos honran con su predilección. Somos excesivamente hospitalarios.

«Si divagas es que estás preocupado —meditaba Joris—. Y no por escrúpulos humanitarios, porque tienes la sensibilidad de un rinoceronte».

—No me canso de reiterar a mis agentes que esta oficina es una especie de sucursal del contraespionaje, sin carácter oficial, pero oficioso. La

jefatura me encomienda misiones delicadas, y dan por supuesto que sé elegir gente capacitada para desenvolverse con dinamismo. Gente de choque, apta para la lucha más sórdida. Desde este despacho, yo distribuyo hojas de ruta con un itinerario que, en elevado tanto por ciento, suele terminar en el lugar donde queda garantizado el absoluto reposo ideal: una fosa.

Gaston Joris esbozó una sonrisa de irónico aburrimiento. El erizado bigote en cepillo y la barbita en punta de Didier Bertand, poseían un color gris metálico, acerado como el destello de sus ojos.

Remachó:

—El destino más o menos demorado de mis agentes, es una caja con tres tabloncillos forrados de raso y una tapa de cristal. Un gorila menos en los Servicios Especiales. Un apelativo puesto de moda por la «Serie Negra». Los agentes de escolta y acción, tanto los propios como los de la competencia, carecen de identidad. Son gorilas. Metidos en la peor de las junglas. No me merecen la menor compasión, sino envidia.

Bertand era amante de las pausas. Sus agentes comentaban que le agradaba ser odiado, y que disfrutaba infundiendo pesimismo al más optimista.

Al prolongarse la pausa, Gaston Joris silbó entre dientes, modulando, sin dejar escapar el sonido. Imperturbable la expresión arisca, Bertand prosiguió:

—Ningún gorila a mí servicio podrá jamás alegar que yo le doré la píldora. Yo no obligo a ningún individuo sensato a entrar, pero ya que le atraen las emociones bruscas, la buena paga y vivir intensamente, es digno de envidia. Un gorila siempre muere joven. Una muerte envidiable, en plenitud de pujanza física. Yo me extinguiré en la triste contemplación diaria de mi progresiva decrepitud. Usted morirá repentinamente, con fogosa bizarría, como los elegidos de los dioses: en plena juventud.

Asintió Joris en silencio, con mueca burlona. Bertand fijaba en él la barrena de sus grises ojos, y una aguda risita distendió sus delgados labios.

Aquel rictus acreditaba su apodo: «Hiena».

—Usted es uno de mis agentes menos torpes. No es que se distinga por una inteligencia privilegiada, si bien tampoco contrato yo cerebros. El mío es el que dirige. Reconozco que ha sabido, hasta ahora, zafarse de las embestidas de la competencia. Y no son mancos los gorilas del Branch y del Centro⁽¹⁾. Ahora bien, la misión que usted inicia esta tarde, es extremadamente peligrosa. Lo es, dada la personalidad de Frol Konradin. Un especialista en el descifre de códigos. Y por sus manos han pasado muchas informaciones del Centro. Konradin posee una memoria privilegiada.

El gato maulló y Didier Bertand se levantó pesadamente. Crujieron las articulaciones metálicas de su pierna ortopédica, mientras se dirigía a abrir

la ventana. El gato consintió en dejarse rascar el cuello antes de emprender su excursión crepuscular por los tejados. «Tal para cual —meditó Joris—. Bien cebados, egoístas y salvajes».

Volviendo a sentarse, el ex capitán legionario continuó:

—Existe una verdad indiscutible. El Centro, apenas sospeche que hay algo turbio en la presunta desaparición del húngaro, lanzará una jauría de sus gorilas para anularlo y cortar así, en seco, el manantial de informaciones que concede un gran valor a la vida de Konradin.

Didier Bertand suspiró, al añadir:

—Frol Konradin no tiene un pelo de tonto. Quiere jugar los ases que posee, a su modo. No desea pasarse el resto de sus días metido en un escondite y temblando a cada paso que oiga. Para poder gozar de un anonimato a toda prueba, Konradin me expuso en plan, que he aprobado, y que explicará razonablemente su ausencia de la Embajada. Y aquí es donde entra usted en la danza, Joris.

La amplia y brillante calva de Bertand acentuaba su triángulo facial, completando su parecido con un Mefisto cruelmente sardónico.

—A veces me intriga sumamente el hecho de que usted me inspire confianza, Joris. Será posiblemente porque le he encomendado ya cinco misiones, y pese a los fallos, al final, debidamente asesorado por mí, salió a flote. ¿O será porque se las compone para no arriesgar la piel? Su extremada cautela debe ser la que consigue mi confianza.

Gaston Joris hablo por vez primera. Incisivamente:

—Hasta aquí podíamos llegar. Yo le inspiro una desconfianza bárbara, porque soy bastante menos cretino de lo que se figura. Usted, como patrón que paga, tiene derecho a meterme en líos cada vez más complicados. Pero le fastidia horrores que siempre regrese Vivito y coleando. Teme que la jefatura piense que yo no soy un suicida polichinela, como sus demás gorilas, y decidan ascenderme con la bicoca de este despacho. Aquí sí que está uno cómodamente sumergido en plena cautela, elevada al cubo. El riesgo mayor que corre usted es que le arañe su puerco gato.

Didier Bertand rio, alborozado. De boca por fuera. Sus pupilas seguían siendo venenosas, aunque replicó con aparente afabilidad:

—Es una pena que no podamos cultivar más nuestra relación personal.

Regresó a su tono autoritario y desdeñoso, para ir dictando instrucciones.

Gaston Joris abandonó con gran placer aquel sombrío despacho, embutido en un enorme edificio de triste fachada con pátina de siglos.

La cita con Frol Konradin estaba fijada para las seis y cuarto. Tercer vagón del Metro. Estación Clichy.

En el andén, Joris se sentó bajo un cartel pregonando las delicias de un agua burbujeante que lo curaba todo. Siempre le causaba extrañeza la profunda antipatía instintiva que le producía Didier Bertand.

En la campaña argelina, el que era remilgado no sobrevivía. Y el capitán Bertand, antes de perder la pierna derecha, había sido considerado un valiente, dotado de gran cerebro. Nada del temerario alegre.

«Un hombre frío, razonador y... repulsivo», se repitió mentalmente Joris. Ocupando ahora un cargo secreto, que exigía ser implacable. Pero se pedía ser implacable con cierta sensibilidad, decían los más brutos ex paracaidistas legionarios, como Firmin Lebrun, el auxiliar preferido de Joris.

Lebrun había sido también designado por Bertand para colaborar con Joris en aquella extraña misión que iba a iniciarse dentro de unos instantes.

La puntualidad del Metro era archisabida. A las seis y cuarto, Gaston entró en el tercer vagón y mentalmente identificó al diplomático húngaro, apenas el convoy reanudaba la marcha.

Frol Konradin leía un periódico, apoyándose con negligencia en un respaldo, junto a la puerta central. Un hombre de unos cuarenta años, de negros cabellos aceitosos, mediana estatura y profundas arrugas marcando su entrecejo y las comisuras labiales. Vestía con rebuscada elegancia.

Unas gafas ahumadas escondían el color de sus pupilas. Sus manos temblaban levemente y, a instantes, un tic nervioso le crispaba el rostro.

Descendió en la parada terminal, como estaba convenido, y en la acera dejó pasar varios taxis antes de subir en uno. Gaston Joris se instaló tras el volante de un coche aparcado a poca distancia de la salida del Metro.

Diez minutos después, el taxi se detuvo. Le imitó el anticuado «Renault» conducido por Joris, que volvió a comprobar que no había seguidores.

Abrió la portezuela, abanicándola, y Frol Konradin se instaló junto al volante.

Apenas Gaston logró agregarse a la fila de coches, percibió que el húngaro le estudiaba de soslayo, receloso.

—Si quiere preguntarme algo, no titubee —invitó.

—El capitán Bertand me aseguro que enviaría a uno de sus mejores agentes...

—Y usted ve a un francés de aspecto corriente, sin nada del superhombre. No se fíe de las apariencias, Konradin. Soy el número uno de la promoción más reciente del capitán.

El húngaro encogió los hombros, nerviosamente. No estaba dispuesto a bromear. El «Renault» dejaba atrás la Porte Clignancourt, y, por la Nacional, aceleraba al máximo.

La circulación era menos densa, y Joris tenía ya la plena seguridad de no ser seguido. Atravesaron un villorrio y, abandonando la Nacional, los neumáticos rodaron sobre un camino de tierra.

El coche se detuvo ante una granja aislada, y Joris, apeándose, recorrió los alrededores hasta cerciorarse de que no había indiscretos rondando.

Al regresar, abrió la puerta y llevó el coche al interior del tosco garaje. Señaló la maleta en el asiento posterior:

—Encontrará ropa a su medida. Desnúdese, sin olvidarse del reloj, el anillo y el brazalete.

Taciturno, Frol Konradin fue desvistiendo.

Gaston Joris, abriendo el portamaletas, examinó críticamente el cadáver encogido. El cuerpo estaba rígido, frío, y ostentaba un color blancuzco. Tenía el cabello negro, y la misma estatura y corpulencia del húngaro.

Los ojos abiertos del difunto desconocido, le miraban con vidriosa fijeza.

Masculló Joris:

—Lo siento, amigo. Yo no te escogí, ¿comprendes? El galeno del hospital te seleccionó.

Mirando a Konradin, añadió Joris:

—Era un soltero, huérfano por añadidura. Murió esta mañana, de una crisis cardíaca. Nadie lo reclamará. Por eso hemos venido a esta carretera. Porque tenemos que operar de acuerdo al lugar donde estaba este difunto, que le viene de perlas.

Enfundarle al muerto la ropa del húngaro no era sencillo. Y resultaba una manipulación desagradable. Entre dientes, comentó Joris:

—No haces nada para facilitarme la faena, hombre. Tieso como un poste helado...

El cadáver bamboleaba a veces la cabeza, como disgustado.

Konradin terminó de vestirse y pasó a sentarse atrás. Joris colocó al muerto, esquinado, en el asiento delantero. Condujo lentamente hasta detenerse a la entrada del camino de tierra.

Frol, apeándose, miró interrogante a Joris, que le señaló el otro lado de la carretera. El húngaro, atravesando el asfalto, desapareció entre los matorrales.

Joris colocó al muerto detrás del volante. Miró hacia la cuneta donde aguardaba un coche desocupado. Exactamente la hora convenida: las siete cuarenta y cinco.

Por la larga recta asfaltada apareció el camión, llegando en el instante previsto. Era indudable que el capitán Bertand manejaba con precisión los hilos de todos sus títeres.

Gaston Joris subió al estribo y encajó el embrague automático. Saltó a tierra cuando el coche salía a la Nacional.

El camión, acudiendo a toda velocidad, embistió de lleno al viejo «Renault». El ruido de chatarra crujiendo era chirriante. El coche dio dos volteretas laterales y quedó tumbado en el talud junto a la cuneta.

Prender fuego al motor y ocuparse del resto, era ya tarea del conductor del camión. Joris fue a reunirse con el húngaro, que ya aguardaba en el coche, el cual puso en marcha.

Iba deteniéndose la circulación en el sentido contrario. Una llama se elevó del «Renault» estrujado.

Camino de París, Joris vio, de soslayo, el lívido perfil del húngaro. Debía parecerle de mal augurio el destino del pobre desconocido que le había remplazado, portando sus objetos personales y su ropa.

Cuando Joris paró el coche ante una puerta, al fondo de un callejón, preguntó Konradin:

—¿Dónde estamos?

—Ante la puerta de servicio de una clínica muy privada. Puede tener plena confianza. El cirujano y el personal son asalariados del capitán Bertand. Se cuidarán de cambiarle las huellas digitales, la prótesis dental, forma de la nariz, cejas, orejas... Le dejarán totalmente desconocido, como quedó convenido entre usted y mi jefe.

Antes de descender, el húngaro, inquietas las pupilas tras las gafas ahumadas, especificó:

—Me interesa volver a puntualizar las cosas, por última vez. Yo abandono mi cargo y mi país, por razones estrictamente personales. No soy ni quiero ser un espía.

Pronunció el calificativo con mueca de disgusto.

Joris replicó:

—Usted aceptó un trato honrado, y se le corresponderá en la misma moneda. Es inteligente y no ignora que nuestra ayuda, eficiente, ha de ser pagada con determinadas informaciones que usted posee. No somos una agencia filantrópica, ni mucho menos un centro benéfico. Tampoco tiene nada de filántropo, el otro Centro.

Era evidente el titubeo mental del agregado de Embajada al exponer:

—Yo acepté entregarle al capitán unos datos que nuestro servicio arrancó a unos técnicos federales germanos, referentes a cohetes estratégicos. Este fue el trato. Y esto será todo lo que yo revelaré. Nada más puede exigirme su jefe.

—No tengo atribuciones para discutir la mayor o menor cuantía de su pago. Ni este es el lugar apropiado para ello. El cirujano le espera, Konradin.

Diez minutos después, el húngaro estaba tendido en la mesa del quirófano debidamente anestesiado.

Gaston Joris, junto a la puerta, veía las batas blancas y las máscaras de gasa moverse en torno a la mesa operatoria.

A su lado, Firmin Lebrun, su colega, vestido de enfermero, gruñó:

—No veo por qué hemos de asistir a esto. Vamos a fumar un pitillo fuera.

Pertenecía al género que desdeñosamente calificaba el ex capitán Bertand de «brutos integrales». Le unía una gran amistad con Joris, desde el tiempo en que ambos, vistiendo el uniforme legionario de paracaidistas,

habían congeniado en momentos de peligro y en ambiente de desenfrenado salvajismo.

En el corredor, Joris encendió su cigarrillo y dijo:

—Vete con mucha pupila en este asunto, Firm. Según el patrón, Konradin vale millones. Tu cometido es impedir que nadie se le acerque.

—*Nequáquam*. Nadie se le acercará —afirmó Lebrun solemnemente.

—Tú y yo somos los responsables de la seguridad personal del húngaro, en los cuatro o cinco días que necesite estar aquí, para cicatrizar.

—Si tengo que mantener bien abiertas las pupilas, ¿cuándo diantres pego las pestañas?

Pacientemente, expuso Joris:

—Dos tumos. Solamente yo te relevo. Si viene algún tipo diciéndote que ha de relevarte, le atizas primero y me lo aguantas, hasta que yo venga a examinarle el pelaje.

Pasó una enfermera y Lebrun silbó suavemente ante el dulce contoneo. Joris aprobó también visualmente aquel ondular de caderas. Dijo:

—Mucho tiento con las mujeres, viejo. El Centro o el Branch, si huelen a chamusquina en el asunto, destacarán bombones apabullantes. Déjate querer cuando estés libre de turno, pero en tus doce horas de servicio, eres un adoquín.

—Un adoquín, exacto —rio Lebrun, complacido.

Según Bertand, el ex «para» Firmin Lebrun había aterrizado varias veces sobre la cabeza. Pero conocía que era insensible a los golpes que hubieran tumbado a cualquiera. Y solamente cabía un procedimiento para quitarle el sentido perceptivo: pillarle desprevenido.

Miró Joris por el cristal de la puerta y comentó:

—Sigue el juego de manos, pinzas, bisturís y algodones. Durante cuatro o cinco días, Konradin solamente podrá chupar jugos de vaca y frutales, con una pajuela. Lo rellenarán de vendas. Tiene que ser un tipo importante, porque Didi está muy inquieto.

El diminutivo del nombre del director de la muy especial «Agencia Bertand» provocaba siempre en Lebrun una hilaridad irrefrenable. Cuando cesó de reír, manifestó:

—Es curioso lo que me sucede con el condenado tiparraco ese. Me sienta como una losa de plomo en el buche, troncho. ¿Y sabes por qué, viejo? Porque le trata a uno como si uno fuese un montón de estiércol. El día menos pensado me olvido de que tiene una pata de latón y le doy...

—Ten presente que Didi nos paga un sueldo imponente y unas primas de escándalo. Ante todo la moneda, viejo. Después, los sentimientos. ¿Qué te hizo?

—Esta tarde me convocó para decirme que, en este asunto del húngaro, se ventilaba una fortuna. Suspiró lamentándose de que un zoquete como yo fuese el auxiliar que tú habías elegido. Por suerte, me echó pronto. Me

revienta Didi, no lo puedo remediar.

Abrieron los batientes del quirófano, y en la camilla rodante, Frol Konradin dormía, envueltas las manos y la cabeza en blancos vendajes voluminosos.

Lo recostaron en una cama clínica, en un cuarto aislado, donde Firmin Lebrun se instaló junto a la cabecera del operado.

Gaston Joris se dirigió al hospital de las afueras donde, en un cajón frigorífico, conservaban el carbonizado cuerpo revestido con la ropa y los objetos personales de Frol Konradin.

El médico de guardia esperaba en su despacho. Le preguntó Joris:

—¿Todo quedó bien?

—Personalmente me ocupé de arreglarlo, apenas ingresó. Algunos retoques poco importantes, y quedó como era necesario que quedase.

—Tengo que verlo.

—Sígame. Claro, no resulta muy apetitoso.

Examinando lo que contenía el cajón metálico y refrigerado, Joris meditó que, en efecto, aquellos restos no eran precisamente un tónico estomacal.

Pero formaba parte de su misión el cerciorarse personalmente de que todo iba saliendo a tenor de las precisas instrucciones de Bertand, el cual manejaba los tilos de todos los titeres.

Pese a su veteranía, a Joris siempre le resultaba más fácil disparar contra un gorila rival que cachear a un muerto carbonizado.

Revisó cuidadosamente para descubrir algún detalle olvidado. Pero todo estaba en perfecto orden. «Quedaba como era necesario que quedase». El médico conocía su oficio.

Joris se abanicó con la mano, abandonando la fresquera.

—Tengo un frasco de armañac en mi despacho —invitó el médico—. Nos sentará bien un par de tragos.

«Este matasanos es un diplomático o un borrachín —pensó Joris—. Porque a él no le hacen falta los tragos. A mí, sí».

Tras vaciar su copa, indicó:

—La Embajada lo reclamará a primera hora. Usted los atenderá.

—No se preocupe. No verán nada. Yo soy el único, aquí, que está al corriente de la sustitución.

Regresando a París, decidió Joris que se había ganado el derecho a dormir tranquilamente. Repasó todo el asunto, en su cerebro. El húngaro dejó entender que iba de paseo por las afueras, en su Embajada, para recoger a una dama deseosa de conservar el incógnito.

Una condición lógica para defender los restos de su baqueteada honestidad. Esto explicaría la presencia de Frol Konradin, embutido entre el volante y la carrocería aplastada de un coche de alquiler.

Pero había dos puntos delicados: el aspecto excesivamente perfecto de

aquellas quemaduras, desfigurando las facciones. Y el accidente a la salida de un camino vecinal.

Según la lógica, y según Bertand, la Embajada no sospecharía.

En voz alta, masculló Joris:

—Puede que la Embajada no sospeche. Pero, ¿y los gorilas del Centro? Esto es lo malo de este desdichado oficio. Somos desconfiados por vocación, experiencia y hábito. Un asco, como dice Didi.

Sonrió, satisfecho. Si Firmin compartía su instintiva repugnancia hacia Didier, confirmaba su teoría de que Bertand tenía una característica indiscutible: la del reptil.

Agazapado en rosca en su sombrío despacho, gozaba indudablemente enviando a sus gorilas por itinerarios en los que siempre se trenzaban complicados pasos de una danza macabra.

CAPÍTULO II

En la ribera izquierda del Sena, y cercano al puente Saint Michel, el edificio de cuatro pisos tenía una pátina de siglos de antigüedad. Poseía un amplio patio interior, para estacionamiento de los vehículos de los arrendatarios de los innumerables despachos y oficinas de diversa índole, ocupando los cuatro pisos.

Un portero comprobaba si los visitantes motorizados tenían derecho al libre acceso. Por la ventanilla del «Triumph» Blanco, Eva Blain presentó una tarjeta. El portero examinó con creciente interés a la dueña de aquel cartón y conductora del soberbio coche descapotable.

Hasta saludó casi militarmente, cediendo el paso al «Triumph». Había oído hablar de las agentes femeninas de la P. T. J.^{2}, pero nunca había visto a una en persona.

Meditó que aquella mujercita de aspecto tan suave y agradable había elegido una profesión muy discordante con su aspecto.

La vio desaparecer por una de las dos escalinatas que, a cada lado del patio, conducían a los pisos.

Eva Blain empujó una puerta en el segundo piso. El cristal tenía letras de mustio color amarillento anunciando:

*«Agencia Bertand»
«Exportaciones-Importaciones»*

La encargada de Recepción tenía un aspecto tan ajado como el mobiliario de la antesala. Examinó la tarjeta que tendía Eva Blain. Firmada por Didier Bertand y especificando la hora de cita. Señaló la empleada la puerta al fondo.

El cristal opaco presentaba en su centro un cartel con letras marfileñas:

*«Didier Bertand
Director».*

Cuando entró la visitante, Bertand se limitó a inclinar levemente la calva cabeza, y luego dirigió la barbita en punta hacia una silla.

—La felicito por su aspecto, Eva —declaró secamente—. Nadie puede imaginar que es usted, al parecer una de las mejores agentes del

«Deuxième Bureau». Bonita, con distinción y de dulce mirada soñadora... que ahora chispea con ironía. ¿Le inspiró ideas divertidas?

—Oh, no, ni mucho menos —sonrió Eva Blain—. Nos conocemos simplemente de oídas, capitán, y sentía curiosidad por verle personalmente. Cuando supe que usted había solicitado una mujer capacitada para investigaciones especiales, ofrecí mi candidatura. Si ha creído usted leer ironía en mis ojos, se debe seguramente a que sus cumplidos me han halagado, puesto que su fama es de misógino cien por cien.

—Las mujeres me gustan en su lugar adecuado, señorita Blain. Cocina y alcoba. Bien... La pondré en antecedentes de lo que juzgo necesario que usted sepa. En todos los casos en que el «Deuxième» no ha de aparecer como directamente envuelto en determinados incidentes, mi agencia actúa oficiosamente. Recluto mi personal entre ex combatientes, inadaptados a la vida normal. Los dirijo y asesoro, revelándoles el mínimo posible. Pero en la misión actual he empleado a Gaston Joris, porque le considero medianamente inteligente... y, en consecuencia, peligroso.

Eva Blain escuchaba con expresión soñadora. Y sin embargo, Didier Bertand tuvo el absoluto convencimiento de que era una mujer práctica y sumamente lista.

—Frol Konradin supone una gran tentación. Si Gaston Joris tuviera la debilidad de calcular que la obtención de lo que sabe Konradin podría representar para él millones... me complicaría la existencia. Y por esto solicité una agente desconocida. Misión: vigilar y comprobar que todos los pasos de Gaston Joris no se aparten ni un centímetro de los que yo le señalo. ¿Está claro?

—Comprendo. No es cuestión de desconfianza, sino de prudencia. ¿Puede describirme el carácter de Gaston Joris?

—No. Y le aclaro mi negativa con un razonamiento convincente: para mí, todos los gorilas son iguales. Cabezas calientes, amantes del riesgo y completamente indefinibles. Caminan siempre sobre una cuerda floja, como equilibristas. Un impulso les hace entrar en la Legión. Otro impulso les puede conducir a ser criminales. Ahora bien, no soy sicólogo, sino jefe de una brigadilla de hombres de choque. Tal vez si me concreta lo que desea saber de Joris, sabré contestarle.

—¿Le cree capaz de venderse al mejor postor?

—No. Le concede tan escaso valor al dinero como a su piel. Pero en el asunto Konradin la cantidad en juego para un aventurero, anula su desprecio del dinero. El que no se vende por cien mil, puede sentirse muy atraído por los millones que significan los secretos que posee ese hombre.

—¿Es enamorado?

—A flor de epidermis. A cualquier mujer bonita que se le ponga al alcance, intenta conquistarla, sin perder nunca la brújula.

—¿Sabe él que usted desconfía de su fidelidad?

—No. No simpatizamos, pero es común el sentimiento entre mis hombres y yo. Prefiero la amistad de los animales —y Didier Bertand contempló afectuosamente al gato negro, siamés, que se desperezaba alargándose sobre su mesa—. Por ahora, Joris ha efectuado matemáticamente todas las gestiones que le he encomendado, sin correr riesgos innecesarios.

—Mi cometido consiste, entonces, en evitar que negocie con agencias rivales, la posible entrega de Frol Konradin.

—Exacto. Yo la mantendré al corriente de cada gestión que le encomiende a Joris. Si percibe usted el menor fallo, le ruego me lo comunique tan pronto lo haya participado a su jefatura. Una de las obligaciones de mi cargo me exige suprimir personalmente al gorila que se sienta propenso a tomar iniciativas contrarias a las que son su deber. Reciben paga y primas espléndidas, para saber resistir toda clase de tentación. Un dato que considero preciso sepa usted: Joris no es del género pitecántropo, como Firmin Lebrun, su auxiliar. Es brutal, pero a veces demuestra aptitudes cerebrales superiores a los comunes y vulgares matones que tengo a mí servicio.

—En estos instantes, ¿dónde se halla Gaston Joris?

Didier Bertand consultó su reloj pulsera:

—Ha sido relevado por Lebrun en su turno de enfermero junto a Konradin. Estará cenando en el «Normands».

★ ★ ★

Gaston Joris tenía su mesa reservada en el «Normands». En una esquina muy estratégica. Saboreando su pastel de moka y chantilly, volvió a contemplar a la desconocida, que terminaba de cenar en la esquina opuesta y cercana a la puerta encristalada.

Meditó que aquella rubia tenía un algo indefinible. Fina, hasta distinguida y, a la vez imperiosamente atractiva, porque carecía de seducción llamativa. Su seducción era sinuosa. Se infiltraba.

En aquellos momentos, Eva Blain encargaba al camarero Prosper:

—¿Qué me recomienda de postre?

—Pastel de moka y chantilly, señorita. Al instante se lo traigo.

Prosper contempló con agrado a su nueva cliente, cuando ella afirmó que aquel pastel era excelente y justificaba la fama de las especialidades de la casa.

Gaston Joris llamó a Prosper cuando el comedor se iba vaciando. El camarero era también socio del restaurante. Y tenía en común con Joris una pasión: las carreras de caballos.

Vino con el ejemplar del «Turf» para cotejar sus acotaciones con las de su cliente preferido: un hombre joven sabiendo comer con sibaritismo,

espléndido y con el don de acertar.

—Acierto porque juego para perder —explicaba Joris—. Usted elige puras sangre, Prosper. Yo escojo pencos, por corazonada.

Democráticamente, señaló Joris la silla frente a él. Prosper tanteó:

—¿«Sadko II» en la tercera de Auteuil, no es un saqueo?

—Pagarán a dos por uno, y no entrará ni colocado. Yo me juego las pestañas por «Typhon». Ahí van cien. A ganador puro, Prosper.

—Usted será mi ruina —dijo amargamente el empleado—. Entregaré en taquilla sus cien, con harto dolor de mi alma. Y lo peor es que ya no me atrevo a correr el riesgo de guardármelos y pagar luego. Recuerdo cuando me encargó apostar cien por «Rivarol»... Un siete años con reuma... Y entró con tres cuerpos de ventaja. Pagaron a ochenta por uno. Me salvé de la bancarrota porque usted me había encargado colocar todas las ganancias a la tripleta que falló. Pero si la acierta... —y se abanicó Prosper al solo recuerdo.

—¿Quién era la rubia de la esquina?

—¿Cuál rubia? ¿Cuál esquina? —preguntó Prosper, arrancado de su mundo hípico—. Ah, sí... Eva Blain.

—Eva Blain. ¿Artista de cine?

—Periodista. Me entregó su tarjeta Le recomendaron esta casa y quiere mesa reservada todas las noches, a las ocho en punto.

Cuando quedó formalizada la combinación para las carreras de la tarde siguiente, Prosper regresó a sus quehaceres consistentes en contabilizar los beneficios de la jornada.

Minutos después, el camarero arrancó de su abstracción semisoñolienta a Joris.

—Aquel caballero pregunta por usted.

Miró Joris al camarero, que señalaba hacia la salita encristalada dando a la silenciosa plazoleta de tupidos robles.

Un desconocido, alto y grasoso, de negro cabello y cejas tupidas, vestido con extravagancia, parecía esperarle.

Añadía Prosper:

—Dice que le envían de la Agencia.

Gaston Joris se acercó al individuo moreno y adiposo. Desconfiaba por instinto de los hombres que llevaban sortijas con diamantes, brazalete de oro y en la corbata, color malva, una aguja en forma de herradura...

El desconocido descubrió unos dientes muy blancos al decir:

—El patrón quiere que le sean explicadas determinadas cosas, Joris. Nos espera en su departamento.

Gaston Joris siguió al que, andando felinamente, atravesaba el rellano lateral y, saliendo al exterior, señalaba un «Peugeot» negro, en cuyo volante había un chofer uniformado.

Uno de los caprichos que podía permitirse Didi, meditó Joris, era

disponer de chofer uniformado. Y tenía predilección por el «Peugeot» negro.

Gaston Joris, con el pie en el estribo, y mientras mantenía abierta la puerta el moreno invitador, de acento marsellés, preguntó, volviendo hacia él, la cara:

—A todo esto, ¿usted quién es?

—Luc Mestral —silabeó amablemente el marsellés.

Una mano surgió del interior. Una mano recia y experta, porque a la vez que atraía hacia dentro, se disparaba hacia arriba, conectando rotundamente en plena barbilla de Joris.

Un impacto demoledor el de la culata de una automática manejada con tanta precisión por el individuo con uniforme de chofer.

Gaston Joris no pudo oponerse a quedar instalado en el asiento posterior, porque en su espalda aplicó Luc Mestral un seco golpe. Desde la acera podía parecer un manotazo amistoso.

Quedó medio inconsciente, reclinándose a un lado. En su flanco derecho percibía un contacto muy elocuente. El coche arrancó, alejándose a poca velocidad de la plazoleta.

Gaston Joris movió lateralmente las mandíbulas. No había desperfectos. Una leve hinchazón bajo la barbilla.

Miró de soslayo al marsellés que a su lado, le contemplaba casi amistosamente. Lo calificó mentalmente dentro del tipo de gorila sádico-sonriente.

—Saldremos todos ganando si te portas bien, Joris. No es un rapto ni pretendemos causarte el menor estropicio.

—Entonces, el toquecito en la barbilla sobraba.

Luc Mestral emitió una risita sardónica.

—Teníamos que hablar contigo privadamente, y quise evitar que te resistieras a entrar en este cacharro. Exacto al del director de tu agencia, ¿verdad? Ojo con la flexión de rodillas, hombre.

Joris sonrió ácidamente. Era un experto el marsellés. Adivinaba con demasiada anticipación. Y empuñaba con talento el corto revólver provisto de silenciador.

El que conducía tenía espaldas de descargador y pupilas estrábicas. Una, fija en la circulación, y la otra, en el retrovisor adecuadamente angulado.

—Vamos a ver si nos entendemos, Luc Mestral, o como te llames.

—Esto queremos. Y me llamo Luc Mestral. Mi compinche Jules es algo agresivo. Yo no tanto, porque supongo que eres inteligente y no probarás ninguna artimaña, porque te consta que fallarían.

—De acuerdo. Ahora bien, ¿estáis seguros de que es a mí al que deseabais cazar?

—Gaston Joris, ¿eres tú, sí o no?

—Sí.

—¿Profesión?

—Desempleado.

El «Peugeot» descendía por el pavimento empedrado, conduciendo a hangares y solares de un sector industrial en la margen derecha del Sena.

Pensó Joris que aquellos dos podían ser «libres». Gorilas no pertenecientes a ningún servicio, que estaban enterados por algún conducto de la desaparición de Frol Konradin...

—Desempleados somos todos, ¿verdad, Jules? —rio Mestral—. Pero, mira por dónde, Jules y yo te cogimos un gran cariño, cuando supimos que anduviste escoltando a un tal Frol Konradin, un diplomático húngaro, del cual no se tiene la menor noticia desde hace días.

El coche frenó al llegar ante un barracón. La puerta corredera estaba abierta, y con doble maniobra rápida, Jules detuvo el coche al fondo del recinto, sacando la mano para pulsar un conmutador.

Se encendió la bombilla central y, apeándose, Jules hizo oscilar en su diestra una larga llave inglesa. Mirando fijamente a Joris.

—Jules cree que tienes algún petardo bajo el sobaco. No pudimos cachearte en pleno tránsito —iba explicando Mestral, acompañando las palabras con el silenciador, que apuntaba rítmicamente desde la sien derecha al mismo costado del prisionero—. ¿Nos das el petardo o se enfada Jules?

Joris pensaba que la Embajada había reclamado el cuerpo carbonizado y efectuaba la investigación normal, rutinaria, sin asomos de sospecha.

Didier Bertand esperaba la quinta jornada de cicatrización del húngaro, vigilado en aquel turno nocturno por Firmin Lebrun.

Empujó de un patadón la portezuela, que chocó contra Jules. A la vez distendía lateralmente el brazo, agachándose...

Pero Luc Mestral era un veterano en lucha sucia. Paró el antebrazo dirigido a su garganta y simultáneamente conectó un culatazo en el estómago de Joris.

Exactamente en el plexo solar, diagnosticó Joris al recobrar el sentido.

La puerta del barracón estaba cerrada. Él estaba atado de tobillos y muñecas a una sólida silla, colocada bajo la única bombilla encendida.

Aquel barracón debió contener cemento y cal. Había aún barriles blanqueados. Luc Mestral sonreía amablemente, reclinado contra el radiador del «Peugeot», brazos cruzados.

El coche ya no enfocaba hacia el fondo, sino hacia la silla donde estaba Joris amarrado sólidamente. Y Jules parecía encariñado con la larga llave inglesa, porque tocó con ella en un hombro al prisionero.

Tenía una voz ronca, aguardentosa. Acento marsellés.

—Vas a ser buen chico, ¿sí o no? Lo que queremos saber es dónde está Frol Konradin. Nada más.

Intervino Mestral:

—Pues es un experto en manejar el hierro. En la autopsia, el forense declara muerte por atropello. El toque final lo da con el cacharro. ¿Te das cuenta, Gaston?

—Me abochornaría ser tan estúpido, como para no entender la indirecta. Si leéis los periódicos, allí estaba el suceso. Al húngaro lo recogieron atropellado.

La llave inglesa semejó una abierta mandíbula que avanzaba en suave beso. Rozó la oreja derecha de Joris. Y Jules rezongó:

—El húngaro estaba convertido en un tizón, decían los periodistas. Luc se puso a cavilar, y llegó a la conclusión de que algún tipo listo había fraguado un engaño. Habla ya, hombre.

La llave inglesa le oprimió levemente. Intervino Mestral, conciliador:

—No te apresures, Jules. Hay que darle el dato a Gaston. Íbamos por la Nacional Catorce cuando tuvo lugar el choque. Te vimos embalar en compañía de un sujeto que, por las fotos que luego vimos en la Prensa, era exactamente Frol Konradin.

—Caray... Entonces, os las sabéis todas.

Gaston Joris, al intentar salir del coche, fracasó. Pero en el puño de la camisa tenía una minúscula funda. Conteniendo un hojilla de afeitar en estuche protector.

Y llevaba instantes aplicando la hojilla en el cáñamo que rodeaba sus muñecas a la espalda de la silla. Los dedos algo entumecidos iban calentándose. Añadió, algo fastidiado:

—Si os digo lo que queréis saber, mi patrón me elimina. Me paga para ser discreto...

Luc Mestral alzó una mano, imponiendo silencio. Tendía el oído hacia la puerta corredera. Oyó también Jules el leve chirrido. Mestral se llevó un índice a los labios, mientras se dirigía hacia la puerta.

Gaston Joris dilató los codos. Saltó el cáñamo de sus muñecas. Pero Jules debió sentir un repentino nerviosismo, porque alzó la llave inglesa.

Joris se abalanzó a un lado, y el hierro chocó en el asiento de la silla, mientras rodaba por el suelo el que por milímetros escapó al golpe que astillaba la madera.

Y fue entonces cuando Gaston, que, incorporándose en rápida distensión de piernas, salvaba sobre sus pies, unidos los tobillos por un cáñamo intacto, buscando ansiosamente algo que le sirviera para repeler la próxima actividad del chofer matarife, creyó en una alucinación.

Una mano femenina acababa de apoyarse, por detrás, en la nuca de Luc Mestral, que se disponía a salir, abriendo bruscamente la puerta corredera. Un gesto femenino y suave, sin violencia.

Mestral lanzó un agudo chillido, retorciéndose. La mano femenina propinó un cariñoso golpe con el canto de la palma en la carótida, y el

hombre que se disponía a salir cayó al suelo, inerte.

Eva Blain se perfiló más claramente en la penumbra, al erguirse desde su parapeto formado por dos barriles a un lado de la puerta.

A saltos, Joris quiso acudir para defenderla como fuera. Aun interponiendo su propia cabeza entre la llave inglesa que esgrimía en alto Jules, y la adorable mujercita que había surgido tan oportunamente.

Y que avanzaba ahora como si visitase una perfumería de la calle de la Paix.

Jules abatió la llave inglesa, que repercutió ruidosamente contra el suelo. Gaston Joris dejó de saltar.

La misteriosa Eva Blain no necesitaba protección varonil.

Los dos golpes aplicados al inerte Mestral y los que endosaba a Jules, eran acreditativos de que la gentil rubia era Cinturón Negro, Cuarto Grado.

Una yudoca deliciosa para Joris. Una bruja infernal para Jules, que primero creyó recibir una descarga eléctrica en la muñeca derecha, y después el paso de una corriente de alta tensión por su nuca.

La mano izquierda que Jules se llevaba al bolsillo de la guerrera gris, permaneció abierta, como si le resultara ya para siempre imposible cerrar los dedos agarrotados.

Alzó un pie con alevosa intención poco galante. Eva Blain se apartó un poco, como si cediera el paso a un anciano, cogiéndole del brazo.

Pero alcanzó un tobillo de Jules, imprimiéndole un giro de rotación. Un giro suave, pero contrario a la anatomía del chofer, que trató de salvar los huesos de su pierna girando el cuerpo.

Cayó sobre sus manos, y un nuevo giro le hizo aplastar la cara contra el suelo, gritando con agudo alarido, que se apagó en su garganta, porque Eva Blain, siempre con gestos muy femeninos, acababa de recoger la llave inglesa que, después de chocar contra la nuca de Jules, pasó a producir el mismo ruido en la otra cabeza recostada en un barril.

Eva soltó la llave inglesa y se frotó las manos con un pañuelito que despedía un grato perfume, mientras se iba acercando. Sonreía amistosa, con luz picara en los ojazos azules, y Gaston Joris elevó mentalmente una plegarla: «Señor: concédeme el romántico complejo que me haga desear por esposa a esta deliciosa mujercita, aunque sea una campeona yudoca».

Sentado en el suelo, acabó de segar el cáñamo que unía sus tobillos. Guardó la hojilla y su estuche en el puño de la camisa.

Eva Blain habló con una entonación divertida:

—Dejé mi coche en el callejón cercano y descendí a pie hasta esta puerta. Pero entré por aquel ventanuco, gracias a que los dos marselleses estaban muy interesados en observarle. Tras aquellos dos barriles, pude empujar levemente la puerta, y el chirrido hizo creer a Luc Mestral que alguien, desde fuera, intentaba entrar. Lo demás fue sencillísimo.

Arrodillado, Joris se dedicaba a la operación de atar espalda contra

espalda, con tubo de manguera, a los dos marselleses.

Incorporándose, sonrió embelesado:

—De niño siempre anhelé verle la carita a mí ángel de la guarda. Ahora ya sé que se llama Eva.

—¿Cómo adivinó mi nombre?

—Preguntándolo al camarero del «Normands». ¿Le agrada la eufonía prosaica contenida en Gaston?

Y Gaston Joris remató la ligadura, haciendo torniquete con el tubo metálico de la manguera.

Eva Blain mentía con una gran sinceridad:

—Pertenezco a una agencia privada de investigación, y me encomendaron vigilar a Mestral y Lacroix. Les vi rondando por la salida del «Normands» y les seguí, cuando usted entró en el «Peugeot».

—Hace años que ignoro lo que es sentirme avergonzado, pero ahora lo estoy. En los seriales radiotelevisados, las cosas pasan de otro modo. Es el muchacho quien salva a la muchacha, propinándoles a los traidores villanos la gran paliza. Oiga, Eva, usted me atonta por completo.

Rio ella, divertida:

—¿Por qué?

—Eres soberbia, eres la perfección quintaesenciada, y si yo no fuera un mísero gusano, una vil alimaña, me pasaría el resto de la vida suspirando y adorándote, pero... tengo un patrón y debo comunicarle las novedades. Si te vas, se oscurece mi horizonte. Te tuteo, porque el flechazo que me has hincado en plena válvula cardíaca me produce repeluzno de gozo.

Eva Blain, en el espejito de su bolso, rectificaba el ahuecado de su cabello dorado, con leves toques delicados.

—Yo también tengo un patrón. Y antes de que estos dos caballeros recuperen su visibilidad, prefiero ausentarme. Celebro haberte conocido, Gaston.

—Y yo me siento capaz de escribir poesías, recordándote. ¿Cuándo nos vemos de nuevo? ¿Mañana a las ocho en el «Normands»?

—¿Por qué no? ¿No te interesa saber quiénes son estos dos?

—Me lo dirán. Y me pasmo ante tu prodigio. El espectáculo de una preciosidad inteligente, no es frecuente en nuestros días.

—Gracias. Que soy bonita me lo dicen antes, y que soy inteligente, mucho después. Que soy modesta, nadie lo recuerda.

Junto a la puerta que abrió Joris, dijo este:

—Me tienes aturullado, porque eres una deliciosa acaparadora de perfecciones. Eres una inmensa maravilla, una imponente criatura...

En la oscuridad exterior, sonrió ella enigmáticamente, susurrando:

—Casi parece sincero, Gaston.

—Ah... El «casi» es lo que siempre amarga. También tú eres casi sincera. Pero no puedo pedirte que, además de poseer mil encantos, seas

brutalmente sincera. El día que quieras, cuando mejor te parezca, me explicarás el misterio de tu doble aparición: cenando en mi restaurante habitual y salvándome de deterioros físicos. Pero esta noche, déjame paladear la idea de que en ti alienta la Eva soñada.

Eva Blain asintió en silencio, y su esbelta figura se esfumó en el nocturno ribereño. Cerrando la puerta, Gaston Joris sonrió. ¿Quién empleaba los servicios de Eva? ¿El Branch? ¿El Centro? Podía también ser una agente «libre»...

Extrajo un cubo lleno de agua, de un barril. Lo volcó sobre Mestral. Repitió la ducha por dos veces sobre Jules Lacroix.

Los dos marseleses contemplaron la larga llave inglesa con la cual Joris efectuaba una manipulación. La hacía rodar entre los dedos, proyectándola en alto y recogiénola. Como un tambor mayor frente a una charanga.

—Muchachos... El decorado es el mismo. Cuatro rue das dirigidas hacia vosotros. Atropello a la vista. Este instrumento de ferretería sirve para abollar el cráneo, según me explicasteis. Si os pregunto en qué nómina estáis, vais a endosarme un cuento tártaro. Si os machaco los sesos, pasaréis a la sección de gorilas atropellados. Un cajón, clavos y a la fosa. Es la mejor solución.

—¡Eh, un momento! —aulló Luc Mestral—. Déjanos hablar siquiera... Sabemos perder. Somos de la O. A. S.

La llave inglesa tocó secamente en la nariz a Jules Lacroix, que gritó:

—¡Déjate de hacerte el tunante, Luc! Este animal nos... reduce a pulpa, si mientes.

Resignado, Luc Mestral silabeó:

—Tenemos licencia de guardaespaldas Nos alquilan; Nos alquiló un húngaro que dijo llamarse Stefan. Pagó bien para que te diéramos caza, y te obligásemos a cantar dónde tenían escondido a Frol Konradin. Ni más ni menos. Y ahora, allá tú, Gaston. Somos más o menos colegas, caramba. Si te damos nuestra palabra de hombres de que renunciamos para siempre a aceptar ningún trabajo contra ti... ¿eh?

La última sílaba, interrogante, contenía una gran ansiedad. Gaston Joris depositó la llave inglesa sobre el parachoques del «Peugeot».

—Por mí, aceptaría vuestra palabra. Total, somos polichinelas manejados por talentos que disponen de lo que nos gusta: dinero. Comunicaré con mi patrón. El decidirá si os dejo sueltos y tengo que atropellaros.

—Tienes... teléfono allí, Gaston —y con la barbilla señaló Mestral una esquina.

Tras una arpillera, había un teléfono. Marcó Joris los números del domicilio privado de Didier Bertand. La voz seca y autoritaria expuso:

—Bertand a la escucha.

—Joris hablando. Dos mozos llamados Luc Mestral y Jules Lacroix me

casaron con talento. Un «Peugeot» igual al suyo, con chofer uniformado. Conocen sus costumbres. Dicen que un húngaro llamado Stefan les ha pagado para averiguar dónde escondía yo a Konradin. Los tengo amarrados en un caserón equipado para interrogatorios discretos. ¿Qué hago con ellos?

—Una pregunta del género que más detesto, Joris. Su obligación estriba en suprimir a los que puedan ser un obstáculo. Y no molestarme por menudencias. Liquide.

Colgaron bruscamente. Ahorquillando, se tapó Joris el oído.

«Liquide... Menudencias... Suprima...», iban sonando en su cerebro, mientras se aproximaba a los dos marselleses, que le miraban con desesperación.

Inclinándose, Joris les cacheó, hasta recoger las dos armas: el corto revólver con silenciador de Mestral y la «P. N.», de Jules Lacroix.

Retrocedió dos pasos. Lívido, cerró Lacroix los ojos. Mestral se relamió los reseos labios, dijo Joris:

—Tengo mi cuarto de hora flojo, colegas. El sentido común me aconseja que os trufe con vuestros dos cargadores. Pero si tuviéramos sentido común, estaríamos trabajando de camioneros o estibadores. Vamos, haced un poco de gimnasia... En pie y al coche.

Los dos marselleses oprimieron sus espaldas, doblaron las piernas y demostraron su excelente musculatura, al quedar en pie.

Joris abrió la puerta corredera. Regresando, mantuvo la «F. N.», a altura del hombro, mientras introducía la zurda entre las dos espaldas y aflojaba el torniquete.

—Atentos a la próxima maniobra, colegas. Llamo así a todos los botarates que no sabemos trabajar decentemente y nos jugamos el físico por cuatro puercos billetes... Chofer, al volante, cuando yo quede sentado detrás. Luc, cuando Jules saque el cacharro, cierras la puerta y subes al lado de tu auxiliar. Y es superfluo indicaros que al menor síntoma de traición, os lleno el cogote con vuestras propias píldoras. ¿Conformes?

Los dos marselleses acabaron de contorsionarse, para desprenderse del enroscamiento reptilíneo del tubo de caucho.

Cuando Mestral quedó sentado junto a su compañero, preguntó amablemente:

—¿A dónde vamos, Gaston?

—Yo, a dormir. Me dejas en la esquina de Clichy-Rochechouart, Jules. Y en silencio, nos entendemos mejor.

Se divisaba el largo bulevar de Clichy, coronado por los gigantescos anuncios publicitarios y de espectáculos, rivalizando en gamas multicolores fluorescentes, cuando Luc Mestral se volvió un poco en el asiento.

—Palabra que este y yo, ni por medio millón aceptaremos meternos

contigo.

—Sí, pero Stefan volverá a tentaros, y cuando os asoméis, os liquido.

—Si vuelve a asomarse Stefan, me lo cargo —afirmó Lacroix.

Detuvo, y volviéndose en el asiento, añadió:

—Estamos en el listín, Gaston. «Agencia Protec». Si alguna vez...

—Eso es. Si alguna vez nos necesitas... ¿eh? —sonrió Mestral.

Gaston Joris depositó en la alfombrilla las dos armas. Hundió la diestra en la funda del costado, entre el cinto y la camisa.

—Los ósculos de agradecimiento ya me los daréis. En el infierno. Que allí es donde van a parar todos los gorilas, dice mi patrón. Abur.

Jules Lacroix arrancó para demostrar que comprendía muy bien el recelo del que aguardaba en la acera. Luc Mestral se acarició las magulladuras, pensativo. Dijo por fin:

—Ese tipo es sano, Jules. Me gustaría poder sacarle de apuros algún día.

—Y es listo. Endiabladamente listo. Ya me extrañaba que anduviese solo. Ya lo comprobaste... Tenía una secretaria... ¡Cómo zumbaba la condenada!... ¿Qué le diremos a Stefan?

—La verdad. Que se escapó. Y una trola. Que seguiremos intentando cazarle. De algo hay que vivir, ¿eh?



Por instinto sabía que estaba copado...

CAPÍTULO III

Era la quinta jornada y última, de cicatrización. Gaston Joris tenía que relevar a Firmin Lebrun a las nueve de la mañana. Cuando llegó a la clínica, encontró al personal algo excitado.

Corrió al cuarto de Frol Konradin, convencido que hallaría dos cadáveres. Descubrió a Firmin Lebrun, ojeroso, mustio, y con un apósito en la coronilla. Desnudo, envuelto en una sábana.

Gruñó Joris:

—Estás precioso, viejo. ¿Escondes al húngaro bajo la sábana?

—Hace apenas diez minutos que desperté de una pesadilla. Pero no era una pesadilla. El cerdo de Konradin me había amordazado y pudo liarme como un salchichón con dos sábanas.

—No debiste permitirle que hiciera un uso inadecuado de la ropa del lecho, hombre.

—¡Como que estoy para guasas, troncho!

Paseaba furioso.

«Como un emperador romano —pensó Joris—. Indignado por la negra ingratitud del niño mimado que descalabra a su nodriza con el biberón».

Bajo la cama, estrujado en rápido paquete, estaba el pijama de Konradin.

—Parece mentira, hombre —se lamentó Lebrun, cesando en su paseo—. Yo tenía que vigilar para impedir que nadie entrase... ¿Cómo me iba a suponer que el cerdo de Konradin fuese un... cerdo? Cerré los párpados unos minutos. Pero Konradin debía estar acechándose a mí, a su protector, su garantía, su... —y se atragantó, en el colmo de la indignación.

—No falta ningún barrote en la cama. ¿Con qué te atizó?

—El muy cerdo rompió la garrafa de agua.

—Empleó lo que tenía a mano. Y parecía inofensivo.

—Me han extirpado un cristal de la coronilla, y si se hunde un poco más el cristal, pues figúrate...

—Lloraremos después, ante la idea de que pudo hacerte pupa, el muy malo. Déjame adivinar el resto. Te quitó el sentido con un garrafazo en la parte más blanda de tu coco. Te desnudó, amordazándote y amarrando tus zarpas. Se vistió tu ropa de enfermero, y pudo abandonar la clínica sin llamar la atención del vigilante de noche ni del funcionario que montaba guardia en la calle.

—¡Así fue, así fue, seguro que sí! Y como le agarre...

—¿A quién?

—¿Cómo, a quién? ¡Al cerdo de Konradin! —se desgañitó Lebrun.

—No fastidies, viejo. Piensa un poco, capullo. Haz un esfuerzo, sin que sirva de precedente. ¿Cómo diablos vamos a reconocer a Konradin?

—¿Qué cómo lo vamos...? ¡A mí, este cerdo no se me despinta en todo lo que me queda de vida!... Ya sabes que no soy rencoroso, pero si hay algo que me... me solivianta... es que abusen de mi buena voluntad. O sea que yo estoy aquí, protegiendo al tipo... ¡Adelante, troncho!

Una enfermera, abriendo, dejó una maleta en el suelo. Dijo:

—La ropa que envió a buscar.

—Hombre, sí, la necesito. Gracias, monada.

Al cerrarse la puerta desde fuera, tirando rabiosamente la sábana estrujada contra la pared, añadió Lebrun:

—Estoy furioso, palabra que sí.

—Anda, vístete rápido.

Abriendo la maleta sobre la cama, aseguró Lebrun:

—No te preocupes, no te preocupes, Gaston. Cuando yo agarre al cerdo...

—Llámalo «X» para variar.

—¿«X»?

—Claro. ¿Vas a recorrer todo París llamando en cada esquina: «¡Frol, muchacho, dime dónde te has metido, vidita!»?

Ajustándose el cinto, Firmin Lebrun rio con inmensa amargura.

—Vidita, ¿eh? Ya verás tú cuando lo agarre... No se me despinta. ¡Qué va! Cara redonda, cabello negro pringoso, nariz ancha...

—¿Ah, sí? ¿Le quitaste los vendajes?

—¡Hombre, no! Los llevaba puestos cuando yo cerré los par... los párpas... ¡Ay, Dios, ay, Dios!

Y, gimiendo, se aplicó Lebrun un puñetazo en la mandíbula.

—Vaya, vaya... Progresas una barbaridad, Firmin. Te diste ya cuenta.

—¡Valiente cerdo! ¡Se fue con otra cara! Se quitaría los vendajes y pastas por el camino... Y nadie conoce ahora su nuevo rostro. No nos dejó verle la jeta que ahora tiene, ya que se escapó... Ni tenemos sus nuevas huellas digitales... Oye, la cosa se ha puesto fea de verdad. Es para quedarse pensativo. Se las trae la jugada. No me negarás que es una indecencia lo que nos ha hecho el húngaro...

Por el teléfono del servicio interior, pidió Joris:

—Deme comunicación con el cirujano Maurel.

—El doctor Maurel no ha llegado todavía —informó una voz femenina—. Si desea hablar con la enfermera secretaria del doctor Maurel...

—Sí, por favor.

Tapando la boquilla, dijo Joris:

—Deja ya de atormentarte. Si tiene arreglo, lo arreglaremos, y si no lo

tiene no vale la pena de preocuparse.

—Por mí, me tiene sin cuidado. Pero la bronca te la pegará a ti el condenado Didi.

En el auricular, otra voz femenina informó:

—Secretaria del doctor Maurel. Dígame.

—Le ruego me ilustre sobre la técnica elemental de cirugía plástica. ¿Cómo opera el cirujano?

—Adaptando el molde nuevo de acuerdo a la configuración ósea.

—O sea, y refiriéndome concretamente al operado del cuarto número seis, el doctor tenía un modelo a la vista para ir... cincelando con el bisturí el nuevo rostro. ¿Puede usted indicarme dónde me entregarán este molde o modelo?

—En la intervención efectuada al número seis, el doctor Maurel operó sin modelo alguno.

—Pero, lógicamente, con anterioridad a la intervención, estudiaría o se atendería a un molde.

—Así es.

—Supongo que se archivan estos moldes, para la posterior comparación.

—En efecto. Pero en este caso concreto, el molde no figura en el archivo. Lo tiene el doctor Maurel en su poder.

—Gracias. Le ruego, y es urgente, que solicite del doctor Maurel la exacta descripción del nuevo aspecto del número seis.

—Tratándose de una intervención especial, el doctor solo comunicará estos datos directamente. Voy a darle su dirección.

★ ★ ★

Conduciendo su coche hacia el elegante barrio residencial, comentó Joris:

—Lo que más me revienta no es lo que pueda decir Didi, sino el tonillo asqueroso que emplea. Por esto prefiero telefonearle, apenas tengamos la foto de la nueva cara de Konradin.

—¡Ey!... Una ambulancia... —y señaló a Lebrun la blanca furgoneta detenida ante la residencia particular del cirujano Maurel.

Los grupos de comentaristas y la vecindad alborotada, proporcionaron a Joris, sin necesidad de preguntar, la versión del suceso. La Prensa achacaría el desorden reinante en la casa y la muerte del cirujano, a unos ladrones sorprendidos en sus actividades.

Desde el bar más cercano, Joris llamó a Bertand. Anunció concisamente:

—El pájaro voló. Golpeando por sorpresa a Lebrun. Fui a pedirle la nueva ficha del húngaro al doctor. La esposa lo encontró apuñalado a eso de las ocho. Registro completo. Creo inútil pretender encontrar la ficha del húngaro.

Esperó pacientemente. A su lado, Lebrun aplicaba en su oreja el

supletorio. La lluvia, lamiendo mansamente los cristales, no era el acompañamiento más propicio para el optimismo.

Por fin, por los dos auriculares resonó la voz rebosante de desdén:

—Es penoso. Es un asco... Somos la irrisión de toda la competencia. Y ahora, dígame, por favor, ¿qué piensa hacer...? ¡Inmediatamente!

Respingó Joris. Siempre le cogía desprevenido aquel cambio de una voz meliflua por un grito estridente. Encerró la boquilla en el puño, chillando:

—¡Vete al cuerno, imbécil, cretino! ¡Qué te zurzan, calzonazos, bribón, pata de lata!

Le quitó la mordaza a la boquilla, y, desfogado, habló normalmente:

—Usted no me paga para pensar, sino para actuar según instrucciones.

—Primera instrucción: que venga inmediatamente Lebrun a explicarme lo ocurrido. Segunda instrucción: en el número 37 de la calle Chenes, de Breville, vive Elisa Rocher. Es la amante secreta del húngaro, y es posible que allí...

Joris colgó brutalmente. Dijo:

—Donde las dan, las toman, Didi.

Se estará chillando un buen rato... —rio Lebrun, satisfecho.

—Así lo encontrarás de un humor excelente. Oye, aguanta y no te lo cargues. Es un placer que me reservo yo. A lo más, a lo más, decapita al puerco gato.

En Breville, redujo Joris al mínimo la velocidad y pasó lentamente por la apacible calle, vecina al parque.

Se detuvo a unos veinte metros de la casita.

Una villa coqueta y florida. Persianas corridas y con una verja cerrada mediante una cadena y candado de muchos kilos. El refugio secreto de Konradin parecía inhabitado.

Joris dio un rodeo, llegando al parque. Pisando jardines, alcanzó el camino tras la tapia que cerraba el mismo. Pensó que era un sitio ideal para enamorados por la noche, y para allanadores de domicilio, durante el día.

Se encaramó a la tapia y, bajando entre rosales, examinó el pequeño huerto. Y la escalera posterior. Todo parecía completamente normal.

Fue a tantear la cerradura de la puerta de servicio. Modelo corriente para ganzúa número 3. El interior rezumaba solitaria quietud.

En un armario había tres maletas vacías. Ropa en percha y cajones. En la cocina, contempló el cubo de basura. Migas de pan, tiernas, y pieles de salchichón, aún grasientas. Una botella de cerveza, vacía, sobre la mesa.

Cabían dos posibilidades: Konradin se desayunó, apenas llegado, y se llevó a su amante Elsa Rocher a sitio ignorado. O... la competencia había hecho cargo de retener a Elisa, y, al encontrar el nido vacío, Konradin había emprendido la fuga hacia sitio ignorado.

Descolgó Joris el teléfono y marcó los números de la Agencia Bertand.

Los del aparato directamente al alcance del codo de Didier. La voz aborrecible informó con tono cortés:

—Bertand al aparato. Buenos días.

—Joris informando, desde Breville. No hay rastro, salvo los restos de un desayuno reciente.

—Nuestro hombre ha telefoneado hace apenas diez minutos. Ofrece todo lo que sabe... ¿me oye bien?... todo lo que sabe, a cambio de que le devolvamos a su amada. Cree que somos los responsables de la desaparición de Elisa. Nos supone muy maquiavélicos.

—¿Y lo somos?

—Desgraciadamente, no. El rapto de Elisa ha de ser obra del Centro o del Branch. La competencia está echando el resto en el asador, porque saben que nuestro hombre es una mina de informaciones. En el patio le espera Lebrun. Venga inmediatamente.

Frente al vetusto edificio del Quai Saint-Michel, la «403» negra, especial, aguardaba, motor en marcha.

Firmin Lebrun colocó su metralleta bajo el asiento, mientras Joris maniobraba, saliendo del cuartel general de la «Agencia Bertand».

—Dirección Vincennes, tras la alcaldía —especificó Lebrun.

—¿Qué tal se portó Didi?

—Merengue empalagoso, eso es lo que se hizo, el muy sádico... Quiso que le contase la posición en que me hallaba yo, cuando me atizó el muy cerdo de Konradin. Y se empeñó en que le describiese la jeta del húngaro. Entonces fui y le dije: «¿Cómo puede vérselo el hocico a un tipo vendado como una pelota de trapo?» Entonces, fue él y me dijo: «Mi buen amigo Firmin, en esta danza bailan los gorilas húngaros, británicos, checos, polacos y demás... El bailarín que consiga atrapar a Konradin, se hará millonario. Si Joris y usted lo consiguen, cuenten con una prima de cien mil francos nuevos y fuertes».

Silbó Joris entre dientes. Lebrun miraba constantemente por el retrovisor y comentó:

—¿Te das cuenta? Cien mil por barba, si lo atrapamos.

—O sea que vale diez millones, por lo menos.

En el cuadrante se encendió una lucecita azul, parpadeando. Pulsó Joris una palanca y el transmisor emitió la chirriante voz de Didier Bertand:

—La casa que tienen que vigilar es posiblemente el lugar donde mantienen retenida a Elisa Rocher. No intervengan sin orden mía. Cierro.

Bajó Joris la palanca y, minutos después, paraba el coche en una apacible calle de Vincennes, tras la alcaldía.

—Esto es lo enervante —confesó Lebrun—. Al acecho, sin saber fijo quién nos acecha, ni a quién acechamos. Es lo que me revienta de esta faena, Gaston. Por lo menos, allá en Argelia, las cosas eran sencillas. Tipo que se asomaba con malas intenciones, lo veías venir... En cambio,

ahora...

En el cuadrante se encendió el aviso. Y Bertand anunció:

—Ante la casa 153 ha parado una camioneta verde. Gente del Branch. Vigilen a distancia. Y si ellos rescatan a Elisa, ataquen y tráiganmela. Cierro.

Firmin Lebrun tanteó la culata de la metralleta bajo el asiento. Dijo:

—Que me aspen si entiendo el asunto. Si la Elisa está en la 153, lo normal es que Didi nos ordene tomar por asalto la casa... A mí que no me digan, pero estos líos del espionaje son un follón espantoso.

De la camioneta verde parada a unos cincuenta metros, se apearon tres individuos de chaqueta clara, deportiva. Tupidos árboles ocultaban la casa 153.

—Entonces, ¿qué hacemos, Gaston?

—Esperar.

Los tres agentes británicos manipulaban en la verja de la 153. La abrieron y entraron. Masculló Lebrun:

—¿Vamos allá?

—Iremos, si salen con una mujer o si oímos alguna explosión.

—¿Explosión?

—Los del Centro prefieren las piñas de mano cuando se sienten acorralados. Eso afirma Didi... Bueno, al asunto, viejo. Tu punto de mira es el volante de la camioneta. Si los tres colegas salen de la casa con una dama, haré una «pasada».

Firmin Lebrun se relamió, satisfecho. Era hombre de acción, no de acecho.

—Envías plomo a la carlinga, apenas suban atrás a la dama. Porque la maniobra será lógica... Auparán a Elisa atrás... Bueno, olvídale.

Los tres agentes del Branch, con cara desencantada, abandonaron la casa 153, y se dirigieron a la camioneta. Pulsó Joris la palanca.

—Salen de la 153, sin Elisa. Cierro.

Didier Bertand replicó, desde su despacho:

—Los tengo vigilados a esos tres. Investigue por la vecindad hasta conseguir algún informe sobre los inquilinos de la 153. Cierro.

Joris masculló, cerrando la conexión.

—Tan pronto me toque la lotería, instalamos una agencia por nuestra cuenta, viejo. A ratos ya no sé si soy un ser humano o un monigote. «Investigue por la vecindad»... Dice nuestro simpático jefe.

Firmin Lebrun apuntó hacia una, tribuna saliente en una casa:

—Allá había una vieja que espiaba tras la cortinilla, desde el mismo momento que llegó la camioneta.

—Eres un talento, Firm. Voy por chismes. Aguarda.

Gaston Joris fue a tocar el timbre de la casa con la tribuna arcaica.

Una anciana de digno porte y ojos rebosando desconfianza, entreabrió

la puerta.

Joris mostró un «carnet» de licenciado paracaidista. Habló en tono muy respetuoso:

—Policía... Me excuso por turbar su tranquilidad, señora, pero tengo que localizar a una banda de «gangster» que habitaron en aquella casa. La número 153. ¿Me permite?

La anciana abrió la puerta y penetró Joris en la tribuna. Repleta de cuadritos, estatuillas y labores de ganchillo.

—La profesión nos endurece, señora, pero hay casos que claman al cielo. Tenemos una confidencia digna de todo crédito, según la cual unos «gangsters» raptaron a una madre y a su hijito. Y estamos seguros de que hasta hace poco tiempo, los desalmados secuestradores residían en aquella casa, que, desde aquí, se ve perfectamente.

«Una de dos», pensaba Joris, mientras hablaba en tono patético. «El corazón de las ancianas solitarias es tierno y romántico, o es duro y avinagrado».

La anciana curiosa resultó ser de las tiernas y románticas. Muy emocionada, ofreció:

—Siéntese, inspector. Cómo podía yo imaginarme... aunque claro, que no me gustaban nada. Desde un principio, me dije: «Zoé, ojo con esta gente». Zoé soy yo. Zoé Darsonval. Viuda de un oficial mercante, que siempre me decía: «Zoé, la vista es un don del cielo. Empléala concienzudamente». Y aquí, aunque a tan poca distancia de la capital, es como vivir en provincias. La soledad... En fin, ¿dónde estaba yo?

«La pobre vieja tiene el seso fofo», meditó Joris, que, sonriente, expuso:

—No le gustaba nada la gente que vivía en la 153.

—¿Cómo lo sabe? Ah, claro, un inspector —y rio infantilmente—. Pues, sí, esta mañana, hacia las nueve... pongamos, un poco más... porque estaba yo regando los geranios del patio... fue cuando los vi abandonando aquella casa, a toda prisa.

—¿Cuántos eran? ¿Llevaban fardos?

—Eran tres hombres y una mujer. Llevaban a un enfermo tendido en una camilla. Y usted preguntará que por qué sé yo que era un enfermo.

—Podía ser una enferma.

Zoé Darsonval emitió una risita aguda, dándole un manotazo en el brazo a Joris.

—Usted tiene cara de ser muy tunante, joven. ¿No le han dicho que se parece mucho a Tyrone Power? Era mi actor favorito... Aún recuerdo aquella película tan impresionante: «Testigo de cargo», con la Marlene... Claro, me dio mucha pena cuando Ty se murió. En mi salita de estar, tengo las fotografías... Bien, bien... No nos extraviemos, «Zoé», me decía siempre mi difunto... En la camilla tanto podía ir un hombre como una mujer, ya que por encima había una sábana.

—¿Se fijó en los portadores de camilla?

—De lejos y a través de la arboleda, no se podían distinguir bien. Enfoqué el catalejo marinerio de mi difunto, pero ya era tarde. Habían entrado la camilla y subido a la furgoneta. No se me ocurrió apuntar la matrícula, maldita sea... Oh, perdón. A veces, por mí boca habla mi difunto. Era un hombre rudo y de léxico fuerte.

«Parece una liebre mansa, y, sin embargo, destila inteligencia por las pupilas. Aunque habla como una vieja chocha», se dijo Joris.

—Usted ignoraba en aquel momento que el dato de la matrícula podía ser útil, señora. Seguro que se fijó en la mujer...

—¿Cómo lo adivinó? Es usted muy listo, joven. Me fijé en la mujer, porque llegó hará una semana, y vivía sola en la casa, pero la tropecé en la tienda de la señora Maynaud...

—Excelente detalle, señora —atajó Joris—. ¿Estatura?

Y sacó una libreta y un bolígrafo.

—Más alta que yo. Aproximadamente un metro sesenta y cinco, inspector.

—¿Cabellos?

—Cortos, negros, cejas suyas, es decir, nada de depilación, y una piel muy blanca. Bonita de verdad, no como estas gatitas feas que están ahora de moda. En mis tiempos, la B.B. ni siquiera la habrían...

—¿Vestía con distinción? La B.B., no. La camillera.

Zoé Darsonval rio alegremente, dando otro metido a Joris.

—Usted es simpático y bien educado. Siempre... o sea las tres veces que la vi, ella vestía igual. Un impermeable color crema, de cinto apretado, y cabeza descubierta.

—¿Notó algún detalle particular? ¿Pecas, cojera, acento raro?...

—Válgame el cielo... No se le escapa nada, inspector. Solamente la oí hablar una vez, y tenía un leve acento. No era francesa, eso sí que no.

—¿Acento germánico?

—Ah, se ha dado cuenta... Es que soy alsaciana.

—Señora, estamos hablando de la camillera.

—Es verdad. Pues tenía un acento, así... ¿cómo diría yo?... polaco o checo. Pronunciaba la «jota» haciendo gárgaras.

—Magnífica y gráfica descripción, señora. Nada más, gracias.

En pie, Joris sonrió amablemente, porque ella le retenía por la manga. Y, bajando la voz, susurraba Zoé Darsonval:

—Loló.

—¿Eh?

—La cómplice de los «gangsters» de la camilla y el secuestro, se llama Loló. No me mire con pena, joven... Sé lo que me digo. Una vez, ¿cuándo fue?... anteayer, eso es... Ella salía de la casa, y una voz de hombre la llamó: Oí perfectamente, porque tenía las ventanas abiertas... ¡Loló!», gritó

la voz masculina. Un nombre rarísimo, ¿verdad? Pero hoy las jovencitas se dejan llamar cosas tan raras... En mis tiempos...

Cuando Gaston Joris empuñó el volante de la «403», suspiró aliviado.

—Estás todo sudoroso, Gaston —comentó Lebrun.

—Me he salvado por pelos de oír prehistoria, tomar jarabe de grosella hecho en casa y contemplar el álbum de fotos de un viejo lobo de mar. Me topé con una comadre que está como un cencerro.

Firmin Lebrun hizo una mueca de fastidio:

—Cada día abundan más los chiflados. Yo estoy seguro de que la culpa es de los «sputnik»... Destilan un gas que lentamente desparrama el virus de la locura. Sí, hombre... Lo he leído en él...

Atajó Joris señalando el cuadrante, donde parpadeaba la luz. Y la voz de Didier Bertand inquiría:

—¿Joris a la escucha?

Denegó Joris con la cabeza. Y habló Lebrun:

—Lebrun escuchando, jefe.

—Cuando regrese, dígame que estoy ya informado sobre los que alquilaron la casa 153. Sigan juntos, hasta nuevo aviso. Cierro.

Lebrun bajó la palanca y sacó la lengua, haciéndola zumbar entre los labios. Joris invitó:

—Vamos a almorzar, viejo.

Gaston y Firmin se pasaron la tarde al acecho de varias casas, señaladas por Bertand. No hubo la menor incidencia, y a las siete, Lebrun recibió la orden de libertad. Quedaba vacante de servicio, hasta nuevo aviso.

Y cuando Joris se disponía a ir a cenar al «Normands» y entrevistarse nuevamente con la misteriosa «yudoca» Eva Blain, silbó la sintonía del «Zenith» empotrado en la aparente radio de su «404»:

—Urgente, Joris. Si no le parece abusivo, es hora de trabajar de veras. Visite el «Salomé». Con su habitual prudencia, porque es un bar de guapos protectores de damiselas perversas. Un bar de chulos. Nuestro amigo tan afanosamente buscado, tuvo relaciones, según acabo de saber, con la «barmaid» del «Salomé». Una tal Dora. No tiene pérdida. Muy morena de cabello, muy blanca de piel. Sonsáquela. Cierro.

En el dédalo de arcadas cercano a la Estación de Saint-Lazare, mujeres de todo pelaje, daban paseítos de exhibición entre bar y portal anexo. Hombres, elegantes y de calmosa indolencia, jugaban a las cartas junto a los ventanales de los bares. Vigilaban las aceras y portales.

Tras el mostrador del «Salomé», la camarera estudió profesionalmente al nuevo cliente que pedía un *whisky*.

—¡Un triple, Dora! —encargó uno de los jugadores de naipes.

Gaston Joris detalló varonilmente a Dora. Cabello negro, de piel blanquísima y agresivo busto. Tacones muy altos. Era joven y bonita.

Pero su mirada era vieja y fea.

Pagó el *whisky* a precio de turista, añadiendo un billete. Recogiendo el platillo, se inclinó ella, sonriente. Su blusa de nylon color carne, no necesitaba entreabrirse para dejar admirar el contenido.

Joris no fingió el aire encandilado, al susurrar:

—Ya no sé beber. Un parco escocés y me mareo... Ando buscando a un tipo que es cliente de la casa. Melena negra con estrías grises. Unos cuarenta años y tiene acento húngaro.

Dora elevó los ojos al techo:

—¿Cómo se llama su húngaro?

—Konradin.

—Vaya... Precisamente hace más de un mes que rompí toda relación con su húngaro. Era un pájaro de cuenta. Le he perdido de vista y ni sé siquiera dónde vive ahora.

Desdeñosa, se alejó hacia el otro extremo del mostrador. El dueño del bar se aproximó. Gordito y bajo, pero de anchas espaldas. Joris le asió por la solapa de la cazadora de ante:

—Oiga, patrón... Soy capaz de dar dos de cincuenta, por la dirección de Dora.

—¿Para qué la quiere? —sonrió el corso.

—Corramos un tupido velo, hombre. Ella, aquí no acepta citas. En cambio, si puedo esperarla en su escalera...

El corso agarró los dos billetes y dio la dirección.

Gaston Joris apuntó en su libreta, al salir:

«Ciento veinte. Whisky «Salomé» y dirección de Dora».

Tenía una corazonada. Si Konradin buscó refugio en el piso de su ex amada, llegaría antes de que Dora fuese informada por el patrón del bar, un buen corso alcahuete.

La dirección era la de un hotel cercano. Como los similares de la misma callejuela. Habitaciones por horas. Hombres con aspecto furtivo, entrando y saliendo.

En el tercer piso, la puerta con la tarjeta de visita: «Dora Flamme», tenía una cerradura de tipo «Yale-Standard». Ganzúa número dos del juego contenido en el llavero de Joris.

Entró, pistola en mano, en el recibidor a oscuras. Empujó la puerta con la espalda y pulsó el conmutador.

La bombilla envuelta en pantalla roja, incendió suavemente la habitación. Un ancho diván, un mueble-bar y un tocadiscos.

Dos puertas, dando a una alcoba vacía y a un cuarto de baño. Tampoco había nadie en los armarios ni debajo la cama.

Enfundando la «Lebel», se dirigió Joris al recibidor y alzó el vuelo del terciopelo del diván. Era humanamente imposible que nadie se escondiese allí debajo, pero a veces...

Se enderezó, imprecando mentalmente. Por instinto, sin mirar, sabía ya

que estaba copado.

Se volvió lentamente. La puerta se había abierto sin el menor ruido, y un sujeto alto, esbelto, y guapísimo, vestido muy finamente, le encañonaba con un corto revólver plateado.

CAPÍTULO IV

Pensó que no le quedaba más remedio que colocarse las manos a altura de los hombros. El intruso se adosó a la puerta. Tenía un tono guasón y el acento corso:

—Creí que ibas a esperar a Dora por la escalera.

Joris sonrió amistosamente. No era un gorila del Centro ni del Branch. Era un vulgar y simpático chulo que deseaba aprovechar la ocasión.

El dueño del bar avisó a Dora, la cual a su vez advirtió a su protector. Que, ahora, invitaba con falsa cordialidad:

—Saca tu petardo y échalo sin malas ideas, sobre la alfombra. Mucho tiento... Eso es. Tu cartera ahora... Quiero saber si eres de la banda de Janot... Si no eres, tan amigos.

Rivalidades de sector, meditó Joris, que dejó resbalar hacia la alfombra los dos objetos solicitados.

El corso se inclinó para recoger la cartera, sin quitarle la vista de encima a Joris. Este apoyó el tacón izquierdo, depositando todo su peso. Pero no empleó el salto a un lado y el puntapié al otro...

La puerta fue empujada con brutalidad, proyectando de bruces al corso.

Joris se zambulló, en impecable estirada, tras el diván.

Pese al silenciador, los dos disparos se oyeron. Zumbando en la trayectoria donde unos segundos antes estaba Gaston en pie.

El plomo que le destinaban taladró la pared. Bajo su mano, tanteó Joris un cenicero, junto al tocadiscos.

Lo lanzó hacia la silueta del umbral. El corso se ladeó en la alfombra y disparó hacia la puerta.

Su revólver no tenía silenciador, y el estampido restalló sonoro. El de la puerta no había sido más que una silueta en el oscuro corredor.

Había retrocedido a tiempo, y se oían sus suelas de goma corriendo.

Gaston Joris se abalanzó hacia el corso que se arrodillaba. Le aplicó un golpe de canto en la nuca y otro lateral hacia arriba, levantándole la nariz.

Recuperando su «Lebel» y la cartera, salió apresuradamente al pasillo. Corrió a la escalerilla de incendios. Subía gente por la escalera normal. Y desde el cuarto piso, una voz femenina, agudizada por el miedo, advertía:

—¡Cuidado! ¡El «rififi» en el piso de Dora!

Joris, al saltar desde el último rellano metálico al patio, sonrió acremente. Sacaba la cuenta cronológica. Si Bertand averiguó que Dora

había sido la amante de Konradin, también el Centro o el Branch...

Y el gorila siguiendo la pista del húngaro, había apretado el gatillo, creyendo que él podría reconocerle.

El patio tenía tres salidas, y eligió la más alejada al barullo de curiosos. Tras el volante de su coche, puso distancia, de por medio. Se detuvo en la plaza del «Dieppe» y encargó en el mostrador medio pollo con guarnición. Con espumoso.

Por teléfono, informó de su reciente actividad, añadiendo:

—En este último paso de baile, hay algo que no veo claro. Primero pensé que el gorila no quiso que pudiera yo identificarle... Pero no encaja. El tipo vino directo a sacarme de en medio.

La voz de Bertand tenía una entonación cansina:

—Ya le previne de los devastadores efectos de la imaginación, Joris. Usted cobra para actuar, no para pensar. Soy yo el que se masturba el cerebro. ¿Estamos?

—Y como pensador, morirá en el blando lecho, arrullado por su gato.

—Privilegio de ser un intelectual. Voy a hacer una prueba, Joris. ¿Puedo confiar en su iniciativa personal?

—De momento, voy a tomarme un bocadillo, porque me huelo que me destina a servicio continuado esta noche.

—Así es. El tiempo apremia, si queremos encontrar a nuestro hombre. Vaya a visitar a un individuo llamado Langlin. Representante en vinos. Un respetable comerciante. Pero sospechoso de ser un agente sedentario, aunque importante, del Centro. Es posible que él le conduzca al sitio dónde está nuestro hombre. Pero ha de jugar fuerte y con audacia, Joris.

—Ya. Usted me da la dirección. La audacia y la jugada fuerte la tengo que poner yo por mi cuenta, De acuerdo. Empiezo ya a sentir una leve curiosidad por el húngaro de marras.

En el ascensor, Gaston Joris estaba ya henchido de audacia y dispuesto a jugar fuerte. En el segundo piso, tocó el timbre de la puerta donde se leía en blanco cartelito:

«A. LANGLIN
Representante en vinos».

La puerta se abrió y un hombre alto, barrigudo, de rostro congestionado, apareció en mangas de camisa, pantalón arrugado y chancletas viejas. En su mirada hubo recelo al contemplar la boina hundida hasta las cejas y la bufanda multicolor rozando bajo la nariz de Joris, que en voz muy baja, parpadeando nerviosamente, anunció:

—Pronto... Déjeme entrar. Me llamo Konradin. Frol Konradin.

—Y... ¿qué desea?

—Hablarle privadamente.

—Bien... Adelante.

Cerró cuidadosamente, señalando hacia el contiguo salón. De muebles deslustrados y con olor a rancio.

Langlin, en pie, se pasaba la mano por la rasposa barbilla. Inquirió:

—¿Quién le envió a mí domicilio?

—Eso es lo de menos. Lo esencial es que estoy aquí, a su entera disposición. Es posible que ignore lo que se refiere a mí situación actual. He venido para negociar, para efectuar un trato.

—La hora es intempestiva. Comercialmente, mi despacho...

—No vengo a su despacho comercial, sino a su casa y como particular.

Yo soy Konradin.

—No entiendo una sola palabra de su historia, señor.

Gaston manoteó como bajo los efectos de un incontenible nerviosismo:

—Telefonee a su jefe, dándole un mensaje. Dígame lo que sea, pero actúe aprisa, porque es urgentísimo.

—¿Mi jefe? ¿Un mensaje? Usted está completamente equivocado, amigo mío. Yo soy negociante en vinos, y no entiendo nada de lo que me cuenta. Le han dado una dirección equivocada.

Joris extrajo la «Lebel», cuyo silenciador dirigió al saliente abdomen de Langlin. Y mordió las palabras:

—Mi vida está en juego, Langlin. Obedezca o le taladro la panza. Telefonee y diga que Konradin acepta negociar, tan pronto Elisa esté en libertad y en sitio seguro. ¡Vamos, aprisa!

—Pero... usted está completamente desquiciado, amigo mío... Yo no sé de lo que me habla.

El resuello de Langlin se hizo angustioso. El disparo de Joris había sido estratégico y persuasivo.

Un espejo, tras el taponazo, se adornó con una estrella a espaldas del obeso tratante en alcohol, cuyo rostro adquirió el color del sebo fundido.

Se desplazó como un cangrejo, hacia la mesa del teléfono. Pero Se las compuso de modo que Joris no pudiera ver los números que marcaba. Solicitó:

—... Stefan, pronto.

En la espera, miró receloso al visitante. Joris fruncía el ceño. ¿Stefan? Este era el nombre que habían pronunciado los dos marseleses en el barracón. El que les alquiló para atraparle...

—¿Stefan? Tengo en mi casa a un hombre que desea ver a cierto jefe, que, según él, ha de conocerle... Dice llamarse Konradin. Un nombre que de pronto he recordado, como el de un diplomático que murió atropellado. Sí, Konradin... Bien, aguardo.

Ahorquilló el aparato y cruzó los brazos con aspecto de resignación.

Joris dijo:

—Considero inútil especificarle que estoy muy nervioso.

—Sí, pero yo no tengo la menor culpa de lo que pueda sucederle...

El campanilleo le hizo respingar. Cogió el aparato:

—¿Aló?... Sí, un tal Konradin. Vino solo. Está muy excitado y habla de una tal Elisa. Quiere que la liberten y dejen en sitio seguro... No, no he comprendido nada... Está armado.

Joris hincó el tubo silenciador en las costillas de Langlin y con la zurda asió la boquilla. Anunció con voz sofocada por la bufanda:

—Estoy dispuesto a negociar, a cambio de que nada le pase a Elisa. Si ella sufre el menor daño, juro que toda la red quedará inutilizada. Dispongo de un medio infalible que me garantiza, y ya que no puedo vivir sin Elisa, acepto revelarles mi nueva personalidad, pero no me iré sin ella. Quiero oírla. No esperaré más de media hora. Aguardo en esta casa. No más de media hora.

Joris colgó bruscamente, y suspiró, desplomándose en un sillón, con aspecto de gran lasitud.

Langlin se sentó también. Encendiendo un cigarrillo. Con aspecto abotargado, pero muy despiertos los ojos.

A los cinco minutos de silencio, era evidente su nerviosismo ante el visitante de boina calada, bufanda a modo de antifaz inferior y diestra hundida en el bolsillo de la cazadora canadiense.

—Oiga, si se imagina que yo tengo algo que ver en este asunto, se equivoca. Soy simplemente un enlace.

Transmito muchos encargos, sin tener la menor idea de lo que pueda hallarse en juego.

—No se haga el jumento ignorante, Langlin. Cada día atropellan a unas treinta personas en la capital... Nadie que tenga un trabajo activo lee la columna de atropellos. Pero usted recordó a Konradin.

—Porque apareció en primera plana, y el apellido es curioso. Evoca a un personaje de la historia antigua... —y Langlin chasqueó los dedos, ladeada la cabeza, como haciendo memoria.

—A Rasputín.

—No, no... —sonrió el representante—. Aparte la evocación histórica, me quedó el apellido, porque termina como el mío, ¿comprende?

Sonó el teléfono. Tendió Langlin el brazo, pero Joris le asestó un leve manotazo, y cogió el aparato. Por el auricular, una voz femenina, dulce y afectuosa:

—¿Frol? Soy yo, Elisa.

Joris acentuó la ronquera:

—¿Estás bien, querida?

Langlin escuchaba, cerrados los ojos.

—Estoy perfectamente. No has de inquietarte por mí, Frol. Me aseguran

que no quieren causarme el menor daño, ni tampoco a ti. Lo único que desean es que... no entres en contacto con nadie, sin antes negociar —una voz masculina sustituyó a la dulce y amable. Era seca, pero cortés.

—Confiamos en su inteligencia. Todo podrá arreglarse. Le enviamos a una persona que le conducirá a un sitio seguro, donde se reunirá con Elisa. ¿De acuerdo?

—Conformes. Y demuestren inteligencia.

Ahorquilló Joris y, relajándose, tendió las piernas.

Langlin forzó una sonrisa:

—Entre gente inteligente, todo se resuelve sin violencias.

—Sí. Pero hay pelotones de gorilas bailoteando en torno a la cabellera de un hombre que solamente aspira a vivir en paz.

—Es posible... Si los servicios secretos se han movilizado, será sin duda porque usted... posee algo que no le permitirá vivir en paz, si no se libra del fardo.

—¿En qué quedamos? Usted no sabe nada de nada, hombre.

—Cierto, pero hoy en día, tan pronto un ciudadano vulgar lee en la Prensa que un agregado de la Embajada aparece misteriosamente atropellado, empieza a recordar películas y... se figura misterios.

—Piense en la última película, y silencio, por favor. Necesito disponer de mi seso, para lo que se avecina.

En silencio, ambos hombres se acechaban, cada cual con su pensamiento.

Joris pensaba en que tenía un peligroso recurso para llevarse a Elisa y seguir viviendo...

Antoine Langlin, agente especial del servicio secreto soviético, sabía que Frol Konradin había desaparecido, llevándose una simple placa fotográfica.

Reproducía el informe favorable de la última prueba sobre los méritos de un grafito refractario, elaborado en un taller de Alemania Occidental.

La placa fue obtenida por un espía alemán que, en París, la vendió a cierta sociedad. Sociedad que negociaba con agentes centroeuropeos. La placa fue entregada a Konradin, para ser descifrada.

Konradin descifró el informe: datos técnicos de fabricación del material que permitía a un cohete teledirigido, resistir una temperatura de estancamiento superior, a los mil grados centígrados...

Y desapareció porque aquella placa valía millones para su poseedor.

Sonó el timbrado de la puerta. Se levantó Langlin, imitándole Joris:

—Yo abriré. Usted. Langlin, no me ponga más nervioso de lo que estoy.

Fue Joris a colocarse a la derecha de la puerta y abrió con brusquedad.

La joven que entró no pareció sorprendida al ver el silenciador dirigido hacia su costado.

Joris cerró con el grueso pestillo. Y detalló a la enviada. Un impermeable color crema, de cinto apretado, realzando una silueta esbelta

donde debía serlo, y redonda en los sitios adecuados. Unas piernas soberbias, enfundadas en medias «Perversité», de costura y talonera. Era el único toque «sexy». Por lo demás, era fina, bonita y peligrosa.

Nada de la vulgar «modelo» reservada para faenas subalternas.

Sus ojos azules chispeaban maliciosos, detallando a Joris. Su voz era melosa, con ceceo suave:

—He venido a recogerle, señor Konradin. Su arma resulta superflua, ya que usted sabe perfectamente que puede exigir y ser obedecido.

—Esta pistola me costó mucho conseguirla.

—Pero su nerviosismo podría resultar perjudicial para todos. ¿Viene conmigo o no? —sonrió ella, abriendo la puerta.

Joris depositó la automática sobre una mesita. «Hay que jugar fuerte y llevo la batuta», se dijo, mientras seguía, en silencio, a la enviada.

Langlin cerró la puerta, mientras el ascensor bajaba. Comentó Joris:

—Es curioso, pero tengo la impresión de conocerla.

—A todas les dirá lo mismo —ironizó ella.

—Sea lo que sea, prefiero ver su estampa que la triste figura del adiposo Langlin.

—Es lógico. Lo contrario sería anormal.

En la acera, se dirigió a un «Simca» azul. A su lado, Joris contempló cómo ella maniobraba innecesariamente, clavados los ojos en el retrovisor.

Tranquilizada, tras varios rodeos, adquirió la certeza de que era seguida. Condujo diestramente, hasta circular con más desahogo por las afueras.

—El hombre fuerte y taciturno, ¿no? Silencioso y de acción. ¿Por qué sigue escondiendo la mitad de su cara? Ya no engaña a nadie, ahora.

—Nadie conoce mi rostro actual. Me gustaría saber cómo se llama.

—Carlota. ¿Es importante mi nombre?

—Sí, Loló.

Crispó ella las manos en torno al volante. Contraído el fino perfil, murmuró:

—Este diminutivo solamente lo conocen mis íntimos.

—Ojalá pase yo a esta categoría.

—No desmiente usted su fama de mujeriego, enamoradizo y frívolo. Es increíble...

—El cirujano era un maestro. Yo mismo, cuando me quité los vendajes, no me reconocí.

—¿Cómo sabe que hay quien me llama Loló?

Evocaba Joris a la viejecita viuda. La había tomado por una anciana chocheante, plena de fantasías. Y sin embargo, había descrito perfectamente a la mujer que aquella misma mañana abandonaba la casa 153, escoltando una camilla.

Una camilla donde iba Elisa Rocher, la amada de Frol Konradin.

—Poder deductivo. Tiene usted las facciones y el busto de la actriz italiana... Hoy todo el mundo se embrutece con el cine. Si usted se parece a la Gina Lollobrigida y además se llama Carlota, el arrullo de Loló, nace instintivamente en la punta de la lengua.

—Es increíble...

El «Simca» remontaba el Boulevard d'Indochine, en cuyo extremo la colina boscosa iluminaba, a trechos, los suntuosos chalets.

—Y van dos. Loló. ¿Dónde está lo increíble?

—Su temeraria inconsciencia. Habla con desparpajo... y están en juego dos vidas. La suya y la de la mujer a la cual usted pretende amor con toda su alma.

—Ponerme trágico no me sienta.

El «Simca» penetró en el parque de una propiedad rodeada de altos muros. La verja abierta se cerró automáticamente. Alguien debía manipular el mecanismo de apertura y cierre desde la casa.

Carlota, descendiendo, pasó a la galería frontal y empujó una puerta. Se ladeó, invitante. Se detuvo Joris:

—Las damas primero. Los niños después.

En el ancho vestíbulo iluminado profusamente, se dirigió Carlota a una puerta. La abrió, entrando. Joris, tras ella, contempló el vasto salón.

Sillones confortables al fondo, en semiarco ante una chimenea. A la izquierda, un despacho rebosando de papeles y libros. Tras la mesa, un hombre se sentaba, iluminado a medias por la pantalla sobre la mesa.

Alto, delgado y de unos sesenta años. Blancos cabellos y rostro tallado en ángulos descarnados, tostados por el sol.

Carlota fue a sentarse, con un cruce de piernas que fascinó a Joris.

El hombre habló en tono sarcástico, pero afable:

—Por fin se decidió, señor... Konradin. Aquí la temperatura es tibia. Puede quitarse la boina y la bufanda.

Joris tiró la boina y la bufanda sobre un sillón. Estaba ya convencido de que no había nadie más en aquel salón. Dijo ceñudamente:

—Quiero ver a Elisa.

—Cómo no... Pero primero puntualicemos... Cometió la imprudencia o la tontería de llevarse cierto «cliché». Tenemos informes de que usted destinaba este «cliché» a determinada agencia francesa. Estamos seguros de que escondió esta placa. La necesito.

—Y yo también. ¿Qué se figura? ¿Qué le voy a dar la placa, así, tan sencillamente?

—Eso es. Así, tan sencillamente. No quiero insistir sobre las deplorables consecuencias que podría acarrear una negativa por su parte. Consecuencias de índole sentimental... Elisa es preciosa para usted. A nosotros, personalmente, no nos interesa causarle a ella el menor perjuicio.

—Pero a mí, me envían un proyectil al pescuezo apenas puedan.

El sesentón elegante encogió los hombros. Daba a entender que el pescuezo en peligro, no era el suyo. Dijo:

—Debió pensarlo antes... Es mayor de edad, y no ignoraba a lo que se exponía.

—Precisamente por esto mismo, tomé mis precauciones.

—¿Sí? Dígamelas.

Carlota parecía adormilada, contemplando el techo artesonado. Gaston Joris meditó que valía la pena contemplar el prodigio de su anatomía, flexible y felina, adaptándose al sillón como una gata. Debía ser un paraíso oír la ronronear...

—Empaqueté la placa, dirigiéndola a la Lista de Correos de uno de los veintinueve distritos postales. Certificada a nombre de un amigo.

—¿Llamado...?

—Llame a Elisa. Quiero verla.

—¿Cuándo retirará su amigo el certificado?

—Únicamente cuando yo se lo indique.

El sexagenario golpeó la mesa con la palma de su descarnada diestra y, sin elevar la voz, afirmó:

—No me agrada que se burlen de mí.

Joris encogió los hombros. Carlota sonreía irónicamente, con indulgencia. Susurró:

—Pierdes el tiempo, Stefan. Y las facultades.

El llamado Stefan irguió el busto, relucientes las pupilas acuosas.

—No soy ningún estúpido, mujer. Este hombre puede ser Konradin... y puede ser un alocado gorila que cree encontrar aquí la pista del condenado Konradin... En ambas posibilidades, ha venido aquí, ¿no? ¿A suicidarse? No, querida imbécil, que te crees un talento superior... O este hombre es el astuto Konradin o quiere venderme la placa... Lo sabremos pronto. Verás cómo se llevan estos asuntos.

Stefan dio una palmada sobre un resalte. Un timbre. La puerta se abrió y entraron dos individuos.

Corpulentos, del tipo pitecántropo, evaluó Joris.

Stefan bajó la mano, como un árbitro señalando el principio del asalto, sin toque de gong.

Los dos gorilas se abalanzaron con maestría. Joris pudo colocar un punterazo en la espinilla y un golpe en la yugular de uno. Pero el otro era un acróbata esquivando y golpeando.

Hundió un puño en el hígado de Joris, que pensó después que le arrancaban la cabeza con un martillazo en el mentón.

La estancia se llenó de roja niebla, muy espesa.

CAPÍTULO V

Penosamente, como un buceador que remonta desde los abismos marinos, Gaston Joris regresaba a la superficie.

Tardó en adivinar que estaba en un cuarto a oscuras, tendido de bruces sobre un colchón de muelles, sin sábanas.

A tientas palpó la pared hasta encontrar un interruptor. Cuando la luz surgió a un lado, tuvo que hacerse pantalla con los dedos.

Los tabiques fueron recuperando su estabilidad vertical. Se sentó al borde del colchón y murmuró cariñosamente:

—Loló...

Carlota, en pie a dos pasos, cesó de bailar un «twist» mixto de rumba, para las pupilas de Joris.

Ella le observaba, pensativa. Gaston se palpó los maxilares. Los movió y funcionaban perfectamente.

Carlota se sentó a su lado. Preguntó gentilmente:

—¿Quién eres?

—Konradin, caray.

—No seas estúpido... Deja ya de simular.

—Lo que quiero es vender la placa. Y llevarme a Elisa.

—¿Sí? Voy a demostrarte que no eres Konradin. Me bastarán tres preguntas. ¿Qué es «Mach 4»?

—La velocidad de 4.000 kilómetros hora en la barrera térmica.

Pestañeó ella, sorprendida. Joris agradeció mentalmente la lectura beneficiosa del «Reader's Digest» científico.

—¿Cuál es la temperatura de estancamiento?

—La que tengo yo por todo el cuerpo. Te crees tú que he venido a este antro para aprobar Química. Bueno, de algo hay que hablar... La temperatura de estancamiento es la alcanzada por la capa de aire que envuelve a un cohete al máximo de velocidad, limitando su recorrido por la llamada barrera térmica.

Sin el impermeable, Carlota estaba imponente, meditó Joris. Su perfil era un prodigio delicioso. Y fijos los ojos en el jersey azul, inquirió:

—¿«Colorabas»?

Frunció ella las cejas. Y, de pronto, sonrió, recordando el anuncio de las dos blancas palomas, apelotonadas en una bandeja. Reclamo de un sujetador de busto.

—Imbécil... —murmuró, casi en tono lastimero—. De un momento a otro, pueden entrar los bestias dirigidos por Stefan... y piensas en tonterías.

—¿Tonterías, Loló? Bien, no insisto... ¿Qué haces aquí?

—Quiero evitarte torturas inútiles. Hazme caso, Stefan cree que tú sabes dónde está Konradin, y piensa que este no venderá a los franceses lo que pueden pagarle los suyos... Cree que tú eres intermediario. Si Stefan ordena que te torturen, estás perdido...

—Tortura por tormento, tú podrías sacarme la verdad.

Avanzó ella el labio inferior, en mueca burlona. Y dijo, mimosa, en húngaro:

—«Giulya ferenc restövertig, Frol».

—De acuerdo, Loló. Ahora, traduce.

—Admites, entonces, que no eres Konradin.

—Tengo amnesia. Cada vez que recibo un golpe en la barbilla, me olvido de mi lengua natal.

—¿Quién eres? ¿Pertenece al «Segundo»?^{3}

—Si Stefan te ha enviado como preguntona, transijo en confesar por qué te he seguido tan dócilmente. Pero, aquí a solas, con todos acechándome, estás en peligro, Loló.

La atrajo por un hombro, aplicándole la diestra en la nuca. Ella se debatió sin gran convicción. Sus labios se entreabrieron.

Joris apagó la luz. Musitó ella:

—¿Por qué apagas?

—A oscuras, las confidencias brotan sin complejos.

Los labios femeninos eran tibios y expertos. Ronroneó enlazada, como una colegiala recibiendo el primer ósculo de deseo varonil.

En el cerebro de Joris, uno de los lóbulos transmitió la desagradable voz de Didier Bertand:

«Desengáñate, Joris. Un gorila no puede nunca aspirar a la sincera pasión de ninguna mujer. Porque nunca sabrá si esta mujer figura en la nómina de la competencia».

Apartó ella el semblante para poder respirar. Jadeante, dijo:

—Stefan no sabe que estoy aquí. Si viene, supondrá que he acudido atraída por tu arrolladora arrogancia.

En la oscuridad, las pupilas de Joris ya acostumbradas, percibieron la enigmática sonrisa de la que añadía:

—Stefan me cree una cazadora de hombres, coleccionadora de sensaciones fuertes, por afición. Suéltame...

Gaston Joris, enlazándola por el talle, se levantaba. La mantuvo contra su costado, hasta que junto a la puerta, murmuró:

—De momento, quiero, poder oír si se acercan pasos más o menos cautelosos. ¿Qué te propones, corriendo el riesgo de que te sorprendan

aquí?

—Actúo por mí propia iniciativa. La placa es tu salvaguardia, y por esto viniste sin armas. Stefan sabe que no puede matarte, pero procurará que confieses dónde está la placa que contiene la fórmula comprobada del grafito refractario para «misiles»...

—Si entraste, podemos salir.

—No es posible... Al extremo del corredor hay dos bestias de guardia.

—¿Sí? ¿Son ciegos?

—Hay varias habitaciones en este pasillo... No sabían que yo venía a este cuarto... Escucha, tu piel valdrá muy poco, si Stefan...

La atrajo Joris. Bisbiseó en su oído:

—Tráeme un petardo. Escapamos y repartimos. Yo sé dónde está Konradin.

Y Gaston Joris besó con fruición el mohín codicioso que se dibujaba en los labios de Carlota. Pensó que si el Centro no sabía dónde estaba Konradin, tampoco el Branch...

Y mientras creyesen que él actuaba como intermediario, podía obtener una información que suponía una prima valiosa: Stefan y Loló, agentes de la competencia, reteniendo a Elisa...

Se desprendió Carlota, musitando:

—Vienen.

Corrió a la cama, tendiéndose en ella, en indolente abandono.

La puerta se abrió de pronto. Stefan encendió la luz y avanzó. Parecía no tener ojos más que para la mujer recostada voluptuosamente.

Ella saltó en pie y Stefan le asestó un bofetón, imprecando:

—¡Zorra, rastrera!

Los dos gorilas que entraron vieron a Joris, pero él los había visto primero. Colocó su pierna tras la de un rival, aplicándole a la vez un golpe de canto en la sien. Y un gancho en la mandíbula opuesta.

Dio un paso de baile. Media vuelta sobre la otra pierna. Como un cosaco en la Danza del «Derviche» giratorio.

El puntapié que recibió en la entrepierna el segundo gorila, le produjo un evidente sufrimiento. Se inclinó, agarrando a Joris por la cintura.

—Este baile lo tengo ya comprometido —resopló el joven.

El canto de su zurda chocó en el caballete de la nariz. Oyó el crujido de cartílago del que desistió de cabecear. Iba resbalando y le ayudó Gaston con un rodillazo en el mentón.

Stefan seguía zarandeando a Carlota, y Joris se dispuso a salir, apartando de un manotazo al recio encajador que, echando sangre por las fosas nasales, alargaba unos brazos dignos del apodo común en el oficio.

En la cabeza de Joris repercutió el golpe que por la espalda le propinó Carlota. Se dio cuenta, al pretender esquivar, que el instrumento era una linda matraca femenina...

Después, las nieblas rojas inundaron por completo el cuarto.

Densas nieblas y luego una apacible modorra.

A instantes, una mano de titán agitaba las cuatro paredes, convirtiéndolas en un gigantesco cubilete, en cuyo interior, Gaston Joris era el dado.

Le convenía no abrir los ojos, decidió. El que le zarandeaba, afirmó:

—Tardará bastante en despejarse, patrón.

Hablaba un francés gutural. Stefan replicó:

—De momento, no podemos perder más tiempo aquí. Nos cuidaremos de él cuando regresemos. Inyecta, zorra.

La zorra tenía que ser Carlota, forzosamente, meditó Joris. ¿Inyecta? Entonces, aquel pinchazo era el de una aguja hipodérmica.

Las nieblas, de rojas, pasaron a un hermoso color plateado. Joris se desfogó mentalmente:

«¡Audacia y juegue fuerte! Recuerde que siempre les pongo una sombra protectora a mis gorilas...»

Eso decía el condenado Didi... Pero cuando la sombra le perdía la pista al gorila, venía aquello de las cuatro tablas, los clavos y la fosa.

—Por lo menos, hasta las tres de la madrugada, no molestará —decía Stefan—. De todos modos, cada hora, echa un vistazo, Gabor.

Un inmenso velo negro cubrió por todos los puntos cardinales a Gaston Joris. Ya no pensó en nada.

Lo ideal era no pensar en nada, determinó al volver a pensar en algo.

Estornudó vigorosamente. Tendido en la alfombra, boca arriba, brazos en cruz, y sintiendo un cosquilleo bajo la nariz.

Se palpó la ternilla. Aquel parche reseco era sangre. El cráneo le resonaba como un gongo del Tíbet, convocando a los ламas de todas las cumbres.

En su muñeca, el «Patek» a prueba de todo choque, señalaba que faltaban minutos para las doce nocturnas.

Logró sentarse, y se sujetó la cabeza con precaución, porque el menor movimiento ponía en acción a un entusiasta timbalero.

En una esquina había un lavabo. Y mientras se aproximaba, deslizándose sentado, tuvo un extraño vislumbre mental.

Cuando su nuca estaba bajo el chorro de agua fría, hizo la correspondiente deducción. Y habló en voz queda, bajo el chorro.

—Si Loló me hubiese inyectado la dosis entera del soporífero, yo no habría despertado a la medianoche, sino a las tres. Y no a solas, sino rodeado de preguntones dirigidos por Stefan O sea que Loló quiere verte lejos, para repartir contigo la tajada de la maldita placa de un condenado húngaro... La codicia es el motor que impulsa a Loló... ¡Ey, no te agarres como una lapa al lavabo, capullo!

Se desprendió con esfuerzo de la blanca armazón, porque en su cerebro

resonaba un cascabel entre campanazos:

«De todos modos, cada hora, echa un vistazo, Gabor».

El gorila Gabor, disciplinado y rencoroso, vendría a comprobar si todo estaba en orden. Joris se adhirió a un lado de la puerta.

Las tinieblas lo serían por completo para el pobre Gabor. En la espera, Joris fue dándose masajes en la nuca. Tenía las pupilas congestionadas, pero percibía claramente.

El ruido del cerrojo le alertó. El coloso que entraba lucía una blanca garganta, y una nuez sobresaliente. Pestañeaba, dirigiendo la mano al conmutador.

Joris le machacó la nuez con el puño, sincronizando el «emparedado», con el puñetazo, porque Gaston le sostuvo por el cuello.

Le dejó encogerse blandamente en la alfombra, acompañándole en su desmadejamiento vertical.

—Estará afónico unas tres semanas, Gabor —masculló Joris.

Bajo el sobaco del conmocionado, encontró una automática «Zkiss», modelo ruso, con silenciador moscovita. No en tubo, sino en forma de perilla.

Salió, cerrando desde fuera y guardándose la llave, mientras oteaba el largo corredor, similar al de una clínica privada.

Pensó que escribiría un «slogan» gratuito para las suelas «Rip», dentadas y de goma esponjosa. Facilitaban la pisada cautelosa y elástica.

Al fondo del pasillo se oían voces roncadas, charlando en un idioma donde las blandas vocales alternaban con explosivas consonantes. Debía ser el cuerpo de guardia de los «tovarich» del Centro.

Una de las voces se acercaba a la esquina. Una puerta con pestillo exterior atrajo a Joris. Descorrió la lengüeta de hierro y se deslizó al interior, enfocando el cañón de la «Zkiss».

Cerrando con la zurda, y explorando en arco con la automática. Acabó de cerrar, empujando suavemente con las espaldas.

Y encañonó la alfombra.

El cuarto, idéntico al que acababa de abandonar, estaba sumido en media penumbra. En una cama sin sábanas, estaba tendida una joven.

Ojos cerrados, pero rebosante de vitalidad. Una sonrisa de Gioconda en los labios.

Era de verdad bonita aquella criatura sorprendente, pensó Joris acercándose. Finísimo el semblante, y un cuerpo matemático como un axioma, donde las curvas y los planos alternaban con rotunda precisión.

Joris enfundó la «Zkiss», entre camisa y pantalón.

Las muñecas de Eva Blain estaban atadas a la cabecera, a ambos lados del armazón metálico y empotrado. Mientras desanudaba las tirillas de cuero, comentó Joris:

—Ayer por mí, hoy por ti. No sé cómo diablos vamos a salir de este

antro, pero no cabe duda que el destino o lo que sea, nos reúne oportunamente. Si yo no te sigo, y te encuentro, y vuelvo a encontrarte, acabaré por sentirme muy ufano y creer que me sigues. A menos que vivas en esta casa. Y seas una auxiliar femenina de Stefan.

Sentándose, Eva Blain estiró su falda. Parecía absolutamente desprovista de nervios. Y, sin embargo, era femenina en dosis suprema, meditó Joris.

Dándose masaje en una muñeca, musitó ella:

—Abriste desde fuera, y me encontraste prisionera. Después te lo explicaré.

—Ahora, por favor —y el tono era incisivo—. Tengo una jaqueca espantosa y no me la aumentes con reticencias.

—Pueden venir... —y señaló ella la puerta cerrada.

—Aguzo el oído. ¿Qué diablos haces aquí?

—¿Recuerdas a Mestral y Lacroix?

—Los dos marseleses a los que dejaste totalmente sin sentido. ¿Qué pasa con ellos?

—Les vi rondar esta casa, y, al perderles de vista, entré, en el jardín. Estaba en la galería cuando me echaron un saco por la cabeza.

—¿Los dos marseleses?

—No sé... Creo que no, porque los que me llevaron a un despacho, eran dos desconocidos. Había un individuo de rostro bronceado y blancos cabellos. Le expliqué que yo me limitaba a seguir a dos maleantes. Me replicó que se veía obligado a tenerme encerrada hasta que recibiese instrucciones. Y cuando ahora... te vi entrar, te aseguro que me sentí muy contenta, casi emocionada.

—Lo celebro. Tú y yo iremos aclarando, cuando sea oportuno, quiénes somos en verdad... Ahora tengo que estudiar la manera de evaporarnos de aquí. Cuando los de guardia vean que Gabor no regresa, irán a visitar mi celda. Apenas les oigamos pasar, y mientras inspeccionan mi aposento, saldremos pitando. ¿Me sigues o te quedas?

Joris se adosó a un lado de la puerta. Ella, aproximándose, asintió. Era luminoso el fulgor de sus ojos azules en la penumbra. Casi adherida al hombro masculino, susurró:

—Es evidente que desconfías de mí, Gaston.

—En este complicado lío del húngaro fugado y la placa tan anhelada, me temo que acabaré por no saber quién soy yo mismo...

Alzó Joris la mano que empuñaba nuevamente la pistola, y entreabrió suavemente la puerta.

Se oían pisadas corriendo en dos direcciones por el vestíbulo. Y repentinamente, un vozarrón clamó:

—¡Gaston! ¡Orienta, mozo!

—El grito de aviso de los «para» —sonrió Joris, satisfecho—. Tarde, pero a tiempo, Firm.

Abrió de golpe.

Firmin Lebrun estaba en una esquina del largo corredor, junto al vestíbulo. Arrodillado. La ráfaga de disparos de una pistola desconchó la esquina, sobre la cabeza de Lebrun, y fue a repicar contra la pared opuesta del corredor.

—¡Aguenta, Firm! —gritó Joris, echando a correr hacia su compañero.

Cuando se arrodilló junto a Lebrun, este sonrió sin mirarle. Enfocaba el vestíbulo y gruñó:

—Están parapetados tras los muebles. Solamente tres, pero el problema es sacarlos antes que vengan refuerzos. Si tuviéramos una «piña» —y suspiró, pensando en las granadas de mano tan útiles para desalojar posiciones enemigas.

Eva Blain, acurrucada, casi se adhería a la espalda de Joris, que pensó: «Esta muchacha está dispuesta a salvarse como sea. Si es preciso, pasando por encima de mi cadáver».

Disparó hacia un sillón, y Lebrun rezongó:

—No hay manera. Cierran la salida. Por atrás, ¿qué?

—Celdas y nada más. Dame la metralleta. Voy a probar suerte yendo hacia aquella vitrina. Tú descarga esta pistola, cubriéndome el avance...

—*Nequáquam* —denegó Lebrun—. A mí, el jefe me dijo que...

Se interrumpió y, asomando la cabeza a ras de suelo, escrutó la causa de aquellos nuevos ruidos. La puerta se había abierto con violencia...

Desde detrás de un sofá y dos sillones, los tres pistoleros al servicio de Stefan abrían fuego hacia los que acababan de irrumpir...

Que avanzaban inexorablemente hacia ellos, como si fueran inmunes a las balas, disparadas con silenciador.

Sentándose sobre los tacones, Firmin Lebrun balanceó el busto, murmurando atónito:

—Ey, ey... Eso no puede ser... Oye, Gaston, oye... Mira tú, a ver si ves lo que veo.

En el vestíbulo, se oían secos golpes, alternando con los taponazos de silenciadores. Y Gaston Joris, asomándose prudentemente, pestañeó incrédulo.

Se puso lentamente en pie, imitado por Lebrun, que masculló:

—El Zoo está lejos, ¿no?

Los tres pistoleros al servicio de Stefan yacían desmadejados en diversas posturas grotescas. Sin embargo, los dos intrusos no usaban armas de fuego...

Eran dos gorilas.

Largos pelos cubrían sus anchos torsos, y brillaban malignamente las negras pupilas hundidas sobre el hocico bestialmente impresionante. Se bamboleaban sobre las cortas piernas arqueadas, de anchos pies planos y dedos prensiles. Los largos brazos peludos destacaban más, en contraste

con las cortas piernas.

Eva Blain corrió hacia la celda que había abandonado, entrando en ella y cerrando la puerta.

El gorila que avanzaba precediendo al otro, llevaba en su zarpa un tubo rojizo. La zarpa iba oprimiendo, y la boca del tubo empezó a exhalar un humo blanquecino.

El otro gorila esgrimía un largo palo macizo, de caucho. El arma con la que había dejado fuera de combate a los tres yacentes.

—¡Riega! —conminó Joris, apretando el gatillo de su pistola.

Lebrun le imitó, y ambos retrocedían lentamente, alelados. La ráfaga de metralleta atestiguaba la puntería de Lebrun, salpicando los peludos torsos...

Pero los dos gorilas avanzaban con su peculiar bamboleo, el uno rociando el blanco vapor, como si fumigase en desinsectación, y el otro, haciendo oscilar el largo palo.

Gaston Joris abrió la boca ansiosamente y cerró los ojos. Al intenso asombro, sucedió la nada.

El chorro blanquecino le inundaba el rostro.

Y se sintió muy ligero, livianísimo, elevándose en el aire como en un vuelo ingrávido.

Lo último que pensó carecía de originalidad, porque repetía las mismas palabras:

—Me he vuelto loco. Me he vuelto loco.

Le inundó una sensación de perfecto bienestar, y se columpió blandamente en blanquísimas praderas, revolcándose feliz, jugueteando con pequeños gorilas níveos que bailaban apretando perillas de vaporizadores.

CAPÍTULO VI

Gaston Joris se removió plácidamente. Había dormido a fondo, y se encontraba muy despejado, contento y exuberante.

Su brazo enlazaba un cuello, y murmuró, afectuoso:

—No es que desconfíe precisamente de ti, Eva. Pero, claro, con millones en juego... podrías ser otra Loló...

Abrió repentinamente los ojos y, ladeando el rostro, examinó la cabeza posada sobre su hombro. Dio una sacudida y la cabeza de Firmin Lebrun osciló, yendo a posarse en la esquina del asiento.

El confortable asiento posterior del «403», provisionalmente propiedad de agentes de Didier Bertand.

Gaston Joris se pasó las dos manos en prieto masaje por los rasgos faciales y masculló:

—Despierta, Firm. Tocaron diana.

Firmin Lebrun, con expresión beatífica, abrió los ojos, masticando pastosamente. Miró la ventanilla lateral.

Un verde prado, una cerca encerrando pastos, arboleda flanqueando senderos, y lejanas casitas espaciadas entre alguna que otra granja.

Un tímido sol pugnaba por vencer las nubes que tachonaban un cielo gris de amanecer. Con la boca pastosa comentó Lebrun:

—Estamos en plena campiña, troncho. Oye, viejo, ¿qué hacemos aquí? Vaya borrachera más potente que nos arreamos.

Palpándose la nuca, Joris bajó del coche. Efectuó unos movimientos gimnásticos para desentumecerse. Iba contemplando los alrededores.

El coche se hallaba bien protegido, entre la doble hilera de álamos. A lo lejos, un campanario desgranó lentos toques.

Firmin Lebrun, bajando, efectuó también unos ejercicios elásticos y, mirando su reloj, dijo:

—Yo tengo las siete y media, viejo. Oye, me encuentro estupendo, sin la menor resaca. Pero no acabo de ver la cosa clara, digo yo. Anoche pescamos una merluza de tonelada.

Inspeccionando el motor, comprobó Joris que estaba en perfecto estado. Cerrando el capó, manifestó incisivo:

—Anoche te fuiste a dormir, libré de servicio.

—*Nequáquam*. Eran ya las once y pico, cuando el fétido Didi me despertó a telefonazo limpio, dándome una dirección para que saliese

pitando, a ver si te sacaba de apuros.

Instalándose tras el volante, puso Joris el contacto. Invitó:

—Sube. A menos que el verde te inspire ansias de triscar.

Sentándose al lado del volante, Lebrun se palpó la coronilla, dándose simultáneamente un masaje en el estómago.

—Lo único que veo claro es que tengo hambre. ¿Por qué me trajiste a un sitio tan rupestre? Luego me explicas, ¿no?

—Eso es. Tú explícame dónde fuiste apenas te dio una dirección el hediondo Didi.

—Bueno, como te iba diciendo, fui al sitio que me indicó Didi. Descerrajé una ventana y estaba llegando al corredor, cuando surgieron tres tipos. Te llamé, me contestaste, y se lio la cosa... Se lio la cosa... Se lio...

Bruscamente, Lebrun miró angustiado a su compañero.

Joris, mirando hacia atrás, comentó:

—¿Se te rayó el disco? Allá hay un sendero en descenso. Creo que estamos por los alrededores de Longchamps. Sí, ahí está el hipódromo. Vamos a visitar a Didi y le despertaremos por completo. De tan desconfiado que es, hasta duerme sin salir de la agencia. En una pocilga adjunta a su despacho y, naturalmente, con el puerco gato.

El coche descendía por el sendero hacia una carretera asfaltada. Lebrun, sin apartar la inquieta mirada del rostro de su amigo, insinuó:

—Debí recibir un fuerte trompazo en la cebolleta, digo yo. Me recogiste, ¿verdad?

—No.

—¡Troncho! ¿Recibí o no recibí un porrazo que me quitó las tapaderas del sentido? Contesta, viejo, porque empiezo a estar hecho cisco.

—Antes dijiste que te encontrabas estupendo.

—Al despertar, sí. Pero voy pensando, y, no hay modo. Tú comprenderás que... vamos, no es posible.

—Eso es. No es posible. ¿El qué?

—Pues, si te lo digo, te mondas.

—Venga, que me sentará bien.

—Hay cosas que a veces uno sueña en pie, si está con la cala bien forrada. Otras veces, durmiendo. Pero yo estaba despierto y no había probado ni siquiera un medio de cerveza. Bueno, pues como te iba diciendo, no te lo vas a creer, pero, ¡los vi!... ¡Palabra que los vi! Cómo te estoy viendo.

—¿Qué viste?

—Mira, yo a ti te lo consiento todo, o sea que me da igual que te encrepes y me llames lo que sea. ¡Así me rapen y empalen, si miento! ¡Vi a dos gorilas!

Gaston Joris suspiró con intenso alivio, y su mueca de satisfacción

extrañó a Lebrun. Al igual que el comentario que oyó:

—Entonces, ya somos dos.

—¿Cómo que somos dos? —farfulló Lebrun—. No te estoy hablando del apodo que nos dan a todos los que andamos metidos en estos jaleos donde el seso más fino se extravía. Yo te juro que, con estos ojazos que me dio mamá, vi claramente a dos gorilas que avanzaban... Dos gorilas de los legítimos. Peludos, sin ropa, claro, y con unas pupilas que echaban carboncillo infernal... ¿O es que recibí un buen estacazo y luego me figuré que vi lo que no vi?

—Uno de tus gorilas llevaba una estaca. El otro, un vaporizador.

—¡Ay, Dios! ¡Entonces, también los viste tú! ¡Troncho, eso sí que no me lo explicas ni tú ni cien como tú! ¡Eran gorilas!

—No te pulverices más los sesos, viejo. No digas ni media más. Yo vi también a los dos micos. Silencio ahora. Tengo que ir poniendo todo en orden para explicárselo a Didi.

Acodado en su sillón, Didier Bertand escuchaba con expresión avinagrada la concisa y clara exposición de los hechos acaecidos durante la noche.

Gaston Joris hablaba con aire de supremo fastidio. Firmin Lebrun parecía fascinado por la gruesa bola de cristal que, sobre el despacho, oficiaba de pisapapeles. El cristal transparentaba un líquido verdosos en el que se removían unos minúsculos pececillos negros.

—... En la esquina del pasillo, Lebrun mantenía a distancia a los tres que habían quedado de vigilantes en la casa. Cuando nos disponíamos a efectuar una maniobra de diversión, aparecieron dos gorilas.

Joris se calló. Lebrun miró con gran intensidad al ex capitán legionario, que dijo desdeñoso:

—Puede ahorrarse los detalles de su triunfante acometividad, Joris. Si cuando tuvieron lugar estos sucesos rondaba la medianoche, ¿cómo no viene a informarme sino a las nueve de la mañana?

—Porque Lebrun y yo estuvimos durmiendo, desde entonces hasta el amanecer.

—¿Durmiendo, eh? Es lamentable que mi elocuencia no haya sido suficiente para hacerle comprender que, en este asunto, los minutos valen oro. O sea, que los señores decidieron dormir. ¿Estaban muy cansados los señores?

—Los dos gorilas que se presentaron y barrieron con los tres vigilantes de Stefan, eran gorilas. Ya sabe. Esos de hocico brillante, ojillos crueles, largo pelo negruzco por todo el cuerpo, patas combatas... Gorilas. De los que cazan por África, en las selvas del centro, y que los niños van a visitar los jueves y domingos en los parques zoológicos. Gorilas legítimos.

La barbita de Didier Bertand adquirió un ángulo recto. Sus acerados ojos grises parecieron barrenar a Joris que, hoscamente, silabeó:

—Gorilas africanos, antropoides, eso es.

Bertand apoyó el pulgar y el índice diestros sobre sus párpados. Habló con tono cansino:

—Les advertí que en acto de servicio no admitía que ningún agente bebiese en exceso.

En el reborde de la ventana, el gato negro se arqueó, maullando suplicante, Bertand agudizó el tono:

—¡Quieto ahora, «Rex»! ¡Te desayunarás luego!

El gato se encogió, volviendo a tenderse, resignado.

Añadió Bertand:

—La embriaguez es una agravante en este servicio, porque en las mentalidades de escasa solidez, produce alucinaciones del género plenamente idiota...

—¡Alto!

Y Joris apuntó con el índice hacia Bertand:

—Hasta aquí podíamos llegar. Usted paga y nosotros nos jugamos la piel como corresponde. Pero no toleramos que nos llame idiotas. No estábamos borrachos, y los que nos quitaron el sentido eran dos monos, dos simios, dos antropoides bien desarrollados.

—Ajá —aprobó Lebrun, complacido.

La calva de Bertand se iba sonrosando, a la par que sus mejillas. Empleó una entonación melosa:

—No les he calificado de idiotas señores. Aludí a ciertas alucinaciones del tipo absurdo, producidas por un exceso de alcohol... Bien, no bebió en exceso, Joris. Pero en su relato quedó especificado que por tres veces pasó usted al estado de fuera de combate. En el despacho de Stefan, en la celda y en el corredor, al salir usted cuando le alertó Lebrun. Por más resistente que sea su organismo, ¿tiene la bondad de tolerarme que le afirme rotundamente que los golpes triplicados pudieron alterar el normal funcionamiento de sus órganos visuales?

—¿Y yo, qué? —intervino Lebrun inesperadamente—. Yo estaba completamente indemne, es decir, virgen de todo mamporro, cuando vi bien claramente a los dos micos, como le estoy viendo a usted. Di... —tosiendo, Lebrun añadió, riendo—: Es la monda. No lo puedo remediar. Usted tiene derecho a dudarle, pero si Gaston los vio y yo también, es porque existían y eran dos monazos tan altos como usted mismo. ¡Dos simios legítimos, troncho!

Desfogado, Firmin Lebrun volvió a reclinarse hacia atrás, rodando los pulgares de sus manos apoyadas sobre su estómago.

—Ya oyó —remachó Joris.

Didier Bertand se aplicó las yemas en las sienes, y, cerrados los ojos,

expuso:

—Bien, voy a dar por supuesto que vieron a dos mascarones.

—No eran mascarones, sino puro gorila —afirmó Lebrun.

—De acuerdo. Y siendo cierto que no son solteronas histéricas ni nenes asustadizos, y estando provistos de armas de fuego, acaricio la esperanza de que no olvidaron al manejo.

—Lebrun vació su metralleta y yo la pistola. Los proyectiles rebotaban. Sí, rebotaban. Los dos gorilas siguieron caminando hacia nosotros. Uno llevaba una especie de porra larga de caucho. El otro, una sulfatadora.

—¿Una sulfatadora, oh?

—Un tubo que vaporizaba algo blancuzco y espeso, que no era líquido, sino gaseoso. Los perdí de vista y amanecí con Lebrun a mí lado, en el coche, en pleno campo, al sur de Longchamps. Eso es todo.

Joris se arrellanó más cómodamente, y Lebrun dio una lenta cabezada de aprobación. Ambos acechaban al director de la agencia.

El semblante de Didier Bertand ostentaba un denso color granate.

Asestó un repentino puñetazo sobre la mesa y rugió:

—¡Condenación! ¡Han logrado sacarme de quicio!... Nunca en mi largo historial he oído una sarta tan apabullante de estupideces. No es en sí lo que cuentan, sino la firmeza con que quieren hacerme creer lo que escapa a todo calificativo sensato.

Joris alzó los hombros como dando a entender que todo quedaba dicho.

Le imitó Lebrun, plácidamente.

Bertand le miró venenosamente:

—Usted, Lebrun, dejó escapar a Konradin. Usted, Joris, fue en busca de la nueva ficha de Konradin precisamente cuando el cirujano ya no podía dársela. Tanta ineptitud es excusable. Al fin y al cabo, de humanos es fallar. ¡Lo intolerable es que dos asalariados, cobrando una espléndida paga, pretendan escudarse ahora tras un relato de un delirante y espantoso cretinismo!... ¡Lo que...!

Se interrumpió Bertand, extrañado. El gato, dormitando en el antepecho del balcón, se arqueó con el lomo erizado, bufando inquieto.

El puntapié que Joris había aplicado en el panel de la mesa-despacho, resonó huecamente en prolongado eco, mientras se ponía en pie.

Lebrun, refocilado, se levantó también.

—Hasta aquí hemos llegado, Bertand —especificó Joris—. Y de aquí no pasamos. Este y yo nunca buscamos excusas. Seremos más o menos brutos, pero no tanto. Sabemos que no alcanzamos su altura intelectual, pero cuando decimos que hemos visto tártaros, eran tártaros y no excusas. No los inventamos. Vimos gorilas y lo eran. Ni este ni yo queremos terminar embutidos en una camisa de fuerza. Ni él ni yo queremos ya seguir siendo asalariados de usted. El asunto de Konradin nos tiene hasta la coronilla. Y con lo de anoche, la copa rebosó. No queremos que nos agradezca los

servicios prestados. Nos licenciamos. Nos largamos. Más claro: sanseacabó. Mande usted en su gato, y olvídese de nosotros dos.

Calmosamente, denegó Bertand con el índice:

—Perdón, perdón. Ustedes aceptaron un contrato, donde quedó expuesto que una misión empezada no podía ser abandonada bajo ningún concepto.

—Pues este y yo la abandonamos —afirmó Joris—. Y a ver quién es el guapo que se opone, ¿no, amigo?

—Eso es, digo yo. A ver quién es el guapo que se opone —invitó Lebrun.

Didier Bertand sonrió con su peculiar alzamiento del labio superior:

—Disponen de ocho horas para recuperar la normalidad, señores. Transcurrido este plazo, cualquiera de los agentes del «Segundo» les detendrá, apartándoles de la circulación hasta que no sea hallado Konradin. Saben demasiado...

—No sabemos nada en absoluto, salvo que nos declaramos cesantes. Nos vamos.

En la puerta, se detuvo Joris. A sus espaldas, decía Bertand:

—Hasta las cinco de la tarde esperaré su llamada, Joris. Después... no respondo y me lavo las manos. Mediten, por favor. Mediten en lo absurdo de lo que pretenden haber visto. Mediten.

En el bar de la esquina, tras consumir cuatro *croissants* y dos cafés-crema, Joris, encendiendo un cigarrillo, manifestó:

—Seamos justos. En el fondo, Didi tenía derecho a berrear.

—Estuvo a punto de la apoplejía —rio Lebrun—. El asunto de los dos micos le hizo migas. «Mediten», rechinaba el muy gandul.

—Porque es así, capullo. Tenemos que meditar. Hemos de procurar, entre los dos, ahora que ya nos hemos acostumbrado a la idea, estudiar lo ocurrido, con lógica. ¿Has visto tú a muchos gorilas sueltos?

—No. Pero pudieron escaparse del Zoo.

—Bien. ¿Has visto tú muchos gorilas manejando un tubo lanza-gases?

—No, eso sí que no. El de anoche es el primero.

Pacientemente, siguió Joris con su lógico esclarecimiento:

—Eran dos tipos disfrazados, Firm.

—*Nequáquam* —objetó Lebrun—. Si hubieran sido tipos disfrazados, no habrían dado dos pasos. Los acogieron con fuego a discreción, los tres de la casa. Y nosotros les enviamos plomo hasta agotarlo, y siguieron tan campantes. Ni pestañearon.

De lo cual sacas que, al rebotar las balas en ellos, tenían que ser bichos de la selva.

—Sí, señor —declaró Lebrun solemnemente—. Los gorilas nativos tienen la piel durísima, como una coraza, y solamente las balas «dum-dum», explosivas y con cabeza de acero especial, pueden penetrar en la

única parte blanda que tienen: el entrecejo. Lo leí en la obra llamada «Cazando fieras vivas», de un tal... no recuerdo.

—Procura razonar con sensatez, hombre.

—Ya sé por dónde vas... Pero, ¿y si alguien ha amaestrado a dos gorilas nativos? Los achucha, y a golpe de estaca y gases, entran por dónde se les antoja.

—Y muy amablemente, te recogen en brazos y te llevan al coche.

—Porque el que los tiene amaestrados no siente ojeriza ni inquina hacia nosotros. Yo lo veo muy claro.

—Feliz tú. Lo que me revienta es que ni siquiera tengo la dirección de Eva. Era la chica que estaba conmigo. Ella los vio, y ella nos podría aclarar muchas cosas.

—Por lista que sea, a mí no me apea del burro. Eran...

—¡Ya está bien! Ya sé: eran gorilas nativos, como dices tú. Vámonos.

Conduciendo, expuso Joris:

—A mí me tiene ya sin cuidado el húngaro y la gente que le ronda, pero por mí cuenta, quiero salir de dudas. Vamos a echarle un vistazo a la casa donde me recibió Stefan.

—Yo lo dejaría correr, porque me consta que en esos tejemanejes de espionaje, muchos como nosotros, sanos y cabales, acabaron completamente locos. ¿Tú te acuerdas de Bebert, el «Tortuga»? Un chico sólido que no creía en brujas. Se alistó en un servicio especial de contraespionaje, según le dijeron. Bueno, el otro día me lo topé, y daba pena. Se reía solo, pero todavía tenía pase, hasta que en medio de la charla se sacó de la camiseta una especie de campanita, que llevaba colgando de una cadena. La empezó a sacudir, muy serio. Yo, claro, me extrañé y le pregunté qué pasaba. Bebert, muy convencido, me dijo que era el único modo posible de ahuyentar a la mujer vampiro, que no le dejaba ni a sol ni a sombra. No hubo modo de sacarle de su manía. Repetía con cara de alucinado que estaba interrogando a un sospechoso, cuando de pronto, surgió una vieja muy alta, riendo a carcajadas y lanzando...

—Ya hemos llegado —y parando ante la verja por entre cuyos barrotes se veía un extenso parque, se acodó Joris en el volante—. De día todo cambia. Fíjate en la casa al fondo, tan señorial y todo tan tranquilo. Anoche era un verdadero antro. Y no cabe error. Este arco, el muro alto hasta el otro viraje...

Apuntó Joris con el dedo hacia las letras plateadas engarzadas en la tela metálica del arco sobre la verja.

Lebrun leyó en voz alta:

—«Residencia Monrepos».

—Lee también las placas, viejo.

En la placa de la columna derecha, leyó Lebrun:

—«Doctor R. Duhem. Neurólogo». Y en la otra columna dice:

«Trastornos nerviosos. Terapia Relax».

Gaston Joris se rascó un pómulo, comentando:

—Anoche, no había placas ni letrero. Me consta porque los faros del coche iluminaron bien esta entrada. La verja estaba abierta.

—Yo, como salté la tapia, no me paré en leer nada. Bueno, sí, el número del farolito. Ese mismo, tanto el número como el farol.

—Escucha, viejo. Hay que abrir el ojo, porque me estoy oliendo un truco. Esa gente dirigida por Stefan, que a su vez está dirigido por otro, no ignora que, conociendo este sitio, puede venir la policía a registrar. Yo llevaré la conversación, y tú vigila con pupilas alertas.

—Hombre, a esta casa, desde anoche, la tengo yo atravesada.

Apeándose, Joris fue a apretar el timbre. De la caseta lateral, surgió un individuo. Vestía ropa de jardinero. Era un atleta de semblante bonachón.

—Buenos días. ¿Qué se les ofrece?

—Queremos ver al dueño.

—¿Al doctor Duhem?

—Sí.

—¿Su nombre, por favor? —y el jardinero sacó, del delantal de cuero, una libreta con índice alfabético.

—Joris, Gaston. No estoy en su lista ni tengo cita. Pero he de ver al doctor. Un caso apremiante —y señaló Joris a Lebrun—. Mi amigo ha de ser examinado.

Abriendo la verja, el guardián expuso:

—He de avisar por teléfono a la secretaria enfermera.

—De acuerdo. De noche, ¿está usted también de guardia?

—No. Solamente de día.

El guardián-portero entró en la caseta y descolgó un teléfono.

Joris torció la boca:

—Si te preguntan, tú hazte el bobo.

Asintió Lebrun.

El portero, asomándose, señaló hacia la galería de columnas.

—La secretaria les conducirá al despacho del doctor.

La mujer que esperaba en la galería, ante el abierto dintel, era alta y rolliza. Muy rubia, y enteramente de blanco, tenía aspecto cándido.

Aproximándose, susurró Lebrun:

—Troncho... Está más que apetitosa.

La lozana rubia sonreía, acogedora. Joris, en silencio, señaló con el pulgar a su compañero, que sonrió cordialmente, agitando los dedos de la diestra.

Ella les precedió por el amplio vestíbulo. Joris aplicó un codazo a Lebrun, que apartó la vista del fascinante espectáculo que ofrecía el femenino contoneo.

—Todo coincide, Firm —susurró Joris—. Pero han cambiado el tresillo

que estaba despanzurrado.

El vasto salón era el mismo en que Carlota le introdujo a presencia de Stefan. Pero ahora tenía vitrinas de material quirúrgico, un sofá de cuero, alto, y de respaldo graduable.

Tras la mesa, se sentaba un desconocido. Rubio, de lentes sin montura, sujetos por varillas de oro.

Con amable expresión, señaló dos sillas, sonriendo con afabilidad a los dos visitantes.

La enfermera permaneció en pie a un lado de la mesa. Lebrun la contemplaba, complacido.

—Usted dirá, señor Joris —invitó el doctor.

—Anoche, hacia las diez, yo estuve en esta misma sala. No había doctores ni enfermeras. Ni este mobiliario médico.

El doctor iba asintiendo gravemente. A Joris le empezó a parecer grotesco lo que estaba diciendo:

—Me llevaron a un corredor con muchas celdas. Unas doce a cada lado. Y en una esquina tiene que haber rastro de balas. En este mismo despacho, un tipo llamado Stefan y una mujer llamada Carlota...

Se interrumpió Joris. El doctor le miraba, muy interesado. La enfermera, profesionalmente, sonreía asintiendo con lentas cabezadas.

—Quiero ver el corredor y la esquina desconchada a balazos.

—Enséñele lo que solicita, Manon. Mientras, hablaré con el señor...

—Lebrun, Firmin —silabeó Joris—. Prefiero que venga conmigo.

—Acompañe a los dos señores, Manon.

Por el vestíbulo, asiendo el codo de Joris, le murmuró Lebrun al oído:

—Manon está imponente, troncho. ¿Te fijaste en sus labios? Golosos y tan rellenitos...

La secretaria señaló una escalinata a su derecha.

—Conduce a la planta alta. Las habitaciones destinadas a la segunda fase del tratamiento.

—Aquel pasillo es el que me interesa.

—Las habitaciones de ingreso, en el período de análisis del adecuado tratamiento.

Joris pasó la mano por la arista de la esquina, donde Lebrun, la noche anterior, se había arrodillado. La rubia volvió sobre sus pasos.

—Si puedo ayudarle en algo, señor Joris...

—Aquí han trabajado albañiles y pintores, recientemente. La pintura está seca, pero han rebajado para darle uniformidad.

Señaló la pared de enfrente, recubierta por un tapiz:

—Anoche no había nada aquí. Pared lisa.

Alzó la urdimbre representando una escena pastoril. La pared era de un liso color amarillo. Pintada al esmalte. Sin la menor huella de perforaciones.

La secretaria enfermera, insinuó:

—No se retenga, señor Joris. Dígame qué es lo que le intriga.

—Anoche, aquí mismo, rebotaron varios balazos —y dejando caer el tapiz, añadió Gaston—: Yo estaba en aquella celda del fondo y salí para entrar en esta otra, donde había una mujer prisionera...

—Las habitaciones que usted señala, no están ocupadas. No es que ponga en duda sus aseveraciones, señor Joris... De todos modos, el doctor le podrá explicar, mejor que yo, aquello que a usted le interese.

Lebrun asentía a todo lo que iba diciendo aquel portento de mujer, que era, para él, la encarnación de sus sueños más lúbricos.

Joris preguntó:

—Anoche, ¿dónde estaba usted, Manon?

—¿A qué hora, exactamente?

—Pongamos las diez.

—En mi habitación del piso alto.

—¿Y Stefan?

—No conozco a este señor.

—Ya... ¿Y anda usted bien de oído?

La carnosa boca se dilató en sonrisa afectuosa.

Añadió Joris:

—Tuvo que oír forzosamente la ensalada de tiros que se organizó.

—Mi habitación es insonora.

—No me agrada tener que decirle que miente usted con gran desparpajo.

—Hombre, viejo —intervino Lebrun—. Si ella tiene acolchada su alcoba...

El doctor Duhem, aproximándose, sonreía afable:

—Si tienen la bondad de pasar a mí despacho, todo puede quedar aclarado. Precisamente los problemas de índole nerviosa son...

—No nos tome por clientes en perspectiva, doctor —atajó Joris—. Este amigo y yo, anoche, aquí mismo, intercambiamos disparos con tres individuos.

—Déjalo, Gaston —medió Lebrun—. Si cuentas lo de los micos, ya no nos dejan salir libres. Renuncia, viejo. Que lo aclare Didi.

—Seguramente, me dirá usted que tiene diploma y que está instalado en esta loquería desde hace años, ¿no, doctor?

—No es un manicomio, sino un centro de todo reposo. Figuro inscrito en el Colegio de Médicos, como especialista en siquiatria y neurología.

Por la escalinata bajaban dos robustos enfermeros.

Avisó Joris:

—Al menor síntoma de peligro, este y yo nos abriremos paso como sea, ¿estamos?

El doctor Duhem, apenado, manifestó:

—Son enteramente libres de sus acciones, señores. Siempre que lo deseen, tendré sumo gusto en recibirlos.

Los dos enfermeros estaban esperando al pie de la escalinata. Yendo hacia la puerta, Joris caminaba algo ladeado. El doctor, la secretaria y los dos enfermeros permanecían inmóviles, sin demostrar extrañeza.

Atravesando el parque, rezongó Joris:

—Era aquí donde estuvimos anoche, ¿sí o no?

—Sí, pero deja a Didi que se ocupe de resolver la papeleta.

—Esta gente son una manada de comediantes.

—La Manon me tiene enamorado.

Abriendo la verja, el jardinero sonrió, dedicándoles un leve saludo.

Poniendo el coche en marcha, Joris anunció:

—Por una vez diste en diana, compadre. Renuncio, no quiero saber nada más de todo este endemoniado jaleo. Vamos a beber algo tónico.

—Gran idea, hombre. Yo, desde que no tengo que aguantar al pelmazo de Didi, me encuentro en la gloria. Me apunté el teléfono.

—¿Qué teléfono?

—El que estaba sobre la mesa. Luego llamo a Manon, a ver si está suelta por la noche, y no voy a descansar hasta llevarla adónde pueda. ¿A dónde vamos ahora?

—Al «Normands». Allí encargó Eva que le reservasen mesa. Quiero verla. Particularmente. Como tú a Manon.

CAPÍTULO VII

En el «Normands», saboreando el tercer vermut, Joris empezó a sentirse menos desconcertado. Dijo:

—Está todo claro, Firm. La banda de Stefan se mudó a otra parte, y los que ahora viven allá son cómplices que han montado el tinglado encubridor. O viceversa, la clínica siempre estuvo allí, y anoche Loló y Stefan la emplearon, de acuerdo con el doctor ese.

—Exacto, no falla —y Lebrun vertió cuidadosamente el agua sobre el azucarillo de la cuchara atravesada en la copa. El ajenjo empezó a tornasolarse—. Oye, es mi día bueno. Libre de faena, y Manon casi en el saco. Apenas le dije por teléfono que yo era el que iba contigo, puso una voz que era puro merengue. Está conforme en que la pase a recoger a las siete. La llevo al cine como primera maniobra de exploración y...

Al quinto vermut, Joris aseguró:

—Apenas venga Eva, porque estoy seguro de que no le pasó nada, ya que estaba con nosotros, la pregunta que se impone es muy sencilla: «Escucha, guapa, ¿viste o no viste rebotar las balas contra el pellejo de dos macacos gordos y peludos?»

Lebrun, chasqueando la lengua, tras la ingestión del quinto ajenjo, comentó satisfecho:

—Lo esencial es que reine la truenas concordia y la mejor voluntad posible. La Eva, aunque solamente la ojeé de refilón, estaba fina de verdad. Pero a mí me gustan más redonditas y algo maduras, porque la fruta el sabor completo lo tiene cuando... ¿Qué pasa ahora, qué dije?

Joris le miraba fijamente desde hacía unos instantes. Y de pronto, rio con expresión de fastidio:

—Caray... Tiene guasa la cosa. Te estoy viendo y tienes cara de chimpancé. No, no es broma cariñosa. Tienes belfos salientes, la jeta toda velluda y ojillos traviesos.

Apartó Joris la vista del rostro de su compañero y, al mirar hacia el mostrador, deglutió saliva.

El *barman*, siempre impecable, movía a un lado y otro la cabeza. Una testa de jabalí. Largo hocicó, colmillos, orejas enhiestas...

—Cristo —murmuró Joris, angustiado—. Dime una cosa, Firm. ¿Qué cara tiene el de la chaquetilla blanca y cuello duro con corbata mariposa? El que atiende al mostrador.

—Pues ni fu ni fa. Guapillo, moreno, muy bien afeitado, algo hocicudo. ¿Le pasa algo al chico?

Cerrados los ojos, Joris forzó una mueca jovial:

—Debo estar mareado. Y toda la culpa la tienen los condenados gorilas de anoche.

Eva Blain entró en el comedor encristalado, dando a la acera.

—Ey, Gaston —avisó Lebrun, sacudiendo a Joris por un hombro—. Tu chica de anoche. La Eva, hombre.

Abrió Joris los ojos. Vio unas piernas magníficas, un cuerpo escultural revestido con distinción... y una cabecita de tórtola. Blanca, de suave plumón y rosado pico.

Eva Blain, sentándose, anunció en tono de excusa:

—Anoche todo pasó tan rápidamente, que ni siquiera pude despedirme, Gaston. ¿Qué te sucede? Estás lívido...

—Te presento a Firmin Lebrun, como quien dice, mi hermano.

—¿Qué tal, Eva? —y agitó Lebrun los dedos—. ¿Un sorbito de jerez?

—Aguardad un momento —y Joris siguió con los ojos cerrados—. Tengo que preguntarte algo muy importante, Eva. Lo último que recuerdo de anoche es que estabas a mí espalda, cuando de pronto se presentaron dos... dos gorilas. Entiéndeme bien, dos gorilas legítimos. Desnudos y, en fin, como se ven en los zoológicos.

Parpadeó Joris. Eva seguía teniendo un piquito rosa y una redonda cabecita lisa. Lebrun hacía muecas con los arrugados bellos, mostrando una larga dentadura amarillenta, muy hundidas las cuencas oculares donde se removían los ojillos maliciosos.

Y el del mostrador secaba vasos, enhiesta la testuz de jabalí.

Eva Blain exponía:

—Solamente vi cómo disparabas hacia el vestíbulo. Salí corriendo hacia el cuarto donde me encontraste, y cuando ya no se oía absolutamente nada, me asomé. No había nadie. Estaba segura de que vosotros dos habíais escapado, y como sabía que este mediodía nos veríamos aquí...

Se calló porque Joris hacía un gesto con la mano, mirando hacia la acera. Y decía:

—Algo me funciona mal en la vista. Firm es un chimpancé y tú una verdadera tórtola.

Rieron los aludidos y, señalando hacia la calle, añadió Joris:

—Acaba de pasar un cerdo con tejanos y cazadora de ante. Ahora, un lobo susurrándole cosas al oído a una perrita pequinesa, vestida de verde... Oye, viejo... no me dejes ahora suelto. Me estoy volviendo loco, palabra. Ven conmigo. Llévame a tu piso.

—¿Dónde vamos a estar mejor que aquí, hombre? No vas a dejar plantada a tu chica.

—Debe ser un trastorno nervioso pasajero... Pero no son cinco

«Camparis» los que pueden marearme hasta este extremo. La pareja que acaba de entrar... Un buitre cogiendo del brazo a una cacatúa... Así no voy a seguir. Firm, llévame a un oculista. Luego nos veremos, Eva.

Salió Joris a la calle, avanzando como en una pesadilla, rodeado de seres humanos con cabeza de animales. A su lado, enlazándole por los hombros, Lebrun aconsejaba:

—Calma, Gaston, que a veces el alcohol tiene bromas pesadas. Mira que dejar abandonada como a una colilla a esta deliciosa monada...

—Al oculista.

—Están cerrados a esta hora —y sentándose tras el volante, Lebrun añadió, tranquilizador—: Un simple toque de alucinación, sin la menor importancia. Eso es. ¿A dónde vamos?

—Yo qué sé... ¿Qué harías tú, si estuvieras viendo, como yo, que aquel gendarme tiene cabeza de dogo y la niña que bordea la acera es exactamente una rana?

Rio Lebrun, divertido:

—En un caso así, la mejor receta es dormir.

—De acuerdo. Vamos a mí piso.

—Bueno, encargaremos una buena comida y... Un momento, un momento. ¿Qué clase de estúpida broma es esa? ¡Troncho! ¡Una ternera! La gorda del vestido azul con rayas rojas en el peto... ¡Dios! Luce un par de cuernos y mastica lento...

Firmin Lebrun se pasó la mano por la parte superior de la cara. Joris, algo aliviado, rectificó:

—La del vestido azul con rayitas coloradas mastica chicle, pero tiene más bien hocico de cabra. Fíjate bien, que los cuernos son retorcidos.

—¡Nunca en mi vida tuve yo una pítima tan de lo que no hay! Así no puedo conducir.

Eva Blain, abriendo la portezuela posterior, afirmó sentándose:

—Me impresionó tu aspecto de aluminado, Gaston. Tienes que explicarme lo que te sucede.

—Mírala bien, Firm —invitó Joris.

Lebrun se ladeó en el respaldo, y anunció con tono apesadumbrado:

—Lo siento, chica, pero eres una gatita de Angora.

—Y tú, Gaston, exactamente un perro pastor. Si es broma, es un poco bestia, hombre. Empiezas por hacerme creer que ves animales, y luego te encasquetas un cabezón de perro lobo, y tu chica uno de gata.

—Y la ternera, ¿qué?

Eva Blain intervino con firmeza:

—Voy a conducir yo. Se acerca ya un guardia.

Por la ventanilla, inclinándose, conmigo un gendarme:

—Circulen, ciudadanos. No es lugar para discusiones. Circulen.

Lebrun rio nerviosamente, dando un codazo a Joris y gimiendo:

—Troncho. Un podenco ladrando.

—Más bien un perro pachón —opinó Joris críticamente.

Y bostezó, soñoliento. También le resultaba incomprensible la modorra que le estaba entrando.

Eva Blain, apeándose, mostraba un carnet al gendarme, cuya expresión furibunda se trocó en resignada mueca. Saludando, se alejó rezongando pestes contra «los del Servicio Especial que se lo creían todo permitido».

Eva Blain, tras el volante, maniobró con destreza. Comprimido entre ella y Joris, dijo Lebrun:

—Empiezo a creer que se trata de uno de esos virus modernos que pululan por la atmósfera, según leí no hace mucho. Debimos agarrarlo anoche cuando creímos ver a los dos micos.

Bostezó al máximo, crujiendo los maxilares. Joris dormía, reclinada la nuca en el respaldo.

Cabeceando, masculló Lebrun:

—Me estás contagiando también el sueño, viejo... Eso de los virus raros no es broma, no. Lo leí en «Le Fígaro», un papel serio. Un suizo ha descubierto un virus que puede ser transmitido en rayo de luz y hacer dormir a toda una ciudad... Tanto es así, que lo han invitado a largarse a otro sitio... Le pasó como al holandés que inventó el gas de la hilaridad. Todo el mundo se carcajeaba, hasta los que asistían a los velatorios y... Tengo sueño. Mejor, porque así ya no veo cabezotas... Sigues teniendo aspecto de lobo pastos, incluso durmiendo, Gaston...

Cerrando los ojos, sus resuellos fueron elevándose en diapason, hasta convertirse en ronquidos.

Gaston Joris distendió los brazos, desahogándose. Sentado en la cama, se golpeó el pecho con los dos puños, en físico desahogo de plena euforia.

Se sentía magníficamente bien. Completamente reposado, y abriendo los ojos, mantuvo repentinamente quietos los puños a escasa distancia de sus pectorales.

Se contemplaba, extrañado, la camisa, los pantalones y los calcetines.

Mirando en torno, comprobó que estaba en su dormitorio-estudio.

Fruncido el entrecejo, abandonó la cama, dirigiéndose al cuarto de baño.

Con recelo, fue alzando lentamente el rostro, hasta verlo reproducido en el espejo. Respiró aliviado, pensando que tenía que afeitarse como cualquier vulgar y normal ciudadano.

Volvió al balcón y abriéndolo, miró hacia la calle, desde la altura de aquel primer piso. Anocheecía. Los transeúntes ofrecían un aspecto, muy reconfortante. Cabezas humanísimas, más o menos agradecidas.

Cerrando el balcón, vio entonces la cuartilla suspendida por una punta

del botón de contacto de su grabadora. Con bolígrafo azul, una letra femenina decía escuetamente:

«Escucha sin maldecirme. Conecta».

Manipuló, y los dos carretes empezaron su rotación. Eva Blain poseía una voz magnetofónica, de registro grave sin agudos.

«—Todo lo que en este mismo momento te parece sumamente disparatado, tiene una explicación lógica, que todavía no puedo revelarte. He dejado a dos colegas vigilando tu piso. Si sales, quedan relevados de responsabilidad. Yo de ti, no saldría.

En la pausa, Joris miró hacia la puerta.

«—No debería exponerte determinadas circunstancias que tal vez te aclaren demasiado lo que ahora te parecen absurdos, pero, instintivamente, no te juzgo un vulgar aventurero sin escrúpulos, sino un hombre falto de una meta ilusionada. Perdona si te resulto levemente pedante. Soy apriorística. Lo cierto es que no podía dejarte narcotizado a merced de la persona que está decidida a eliminarte, porque cree que tú sabes dónde se encuentra Frol Konradin.

Joris recordó el frustrado disparo en la habitación de la camarera. Y a la vez miró hacia la estantería donde, entre otros libros, había un diccionario. Consultaría en la columna «APRI».

«—Lamento no poder ser más explícita, Gaston. Me vi obligada a encomendar a alguien que diluyese en vuestras bebidas cierto colirio que produce una afluencia sanguínea en el nervio óptico. Esta presión suscita lo que nuestros técnicos del laboratorio especial han calificado de Zoantropía. Te agradezco que me vieras bajo el tierno aspecto de una tórtola. ¿Demuestra que te inspiro dulces sentimientos?

La causa era deliberadamente larga. Joris, crispando los puños, imprecó:

—¡Carape con la tórtola! ¿Es que nos has tomado por cobayas a Firm y a mí?

«—Era necesario que alguien presenciara desde una mesa cercana a la tuya, en el «Normanda», tus divagaciones acerca del desfile de toda clase de animales. Apenas quede solucionado el caso, Konradin, sé que me perdonarás. He preferido que te creyesen un visionario alucinado por el alcohol o los golpes. No te preocupes por Firm. Está bien cuidado por Manon, una colega mía. Poco después que el humo blanco os privase de sentido, cayeron en una redada los componentes de la banda de Stefan. Nuestro servicio, por razones que en su oportuno momento te participaré, instaló al doctor Duhem en la residencia que hasta anoche era centro de reunión del grupo de Stefan. ¿Recuerdas el número de la casa? El ciento cincuenta y tres. ¿No te dice nada este número? Piensa un poco.

Gaston Joris pensó denegando con la cabeza.

Proseguía la voz:

»—Es preferible que desistas de querer hacer averiguaciones por tu cuenta. Redobla tu cautela. No quiero parecerte melodramática, pero no exagero al afirmarte que te acecha la muerte, si sales a la calle. Y es una muerte que no puedes esquivar, porque procederá de una persona a la que conoces, de la que no sospechas, y que hasta puedes creer que es totalmente inofensiva para ti. Procuraré venir a verte antes de las siete. Hasta pronto, Gaston, lobo y pastor.

Joris miró su reloj. Las seis y cuarenta.

Ante el espejo, rascándose el mentón con la maquinilla de afeitar, Joris iba pasando lista de las personas que conocía y que tenían que reunir las condiciones de parecerle inofensivas y libres de toda sospecha.

Renunció. Solo una persona reunía estas dos condiciones: Firmin Lebrun.

★ ★ ★

Firmin Lebrun, muellemente recostado en la cama clínica, de respaldo graduable, bostezó ampliamente. Parpadeó, asombrado, porque no podía rascarse los costados como instintivamente tenía por costumbre al despertarse.

Tenía los puños cruzados ante el estómago, sujetas las muñecas en sólidas esposas de flexible trenzado irrompible. Unas esposas anilladas en un ancho cinturón de cuero, del que salían dos largas correas para formar unión con otras esposas flexibles en torno a sus tobillos.

Contempló la habitación de blancas paredes y estricto mobiliario.

Mordiéndose el labio inferior, empezó a deducir con gran esfuerzo de concentración.

Por fin masculló, abrumado:

—Arrea... Lo que me faltaba. Esta faja equivale a la antigua camisa de fuerza que les ponían a los desternillados de sesera. Eso sí que no puede quedarse así... ¡Tienen que explicarme ahora mismo qué clase de asquerosa broma es esa, troncho!

Elevando el tono, vociferó:

—¡Vamos a ver, condenación! ¡Eh, enfer...! —y atragantándose, añadió casi en un susurro—: Si llamo al enfermero, es como si reconociese que lo necesito. Es decir, que estoy como una chota.

La puerta se abrió, y Lebrun bramó, indignado:

—¡Gaston! ¿Dónde están Gaston? ¡Vaya abuso que...! Enmudeció, angustiado. Un cuerpo de mujer rellenaba con inequívoca precisión una bata blanca, de agradable escote triangular. Pero la rubia cabeza era escalofriante.

Ojos rasgados y fosforescentes. Estrías amarillas sobre pelaje cobrizo. Fauces coralinas y agudos incisivos carnívoros.

—¡So! ¡Atrás! —protestó Lebrun, perneando como si quisiera apartar a taconazos un animal peligroso—. ¡Fuera, tigresa!

Manon Leduc, agente del Servicio Especial del «Segundo», anunció amablemente:

—Su amigo está en otra habitación. Ambos están sufriendo una pasajera indisposición, pero ahora viene el doctor, que le explicará mejor que yo sus síndromes.

—¿Mis síndromes, qué? —bisbiseó Lebrun.

Mantenía la vista fija en la porción anatómica indiscutiblemente femenina.

Entrando, el doctor Duhem saludó en tono jovial:

—¿Qué tal? Síndromes son el conjunto de síntomas que cualifican un estado patológico.

Sobre el atuendo médico, con el inconfundible estetoscopio colgante, contempló Lebrun un risueño hocico de zorro. Puntiagudas orejas vibrátiles y mirada inquisitiva.

Gimió:

—Ojo con la tigresa. Dice ella que usted es el doctor, pero lo siento por usted... Así me llamo Firmin que usted se ha encasquetado un cabezón de raposo. Y si ella se pone a rugir, no sé, pero acabaré por volverme loco del todo. No hay derecho.

Duhem, inclinándose sobre el atacado de Zoantropía, le tomó el pulso.

—Y no es un cabezón ni mascarota, no —rezongó Lebrun—. Doctor, sus orejas se mueven y además tiene el hocico húmedo. ¡Ay, troncho, vaya síndrome que me ha caído encima!

Duhem proyectó el haz de una linternita en la pupila derecha de Lebrun y diagnosticó:

—Dilataciones espasmódicas del iris... Pigmentaciones alucinatorias. Inyecte «Relapaz» en dosis elevada, Manon.

—¡Manon! ¿Dónde estás, Manon de mis entretelas?

La tigresa dilató más las fauces sonrosadas:

—Estoy aquí a su lado, Firmin.

—¡Doctor, cúreme pronto, por lo que más quiera, troncho!

—Un caso curioso de intoxicación etílica en proceso acumulativo, provocando a intermitencias una deformación alucinatoria de la visión —fue exponiendo el doctor Duhem—. La excitación alcohólica o un fuerte «shock» emocional, oprime el nervio óptico, ocasionando un estado patológico de Zoantropía. Muy interesante su caso, amigo mío. En ciertas tribus congolezas, los brujos poseen el secreto de una cocción de hierbas que en quien la bebe, le produce la alucinación conocida por Zoantropía. Al parecer, usted y su amigo Gaston, anoche creyeron ver gorilas paseando por el vestíbulo de esta residencia. Ver y creer son dos percepciones muy distintas, que señalan el lindero separando la percepción normal, del

desequilibrio esquizofrénico. ¿Vio gorilas o creyó verlos, Firmin?

Manon Leduc hincó la aguja hipodérmica. Lebrun, respingando, protestó:

—Vaya zarpazo —y mirándose el bíceps, examinó complacido las manos femeninas, con hoyuelos, y el émbolo empujando el líquido—. Tus manos son un poema, Manon. Bueno, conforme, doctor. Tengo todo eso que usted dice. Creí ver gorilas, pero ahora, póngase en mi pellejo. A mí, Manon me tiene loco... Bueno, es un decir, ¿eh? Estoy enamorado de ella desde que le eché el ojo encima. Y ahora, no hay modo de quitarle la testa de fiera bonita. Y repito, lo siento, pero usted se trae un hocico de zorro que, vamos... así no se puede seguir.

—El sedante que Manon acaba de inyectarle, mejorará su estado. Casi puedo asegurarle que mañana estará repuesto del todo. No se preocupe, calma, y duerma tranquilo.

Duhem abandonó el cuarto, y Manon, sentándose junto a la cabecera empezó a explicar en tono persuasivo:

—En su primera fase, la Zoantropía provoca la impresión de que todos los seres humanos se han convertido en antropoides. Luego, se diversifica la escala zoológica...

Lebrun, cerrados los ojos, suspiró, extasiado. El sueño que le invadía era muy agradable. El semblante compacto y sensual de la rubia Manon hacía juego con el resto de su lozana persona. Y los carnosos labios, ultrafemeninos, sonreían, exhibiendo dientecitos como perlas...



—Aquí mismo, anoche, rebotaron balazos...

CAPÍTULO VIII

Según el «Larousse», la persona adepta al apriorismo, hacía caso omiso de la experiencia, y admitía como posible un sentimiento que no se basaba en fundada demostración.

—Algo así como corazonada —aclaró Joris, terminando de vestirse—. Lo mismo que me pasó a mí cuando apareció Eva. Digan lo que digan, hablar en voz alta consigo mismo, aclara mucho las ideas. Y no tengo que aclarar casi nada... No me va ni me viene ya, pero nadie es capaz de borrar manchas sin significado, simplemente dejando de estudiarlas. Las manchas persisten.

Al salir al rellano, oyó los pasos que se alejaban escaleras abajo. Los dos colegas de Eva.

Pero si bien no atendía al consejo de no salir a la calle, redobló la cautela mientras se dirigía al *kiosko* donde adquirió la edición nocturna del «París-Press».

Mientras saboreaba el café, instalado en la confortable banqueta del «Cluny», por su mente desfilaban las divagaciones:

«Tiene también miga el asunto. Konradin puede ser cualquiera de los que entran o salen. Tal vez aquel rubio que me mira como si fuese yo una hembra bonita. No, ese desgraciado tiene pupilas grises y boquita de piñón. El húngaro le jugó una mala pasada a Didi. Lo engañó, pero bien».

Una sinuosa jovencita de largas greñas rojizas, vino a sentarse a su derecha. Tenía un algo raro aquella muchachita. Exotismo y perversidad, se dijo Joris, y prosiguió divertido:

«A partir de las cinco, Didi estimaba necesario que me retirase de la circulación, pero Eva, que es del Especial, no alude para nada a mí cese. Sí, claro, dice que no salga, pero a mí me revienta que me aconseje que no salga, después de tomarme por una cobaya. También dice que es preferible que yo pase por ser un alucinado visionario, o sea, que nadie pueda creer que vimos gorilas nativos, como dice Firm...»

—Fuego, por favor.

La jovencita, inclinándose, presentaba el cigarrillo. Maquinalmente, alargó Joris el mechero donde acababa de encender su pitillo.

La mano de la desconocida rodeó la suya. Oprimiendo por dos veces, Joris examinó el anguloso semblante de grandes ojos verdes. ¿De dónde la conocía?

—¿Qué tal, Gaston Joris?

La ronca voz era el lógico complemento a la intensa seriedad casi sombría del rostro. Los delgados labios ostentaban un color densamente sanguíneo. El negro jersey moldeaba un torso de efebo, y sin embargo, la desconocida rebosaba una femineidad enervante como una droga.

—Usted debió ver alguna fotografía mía, Gaston.

—¿Cantante? ¿No será usted Françoise Hardy?

—Frol quiso que yo le pudiera reconocer, cuando usted se encontró con él en el vagón del Metro. Soy Elisa Rocher.

La misteriosa amante del húngaro. La secuestrada. La que salió en camilla del 153... Del 153 de Vincennes.

—Ya. En efecto, las fotos en color no mienten. ¿Y qué más?

—Dos hombres vigilaban su piso. Cuando usted estaba en el *kiosko*, los dos se fueron. Vamos a su piso, Joris.

—¿Por qué y para qué?

—Aquí nos pueden oír. Yo sé dónde se encuentra Frol. Pero estoy en peligro. Voy delante. Le esperaré.

Hablaba concisamente, inmutable el trágico semblante. Levantándose, se echó sobre los hombros la chaqueta de piel negra. La falda, de un gris oscuro y brillante, atraía la atención por el rotundo contraste con la delgadez del torso.

También las piernas, enfundadas en gasa gris oscura, atraían las miradas. Soberbiamente moldeadas sobre agudísimos tacones.

Siguiéndola a unos cinco pasos, Joris procuraba razonar. Desistió.

En el salón del piso, Elisa Rocher tiró su chaqueta de piel sobre el diván, y sentándose, alisó el negro tejido de punto de su jersey. Un busto muy juvenil. Desmentido por la honda experiencia del rostro y la mirada. Y porque en el menor de sus gestos había una poderosa procacidad.

—También usted sabe dónde está Frol.

Adosado a la puerta, Joris, cruzado de brazos, replicó:

—Lo último que supe de Frol Konradin es que desapareció, burlando nuestra vigilancia, y hasta ahora, que yo sepa, no lo han encontrado. Por lo menos los de mi agencia. ¿Cómo logró usted escapar? La sacaron en camilla del ciento cincuenta y tres de Vincennes.

Se contempló ella las redondas rodillas y la exuberante continuidad. Alzó el rostro, de pronto. Sus verdes ojos destellaban malignidad.

—Me dejaron escapar para poder seguir mis pasos, convencidos de que yo tenía que conocer el lugar donde se halla Frol. Pero no lo sé. Usted, sí.

—¿En qué apoya una afirmación tan gratuita?

—Frol, vigilado por ustedes, no habría podido fugarse. Lo simulaban para acabar de despistar a los demás interesados en obtener su valioso secreto. Usted fue el agente principal que intervino en todos los preliminares y pudo llegar a un acuerdo particular con él.

—Hay un hecho cierto. Si Frol quisiera verla, ya le habría comunicado

dónde se halla.

—Salvo que esté muerto.

Lo anunció ella en tono superficial. Su semblante seguía ostentando la trágica expresión que debía ser habitual en ella, por configuración facial. Pero sus ojos acechaban su respuesta.

Gaston Joris se rascó un pómulo.

—Cabe en lo posible. Tenga presente que un hombre poseedor de algo valorado en millones, tiene una jauría pisándole la sombra. Pero no olvide que su amado Frol huyó, provisto de una nueva identidad. Nadie conoce su aspecto actual. Y por último, yo me he retirado por completo de este asunto. Presenté mi dimisión esta misma mañana.

Se alzó ella la falda al máximo posible. Joris inició una flexión de músculos, dispuesto a abalanzarse. No como un entusiasmado varón, sino como un sentenciado que ignora cuál será la mano ejecutora.

Pero la mano femenina no sacó ningún revólver de la funda prendida en el ancho elástico negro vertical que atirantaba la media. Extrajo unos papeles impresos, doblados. Los desplegó y dijo:

—En su bolsillo tiene el «Paris-Press». Recorté el mismo anuncio que contiene también la edición nocturna del «Fígaro». Página de anuncios por palabras. Sección «Avisos Varios».

Joris seguía contemplándola con recelo. Leyó ella:

«Carta de Ferenc. Para entregar a Liliac. Esta noche, ocho treinta, muelle frente Nuestra Señora».

Elisa Rocher le miró interrogante, y dijo él:

—La he entendido claramente, pero no tengo la menor idea del significado.

—Frol me llamaba Liliac, en sus momentos más íntimos. Creo que en húngaro equivale a mimosa. El pueblo natal de Frol es Ferenc. Pero ambos detalles pudieron obtenerlos mediante tortura. Yo tengo el pleno convencimiento de que me citan para eliminarme.

—Vayamos por partes. Dijo que la dejaron escapar para poder seguirla. Si quisieran eliminarla, no necesitaban citarla por anuncio.

Acarició ella la cara exterior del muslo opuesto al que había ocultado los recortes de Prensa.

Y anunció con voz ronca, inalterable:

—Esta madrugada, hacia las tres, maté a la mujer que me seguía. Una tal Carlota.

—¿Desde cuándo está usted libre?

—Hacia la medianoche, Carlota me vendó los ojos y me sacó de una celda. Me transportó en coche, dejándome en una acera. Me quité la venda y el coche se había ido. Llegué a mi casa, me cambié de ropa y recogí mi pistola. Identifiqué a la mujer que me esperaba oculta en el jardín. Por su

perfume. Era Carlota. La que desde la desaparición de Frol se encargó de interrogarme. Sin hacerme daño... Peor... Cosas que usted no puede ni imaginarse... Tan humillantes... No me produce el menor remordimiento haberla matado.

—Ley de la selva en que anda usted metida. Yo me retiré.

—La persona que puso este anuncio, desea eliminarme.

—O preguntarle dónde diablos está su amado Frol.

Levantándose, recogió ella su chaqueta. Yendo hacia Joris, dijo:

—Por instinto, creo que usted no miente al afirmar que ignora cuál ha sido el destino de Frol.

—¿Acudirá a la cita al borde del Sena?

—Lo sensato sería dirigirse a la policía. Pero, ¿y si realmente es Frol el que puso este anuncio? Sabía que solamente yo podía interpretarlo. O quien le ha torturado.

Tendía ella la mano hacia el abridor de la puerta. Joris le apartó el antebrazo. Ella le miró, extrañada.

—En aquel rincón tiene un conato de bar, y en el otro, un simulacro de biblioteca. Yo iré a la cita. Si el que ronda es Frol, me reconocerá. Si es de una banda competidora, posiblemente también. Sea como sea, no lo interprete como galantería. La verdad es que me aburro, y como además empecé este asunto, no me desagradará seguirlo por mí cuenta.

—Gracias. Frol le conoce, y aceptará venir aquí, porque comprenderá que usted y yo estamos de acuerdo y no le deseamos ningún mal.

Había algo turbio en los verdes ojos, pero aquel matiz no podía tener la candidez del azul, meditó Joris.

El modo de desplazarse de Elisa Rocher, era sinuoso y ondulante. Casi de serpiente. Tras el mueble-bar, mezcló ella vermut y ginebra. Brindó silenciosamente y denegó Joris.

Bebió ella y, dejando la copa vacía, fue a sentarse. Cruzando exageradamente las piernas. Inclínada la cabeza, colgantes los largos cabellos, murmuró:

—Le encuentro muy agradable y atractivo, Gaston.

—Soy así desde que era monaguillo. Mi encanto sonrojaba a todas las vírgenes. Figúrese al ir yo creciendo en edad y no en sabiduría...

Sonrió ella por vez primera, y Joris se reafirmó en su impresión. La pelirroja podría tener escasamente veinte años de almanaque. Pero era pura dinamita. Más incitante que una veterana, y posiblemente mucho menos remilgada.

¿Amaba al húngaro? ¿Era una vulgar neurótica? Se limitó a decir:

—Considero inútil notificarle que no abra a nadie. Yo tengo llave. Si una llave abre, y no soy yo el que entra, ya sabe... Se levanta la faldita y mete el dedito en el gatillo. Mientras, en la espera, si sabe rezar en húngaro, hágalo.

En el taxi que le conducía a Nuestra Señora, Joris meditó que si Frol no había aparecido ante su amante, era porque la buscó inútilmente y se vio obligado a poner un anuncio. Y no era tan cándido como para acudir al anuncio que había aparecido constantemente, diciendo:

«Elisa desea verte, K. F. Dame tu teléfono».

Poco después, bajaba las escaleras laterales que conducían al paseo junto al río. Las altas torres de la catedral se reflejaban en la superficie, a trechos iluminada, del Sena.

Los muelles estaban sumidos en su tradicional oscaridad, casi completa. Las luces de las farolas, iluminando la acera bordeando el muro a ocho metros de altura, trazaban tenues cercos de refracción en las turbias aguas.

Se dirigió al primer arco de puente, desde donde podía ver y estar a cubierto. Tal vez otros habían sabido interpretar el anuncio.

Los coches pasando por el puente comunicaban una leve trepidación al muro en bóveda alta, en cuya base se apoyaba Joris. En los bancos clásicos, las no menos rituales parejas. Siluetas confusas y muy unidas.

Una tos resonó aproximándose por el otro lado del arco. Y apareció un personaje también muy típico en los muelles del Sena. El «clochard» parisiense, el vagabundo de sacocha de tela a un costado.

Joris se reclinaba, pero apoyado en un tacón, para facilitarse la embestida hacia uno de sus dos blancos. No tenía que vigilar su espalda ni vanguardia. Sólidos ladrillos y el río.

El vagabundo llevaba una colilla adherida al labio inferior. Su voz aguardentosa tenía entonación zumbona:

—¿Tarda la chica, Romeo?

Con la uña del pulgar, rascó Joris un fósforo. La llamita le permitió contemplar los sucios mechones rubios saliendo de una boina, cejas hirsutas y una nariz respingona y colorada, mientras la colilla avanzaba hacia la llamita.

El vagabundo exhalaba un olor rancio. Dejándose resbalar sobre la espalda, quedó sentado. Se quitó una bota de rajada suela, y dándose masaje en la desnuda planta, refunfuñó:

—Me veré obligado a mudar de zapatero.

Extrajo del morral la botella de vino tinto, medio vacía. La alzó:

—¿Biberón, burgués?

Joris cogió el frasco, pasó el codo por el gollete y bebió un trago.

Al devolver la botella, comentó:

—Tienes el paladar refinado, compadre. Es «Puilly» del mejor.

Echada atrás la cabeza, el vagabundo gorgoteó largamente. Chasqueando la lengua, colocó el corcho con una palmada. Y rio, guasón:

—Oye, se te nota demasiado, ¿sabes?

—¿El qué?

—Tú no esperas a una doncella.

—Acertaste, *pépère*... Me envió una doncella. Esbeltísima. Bueno, de cintura para arriba.

—A mí me gustan gorditos donde corresponde y con preferencia de profesión, sus cocinas.

—La que me envió tiene unos ojazos esmeralda y una larga melena cobriza. Unos labios devoradores, de insaciables apetitos. ¿La viste?

—Imposible. Si ella te envió, es que no vendrá.

Joris miraba hacia su izquierda. El peligro podía presentarse por el lado opuesto al vagabundo. Tendió un cigarrillo y volvió a rascar un fósforo, ofreciendo hacia abajo la llamita. Al soplar el vagabundo apagando el humo, dijo Joris:

—Te gustará el tabaco. Marca húngara. Ferenc.

—¿Ferenc? Vamos, muchacho, no pretendas engañarme. Es un «Gitane» bien francés. El tinto se te subió a la azotea.

Joris fue deslizándose, hasta quedar sentado. No miraba al que estaba a su lado derecho, sino hacia el muelle a su izquierda. Fue diciendo con lentitud:

—Cabellos apanochados, nariz en trompeta, cejas con otro arqueado, barbilla menos saliente y áspero vello de vagabundo descuidado. La ropa es otro acierto más. Bien, al grano. Elisa espera en mi piso. Me leyó el anuncio y acepté ser su mensajero.

Frol Konradin hincó en el costado del ex agente de Bertand un cañón de automática. No disimuló ya su verdadera voz ni adoptó el estilo «clochard»:

—Era a Elisa a la que yo quería ver, señor Joris. Tendré que liquidarle a usted... Ya no me cabe la menor duda ahora... Su jefe, Didier Bertand, es el que la secuestró, para obligarme a entregar...

—Lo que usted ofreció a cambio de su nueva identidad y una buena compensación monetaria. Pero ya no es asunto mío. Esta misma mañana, yo cesé en mi empleo, y mandé al cuerno a Bertand. He venido sencillamente a decirle que Elisa supo adivinar que ya no quiero saber nada de todo este sucio negocio. Si la quiere ver o quiere oírla, agárrese a un listín y allí encontrará mi dirección y teléfono.

El cañón oprimió con mayor fuerza.

—Le suponen inteligente, Konradin. Comprenda que, apañas le reconocí, pude dejarle quieto con un simple punterazo en la barbilla.

—¿Cómo... pudo reconocerme?

—La mención de su pueblo natal le produjo un encogimiento de cuello. Vigile este tic, Frol. Cuando estuvimos paseando en coche, cada vez que algo le emocionaba, usted encogía el cuello. Bien, yo ya salí de dudas. Ni le han matado ni es usted un asesino:

Se levantó en atlética flexión de piernas y, al quedar adosado al muro,

empujó con el codo, suavemente, el puño armado. Konradin introdujo el puño en el bolsillo del largo abrigo deslustrado y, conservándolo hundido, hizo resaltar la tela. Afirmó:

—No puedo confiar en nadie, Joris.

—Estamos empatados. Pero reflexiones que yo no podría estar aquí si Elisa no me hubiese traducido el mensaje destinado a Liliac.

—Didier Bertand pudo hacerla torturar.

—En cuyo caso yo le habría dado fuego, pero no de fósforo.

—Me cuesta creer en su buena fe, Joris. Usted sabe que yo no he entregado lo que vale una fortuna. Quiere atraerme a una trampa. Apenas le siga, me saltarían encima otros agentes.

—Está bien que sea desconfiado, pero no imbécil, caray. Me basto y sobro para meterle mano, si esta hubiera sido mi intención. Digamos que me basta la satisfacción de saber que yo, a solas, estoy aquí con usted, mientras manadas de gorilas andan husmeando todos los rincones de París. Adiós o hasta la vista. A mí me da igual.

Joris abandonó el puente, avanzando por el muelle hacia las escaleras. Las pocas siluetas furtivas que se deslizaban a ras de muro, eran enfermizos maniáticos acechando. Pero no a él, sino a las parejas.

En la acera, junto al bordillo, llamó a un taxi. A su lado, Konradin manifestó:

—No puedo irme de París sin Elisa. Para mí es como el aire que respiro... Necesito tenerla conmigo. Pero le advierto que tenga cuidado...

Tras dar la dirección, se arrellanó Joris en el asiento y expuso:

—Cuidado usted, amigo. Apenas entremos, recoja a su chica y llévesela donde pueda. Pero yo, en su lugar, también le mudaría el aspecto a ella. Es muy llamativa. Y al localizarla a ella, le cazan a usted.

Esquinado y receloso, murmuró Konradin:

—No acierto a comprenderle. Parece sincero, pero es usted desconcertante.

—Nunca me paré a estudiarme. ¿Qué usted vale millones? Yo prefiero comer poco y digerir bien. Negociar su «cliché» es mortal de necesidad. ¿A quién piensa Venderlo? En realidad, por un simple detalle de gratitud, tendría que venderlo al servicio francés.

—Cuando Elisa y yo estemos en sitio seguro así lo haré.

Subiendo la escalera, Joris percibía la tensión del húngaro. Un hombre que posiblemente ya no volvería a conocer una tranquila existencia. Por ambición excesiva, si no moría pronto, acabaría por sucumbir cardíaco se dijo mientras introducía la llave.

Por el corredor se anticipó Konradin, al oír la llamada femenina:

—¡Frol!

Joris entró en la sala donde Elisa Rocher, sentada en el sofá, esperaba. Y también esperaban las tres pistolas encañonando a los recién llegados.

Esgrimidas por tres hombres vistiendo gabardinas azules, cubiertos con fieltros negros y con idéntica expresión mortecina, indiferente.

—Me obligaron... a llamarte... —musitó ella—. Entraron por el balcón... No pude impedirlo...

Uno de los tres pistoleros estaba ya tras Joris, cacheándole. El taconazo que encajó en la entrepierna, le hizo bajar la diestra y el busto simultáneamente.

Gaston describió un giro, enderezando de un puñetazo en el mentón al que, muy en contra de su voluntad, sostenido en pie por las manos pasando bajo sus sobacos, se convirtió en parapeto donde fueron alojándose los proyectiles disparados con silenciador de perilla «Zkiss».

Desesperado, Konradin saltó frenéticamente, asestando un culatazo en la cabeza del que tenía más cercano. Recibió otro en la frente y retrocedió.

Por debajo el sobaco de su muerto protector, apretó Joris el gatillo de la «Zkiss», que emitió el peculiar zumbido de avispa, ampliándose en seco taponazo. El muerto ya no respingaba a los impactos.

Uno de sus colegas sí respingó, y fue desplomándose verticalmente. El otro, no repuesto del primer ataque de Konradin, se tambaleó en oscilantes vaivenes, mientras con salvaje nerviosismo, el húngaro machacaba a culatazos sus sienes.

Joris abrió los brazos y su parapeto se deslizó al suelo.

Elisa Rocher abalanzóse en brazos de Frol Konradin. Se besaban con fogosidad, estrujándose anhelosamente. La sangre que manaba de la frente del húngaro fue manchando el anguloso semblante femenino. Joris rezongó:

—Las expansiones déjenlas para luego, pareja. Lárguense pronto, Frol. Otros tres gorilas, difuntos en acto de servicio. Y esos no eran de los peludos y refractarios...

Se interrumpió Joris, verdaderamente asombrado. Los muertos no se habían movido. La pareja seguía abrazada.

En la sala, y ante su vista, acababa de estallar una miríada de estrellas y un fuego artificial de cohetes verdes desflecándose en penachos amarillos. Después, la esplendoroso blancura de la Vía Láctea.

De bruces, apoyaba la cara en el estómago del que fue su parapeto.

Indiscutiblemente, había sido un doble toque técnico paralizándole toda reacción al chocar en su nuca y en su yugular, seguidamente, el canto endurecido de una mano maestra en yudo.

En plena nebulosa relajados los músculos, en su subconsciente algo seguía funcionando. Lo único que le funcionaba en todo su organismo.

Le estaban transportando. Y un gato maullaba, quejumbroso. ¿O era él, gruñendo inconsciente?

La noche adquirió una densidad de tinta china. Sin el menor resquicio de luz ni percepción.

CAPÍTULO IX

Entreabrió un párpado con gran esfuerzo, porque le pesaba como si fuera una cortinilla de perdigones. Estaba tendido en un mullido suelo de gruesa alfombra. En un recinto sin mueble alguno, cuadrado, de paredes encaladas, con alguna mancha pardusca.

Recordó que en un traqueteo había alzado la cabeza, viéndose en el oscuro compartimiento de una furgoneta. Otro toque en la nuca le dejó muy quieto.

Sentándose, quedó ahora Joris reclinado de espaldas contra una pared.

Una bombilla, protegida por una rejilla, quedaba por completo fuera de su alcance. La puerta era de recio roble macizo.

Le silbaban los oídos, y el latido de sus sienes fue dejando de repicar agudamente. Poco a poco, se filtraba una decisión que barría con toda la serie de interrogantes sin clara respuesta que le barrenaban el cerebro.

Si salía vivo de aquella última experiencia, buscaría un empleo normal, de pagas regulares y sin complicaciones. De seguir así terminaría idiotizado por los golpes, lo cuál era peor que morir.

Él había aceptado intervenir en el macabro «ballet» de los gorilas, pero no internarse por senderos de paranoia constante.

La puerta se abrió, y Elisa Rocher, empujada por una mano brutal, acudió impelida incontinentemente... Vino a caer de rodillas entre las extendidas piernas de él.

La puerta se cerró.

Levantándose con esfuerzo, musitó ella:

—Bestias salvajes.

Su falda estaba en jirones y su jersey, rasgado desde el cuello a un costado, era un prodigio de indiscreción, solamente superado por la falda.

Sobre sus altos tacones, osciló ella en lento balanceo, vaga la mirada.

Cubriéndose el rostro con las largas manos ahusadas, no sollozó, pero sus hombros fueron subiendo y bajando con rítmica precisión que transmitía el mismo compás a su busto.

Eran visibles las fundas en el ancho elástico negro y vertical, a cada oscilación. Vacías. Los jirones parecían abanicar como varillas de parabrisas sobre panorámicas de nieve y luto.

—Tranquilícese, Liliac. Si se puede solucionar, no sirve el preocuparse. Y si no se puede, menos. ¿Quién me tumbó?

—No pude verlo... Solamente dos hombres que irrumpieron... Uno derribó a Frol... Yo luché, pero... era inútil... ¡Bestias salvajes!

—Su adorado Frol, cuando planeó su negocio, se olvidó un detalle. Debí enviarla a otro país.

—¡Juró que nadie sabía mi dirección, salvo él y Bertand! El mismo día que Frol abandonó la Embajada, yo cambié de residencia... ¡Y ahora, ya a punto... esas bestias...!

—No se ponga histérica. ¿Qué han hecho con su húngaro?

—Le están interrogando.

—¿Quiénes?

—Se expresan en un idioma que no entiendo. No es húngaro. Uno de ellos me habló en francés.

Empezó ella a recorrer los escasos metros de pared a pared, en idas y venidas muy sugestivas. Como una actriz semidesnuda por un breve escenario.

Y, súbitamente, Joris quedó convencido de que Elisa Rocher había mentido. Los tres individuos armados con pistolas rusas, no podían haber entrado por el balcón.

Si en el primer instante aquella declaración no le había sorprendido, era porque lo apremiante era ver el modo de salvar la piel.

El balcón tenía un cierre hermético, que solamente podía abrirse desde dentro. Y los cristales eran blindados. Medidas de precaución adoptadas en los pisos que la «Agencia Bertand» facilitaba a sus agentes.

Por consiguiente, solamente ella misma podía haber facilitado la entrada, limitándose a abrir la puerta, con la llave de repuesto colgando a un lado.

Y también tardíamente, comprendía que un cuarto cómplice, oculto, fue el que surgió, aplicándole por la espalda los dos golpes.

La muchacha acababa de arrodillarse ante él. Mirándole fijamente.

—Green que usted sabe dónde escondió Frol el «cliché». Están seguros de que usted se puso de acuerdo con él para facilitarle la fuga y repartirse el producto de la venta del negativo. Y que Frol no quiso irse sin mi persona.

Fingía ella querer cubrirse con los jirones de la sedosa falda. Y Joris hizo lo que ella esperaba. Fijar la mirada en los blancos espacios satinados, que aparecían entre los negros encajes. Unos encajes intactos.

—Escucha, Liliac. Antes que nada, suéltame las amarras. Tengo una idea, pero tendrás que olvidarte por completo de Frol. Solamente tú y yo, ¿te das cuenta?

Una tenue sonrisa distendió los finos labios. Avanzando el busto, pareció abrazarse a él, pero sus manos buscaban a tientas las correas que unían las muñecas a la espalda masculina.

Casi rozándose los rostros de perfil. Sopló Joris para apartar una

guedeja del flamígero cabello. Y susurró al oído femenino:

—Acepté la oferta que me hizo Frol. Yo guardaba el «cliché», pero a condición de ayudarle a encontrarte. Y tú viniste.

Ella siguió arrodillada entre sus piernas. Libres las manos, tendió él los brazos y rodeó el estrecho talle.

Elisa Rocher echó atrás rostro y busto, mirándole fijamente. Dijo él:

—Frol no cantará. Sabe que mientras no revele en dónde está el negativo, no lo matarán. Lo mismo yo. Si podemos escapar...

Ella asintió, aproximando la cara. Plenos de avidez los verdes ojos. Su boca envolvió vorazmente la de Joris, como una ventosa.

«Caí en el cepo que me tendiste —meditaba Joris, independientes sus manos y labios—. Nos necesitabas a los dos. Ahora finges facilitarme la fuga y yo te llevo al tesoro, que no tengo la menor idea de dónde está. Pero esto solo lo sé yo. Y apenas el pichón Joris señalase el cofre de la fortuna, se acabó el concurso... Caray, esta criatura necesita un poderoso calmante. La furia pasional no la finge».

Había logrado levantarse, pero los brazos femeninos seguían enlazando su cuello. Y junto a la puerta, casi aplastada contra la pared, ella apartó los labios.

Jadeante, musitó:

—Conozco esta casa. Es donde me tuvieron secuestrada, antes de trasladarme en camilla a otra.

Y de pronto, simuló ella descubrir algo, al bajar la diestra. Oprimió diciendo:

—Tus llaves. No te han quitado el llavero. Déjame probar.

—Prueba.

Se apartó un poco Joris. Ella, inclinándose, hurgó en la rendija del cerrojo, probando una llave.

«Buena actriz, carape. Ninguna llave servirá, puesto que la puerta ya está abierta».

Se inclinó él también, tras ella, diciéndole al oído:

—Los tres que esperaban en el piso eran franceses, aunque llevasen armamento moscovita, ¿verdad?

Cabeceó ella, asintiendo. Seguía simulando intentar abrir, contorsionándose para acompañar las rotaciones lentas de las llaves.

«Esta Mesalina emplea todos los recursos. Está convencida de que me tiene alelado y que ha conseguido anular el escaso seso de que dispongo. Y no me conviene, ni mucho menos, desengañarla».

Ladeó ella el rostro, apartándose una greña, y musitó:

—Ya... Ya está abierta.

Se incorporó y, dando media vuelta, volvió a adherirse, enlazando el cuello masculino con un brazo, en tanto dejaba el llavero en el bolsillo de Joris.

Sus labios apriaron nuevamente, con glotonería. Gaston sintió un extraño placer ante la idea de que la propia tramposa iba a facilitarle la evasión.

Apartó ella los labios y susurró:

—Desde un principio me gustaste. Yo, en realidad, necesito un hombre como tú... Pero, escucha: volver ahora a tu piso, sería peligroso.

«Buena técnica, sabihonda, La respuesta es que el negativo no está en mi piso, sino en...»

Elisa Rocher tenía un cuerpo dotado de una elasticidad sensacional.

Y ahora sus labios se aplicaban en el cuello, porque tenía que dejarle hablar.

—No está en mi piso, Liliac... Tendremos primeramente que ir a...

Se interrumpió. Un hombre en su situación haría lo mismo. Buscar afanosamente los labios de aquella pelirroja embrujadora.

Entrecortadamente, ella murmuró:

—Tardarán en terminar con Frol... No me importa que me creas una perversa histérica... He sufrido mucho estos días... Ahora, contigo, me siento protegida...

«La artista quiere evitarse el viaje. Va a arrancarme el secreto, porque se dispone a idiotizarme definitivamente, sin privarme del uso de la palabra».

—¿No crees que nos pueden sorprender? —farfulló Joris, sin fingir.

La experta caricia era la destinada a arrancarle el secreto. Hizo ella una pausa muy técnica. Alzando el rostro, insinuó:

—Podemos sorprenderles a ellos. Solamente son dos. Y puedes telefonar desde el despacho.

Asintió Joris, y ella permaneció arqueada, en espera de la anhelada respuesta. Oprimió él su nuca, y ella obedeció la clarísima sugerencia.

Tanteó Joris la juntura de la puerta. Estaba abierta, tal cocho supuso.

Y llegó el éxtasis, reteniéndola él con brutalidad por los largos mechones.

Se aproximaban unos pasos cautelosos.

Saltó Joris a un lado, y ella retrocedió, sinceramente sorprendida.

La puerta se abrió, ventilando con ímpetu.

Gaston Joris, que iba a embestir, contuvo el impulso, permaneciendo inmovilizado por la sorpresa.

Didier Bertand anunció con frialdad:

—Queda usted cesante, señorita Rocher.

Su automática escupió por dos veces.

Elisa Rocher se llevó las manos a la frente, pero no llegó a cubrir el orificio negruzco del entrecejo.

Quedaron engarfiadas, oprimiendo su libre busto, donde el segundo balazo había perforado el corazón.

Osciló sobre los altos tacones, hacia atrás y hacia adelante, en un

trágico movimiento pendular, y súbitamente dobló las rodillas, se prosternó y fue estremeciéndose, al tenderse de costado.

CAPÍTULO X

Con la automática, humeante aún el tubo silenciador, señaló Didier Bertand hacia el fondo del corredor:

—Su amigo Frol Konradin quiso jugar una partida demasiado fuerte. Ha quedado en condiciones lamentables que, de momento, le impiden hablar.

Dio media vuelta y, casi imperceptible su cojera, avanzó por el corredor. Joris contemplaba a la que, en el suelo, había cesado sus contorsiones definitivamente.

La chirriante voz de Bertand, alejándose, le sacó de su abstracción:

—Elisa Rocher había aceptado la oferta de un buen postor. El campo ha quedado despejado, Joris. Queda solamente un pequeño detalle por aclarar.

Siguiéndole, llegó a una estancia de tapizadas paredes. A prueba de ruidos.

Didier Bertand fue a sentarse tras la mesa. Sobre ella, el negro gato lustroso ronroneaba soñoliento.

Suspendido por las muñecas de un cordaje pendiente de una argolla junto a la chimenea, Frol Konradin, más mísero que nunca en su atuendo de vagabundo, estaba casi arrodillado, reclinada la barbilla en el pecho.

Su cabeza y rostro mostraban parches sanguinolentos.

Señaló Bertand uno de los sillones ante la mesa. Aceradas las pupilas, manifestó:

—Actuar por su cuenta era eminentemente peligroso, Joris. Por suerte, la muy fiel amante de Konradin me permitió encontrar el rastro de su necio esclavo, y supo ella atraerle adonde yo quise.

Gaston Joris no se sentó en el sillón señalado por la automática de Bertand. Fue al sillón que, a un lado de la mesa, tenía un codo femenino en el brazal.

—Ya conoce a Eva Blain, ¿verdad?

Eva estaba sujeta por hombros, cintura y piernas. Las franjas se engarzaban en sólidos broches al respaldo.

Miró ella sonriente a Joris que, lívido, protestó:

—¡Ya podía haberla soltado!

—No, no, no lo haga —chirrió la voz de Bertand.

—No lo hagas, Gaston —aconsejó ella amablemente—. Tu ex patrón quiere proponerte un trato. Te encañona, pero no puede matarte... Te

mutilaría. Hazle caso. Mejor dicho, te ruego que me hagas caso.

Joris contempló con repentina fiereza al que le encañonaba indolentemente, manifestándole:

—No ignora que soy un buen tirador. Ahórreme un plomo que le resultaría muy doloroso a su virilidad. Siéntese donde le indiqué.

Joris empujó el sillón ocupado por Eva Blain, colocándolo de modo que pudiera verla, y fue a sentarse. Confesó:

—La última sorpresa es la que lo aclara todo. Usted manda, grandísimo ca... pitán. Hay una dama delante.

—Espero que ya ha comprendido las sucesivas fases de este laborioso proceso que termina reuniéndonos a nosotros tres. En un principio, Konradin, al fugarse, no hizo más que actuar de acuerdo a mis instrucciones. Le insinué que era el mejor medio de que nadie pudiera reconocerle. Naturalmente, suprimiendo al cirujano, operación de la que me ocupé personalmente.

Joris miraba con asco al gato negro. Que viajaba siempre en el coche de Bertand. Y que había maullado allá en el piso...

—Konradin hizo algo inesperado. No presentarse en el lugar que yo le había indicado. Entonces, temí que usted hubiera hecho otro trato particular con él, durante sus sesiones de vigilancia. Desistí de hacerle eliminar a usted, naturalmente, tras el fallido intento en la habitación de la camarera, ex amiga de Konradin. Yo necesitaba ponerme a cubierto de toda sospecha, y por esta razón solicité un agente especial del «Segundo». La señorita aquí presente.

Eva Blain escuchaba con expresión risueña. Y Bertand también debió notarlo, porque afirmó:

—Desista de toda idea de película. No vendrán los salvadores en el momento cercano a la palabra «Fin», cuando ya el villano ha confesado su ruindad. En torno esta casa tengo tres auxiliares que, por el momento, son de mi entera confianza. Me he cerciorado de que vino usted sola, siguiendo a Joris. Yo fui el que tuve el inconmensurable placer de quitarle el sentido allá en su piso, Joris. ¿Perdió la facultad de expresarse?

—Qué va, qué va... Lo que sucede es que de momento me aturulló, pero ya comprendo que usted ha decidido retirarse de la mala vida. Millones en juego, me dijo. Y se mareó. Y el toque final fue enviarme a Elisa, para sonsacarme lo que todavía no ha conseguido. Casi me reiría, si no me diera usted tanto asco. Tanto, que, en contraste, casi me resulta simpático su gato.

Señaló Joris hacia el inerte suspendido:

—Interrogado hábilmente por usted, Konradin conservó el secreto y tardará en poder hablar. Elisa debía acompañarme a recoger el anhelado botín. ¿Por qué no la dejó?

—Hay una mirilla en la celda donde ella le estaba seduciendo. Y usted

tuvo un rictus muy elocuente. Se burlaba sádicamente de Elisa. Y la muy imbécil le hubiera llevado a usted a campo libre, donde ya me habría sido nuevamente difícil poder atraparle. Desde un principio me sentó usted mal. Tenía atisbos de inteligencia.

—Muy amable de su parte. Y ya que es tan gentil, acláreme otro punto: ¿por qué se imagina usted que le voy a entregar lo que tantos sudores y fatigas me ha costado?

—Cuando esta mañana aludió a antropeidea, comprendí que había convencido a Lebrun, buscando una excusa para retirarse de mi servicio. Mientras usted fue al borde del Sena, registré su piso. Encontré una cinta recién grabada. La escuché. Me ratifico, en mi opinión de que el amor conduce a estupideces deplorables en los demás, y beneficiosas para mí. Su tórtola es mi letra de pago, con todas las garantías mutuas. Usted me entregará el «cliché» y podrá arrullar a su tórtola, mientras yo pase a cierta nación vecina. Déjenos oír su agradable voz, señorita Blain.

Expuso ella, mirando a Joris:

—Carlota era una agente muy secreta de Bertand. En la redada donde cayó Stefan, pudo huir Carlota con Elisa, porque así lo tenía preparado Bertand. Y aquí, en esta casa, libre de sus anteriores ocupantes, el actual arrendador, Bertand, decidió terminar la operación, con ayuda de Elisa. Sabía que ella sería el señuelo ideal, apenas quedase en aparente libertad. Konradin no habría tratado con nadie que la tuviera presa. Y... yo creo que ya no hay nada más que explicar, ¿verdad, Gaston?

Extrañado, Joris asintió. Bertand manifestó:

—Espero que ha sabido comprender que su tórtola le indica que no tiene otra solución. Estoy dispuesto a hacer el intercambio, en cualquier punto cercano a la frontera suiza y con todas las garantías que ustedes dos deseen. Naturalmente, protegiendo nuestras tres vidas.

Llamaron a la puerta. Bertand, encañonando, invitó:

—Adelante.

Entraron dos gorilas.

Bertand se puso en pie, dilatados los ojos. Joris giró la cabeza y parpadeó enojado, gruñendo:

—¿Otra vez?

El gorila que esgrimía el largo palo macizo, avanzaba corriendo grotescamente. Como un espadachín dispuesto a asestar una estocada.

Bertand disparó frenéticamente.

El gato saltó de la mesa.

El segundo gorila se detuvo ante Eva Blain, dándole la ancha espalda. Protegiéndola, hombro contra hombro con Gaston Joris.

Las balas rebotaban contra el peludo torso del gorila que asestó la estocada en la garganta de Bertand. Este, proyectado hacia atrás, siguió disparando... Una de las balas del cargador de veinte, hizo emitir un triste

maullido al gato negro, que se arrastró unos instantes, hasta quedar inmóvil ante los pies de su dueño.

El gorila inclinado sobre la mesa, atrajo por la cabeza a Bertand, chocándole el rostro contra su pecho, varias veces. Lo soltó y Didier quedó doblado sobre la mesa, sin sentido.

Eva Blain anunció con sencillez:

—Hay un micrófono en la lámpara. Cuando dije que ya no había nada más que explicar, era la señal convenida, que oyeron en la portátil de transistores. Y ellos dos... que ya habían dejado fuera de combate con el humo blanco a los tres vigilantes, acudieron. Yo necesitaba la confesión completa de Didier Bertand. Llévense a Konradin y a Bertand al sitio convenido.

Un gorila fue a desatar al húngaro y se lo cargó al hombro, saliendo con su bamboleante zancada. El otro acomodó a Didier sobre su hombro y, al pasar junto a Joris, alargó una zarpa, palmeando afectuosamente la mejilla del joven.

Eva Blain dijo:

—Desátame, por favor, Gaston.

Maquinalmente, fue él desabrochando las franjas. Y al ponerse ella en pie, explicó:

—La muerte de Elisa Rocher no la pude evitar. De todos modos, ella traicionó al hombre que la quería. Seré romántica y anticuada, pero lo considero un delito imperdonable.

—Eres maravillosa —reconoció Joris, embelesado—. Angelical, endiabladamente angelical.

Y de pronto, vociferó enardecido:

—¡Hasta aquí hemos llegado! ¡Los dos condenados gorilas de anoche! ¡Y uno palpándome la cara, encima!

—Querido... Todavía no estamos casados, para que empieces a chillar con tanto entusiasmo.

—Es verdad... Apenas te conocí, tuve el presentimiento de que eras la mujer soñada... Pero, ¡maldito sea el queso de bola! ¿Esos dos gorilas los tienes amaestrados o qué? No soy ningún tarugo, y eso has de aclararlo ya, caray.

Ella subió a la mesa. Hurgó en la curvada pantalla extrajo un «kit» compuesto de micrófono y grabadora.

—Ayúdame, querido.

Tendió Joris los brazos y, al quedar ella en pie ante él, la besó con suavidad, en la mejilla.

—Vas a ser mi novia. La primera de verdad que voy a tener. Me inspiras cosas poéticas, qué sé... cosas buenas.

—Sí, querido. Te comprendo. Ahora, por favor, suéltame. Tengo que ir a informar. Debes esperarme en esta dirección —y entregó una tarjeta.

En el jardín, señaló ella su coche:

—Tengo que irme sola. Aguárdame en esa dirección, y, apenas vuelva a tu lado, ya no seré la agente especial, sino lo que deseo con toda mi alma: una novia para el esposo ideal.

Viendo alejarse el coche, Joris sonreía, extasiado.

Solamente cuando el taxi le dejó ante el 114 de Rochechouart, en pleno Montmartre, leyó en el centro de la tarjeta:

«AGENCIA PROTEC»

En el primer piso, abrió la puerta un corpulento adiposo moreno. Luc Mestral saludó amistosamente:

—Adelante, Gaston. Celebro este momento, hombre. Ya conoces a Jules —Jules Lacroix bizqueó, sonriente. Se sentaron los tres. Gruñó Joris:

—¿Qué tal andamos?

—Pues ya ves... Jules y yo, desde que nos tratamos contigo en aquel barracón... ¿eh?... estábamos decididos a devolverte el favor.

—Cabal, cabal —aprobó Jules.

—Entonces, inesperadamente, se presentó una verdadera señorita. De categoría. Fina, educada y con una proposición bárbara. ¿Qué quieres decir, tú?

Lacroix parecía atacado de tartamudeo. Espetó por fin:

—Era la que nos tumbó a los dos, allá en el barracón. Y nos convenció. Ya me callo, Luc.

—La señorita Eva necesitaba dos hombres dispuestos a probar un experimento. Unas pieles y cabezas auténticas, trabadas químicamente y plastificadas para su fácil revestimiento. Eran impenetrables a los balazos. Y un gas que, al parecer, quitaba el sentido, sin mayor daño. Era un secreto, y juramos guardarlo. Y comprobar si servía. Se trataba de intervenir solamente cuando ella avisase de un modo u otro, convenido de antemano en cada visita que ella hacía. El plástico interior permite revestirse rápido. La cremallera no es visible entre el pelaje. Según parece, la impresión paraliza de estupor a los más bregados... ¿eh?

—Ya que lo afirmas, certifico y doy fe.

Rieron los marseleses muy a gusto. Joris rio algo amoscado.

Prosiguió Luc Mestral:

—Bueno, resulta que la señorita Eva dijo que tú eras un tipo sano, y que alguien quería eliminarte. Claro, ya sabía que nosotros, pagados por Stefan, intentamos cumplir el encargo... ¿eh?... y que tú, que pudiste dejarnos secos y tiesos... ¿eh? Bueno, el caso es que aceptamos con gran agrado, y ahora recibimos una paga sólida del Servicio Especial. Llevamos el revestimiento en el coche, en unas cajas, y en un santiamén, pues... ¿eh?...

—Hijos míos, el plástico ese es sensacional. Claro, puro gorila, aunque vayáis vosotros dos dentro, o precisamente por eso mismo, además. Y, naturalmente, tiene que seguir siendo un secreto.

—Sí, porque parece ser que quieren comprobar si es efectivo para sacar de quicio y obtener confesiones. Este y yo, por dentro, nos mondamos, porque provocamos un pánico que es algo increíble... ¿eh?

—Cuando me ibas echando toquécitos con el vaporizador, pudiste avisarme, ¿eh?

—La señorita Eva nos lo prohibió. Dijo que convenía que tu amigo y tú hablaseis de gorilas y otros animales. Porque parece ser que así, siempre queda el recurso, si un interrogado secretamente alude a dos gorilas, al día siguiente habrá bebido no sé qué porquería que le hará ver bichos por todas partes, y entonces nadie le hará maldito el caso, aunque sea el Embajador de Bubulandia. Algo bien planeado... ¿eh?

—Las ciencias adelantan que es una barbaridad. ¿Tardará Eva?

—Cuando suene aquel timbre, es que espera abajo. Cuando sonó el timbre, Gaston Joris salió embalado.

★ ★ ★

Firmin Lebrun despertó, muy satisfecho. En su cama, libre de cinturón opresor, y viendo a su amigo con su habitual aspecto, que le iba explicando los acontecimientos:

—... y acabada la pesadilla, tenemos un empleo formidable, viejo. Un camión nuestro. Pagado por el Servicio Especial, como prima por la recuperación de Konradin, su maldito «cliché» y la anulación de Didi. Haremos transportes. Eva llevará la caja. Y tú, a ver si le echas talento al asunto y te casas con Manon. Eran agentes, porque no habían todavía encontrado a sus hombres. Somos tú y yo.

—Ah, troncho, qué bueno. Vamos por ellos. ¡Vaya con Didi! Valiente cerdo, porque es un cerdo...

—Se acabó la Zoantropía, ¿estamos? Vamos por la tigresa y la tórtola.

FIN



UNA MUJER PARA LA TUMBA

por George H. White

La muchacha no pudo contestar. El hombre que estaba con ella en el bote le asestó un fuerte golpe en la cabeza, con el cañón de la pistola. La joven cayó de rodillas en el fondo del barquichuelo. El malvado levantó el brazo y disparó.

Harvey sintió la quemadura del plomo bajo el brazo, entre las costillas. No podía contestar al disparo, sin peligro de herir a Maud.

Dándose impulso, saltó audazmente al vacío, trazando un arco en el aire para ir a caer sobre el asesino que de nuevo levantaba el revólver.

El impacto de Harvey sobre el malhechor fue decisivo. El bote volcó, precipitando a sus tres ocupantes a las frías aguas del mar.

Fuertemente abrazado a su enemigo, Murphy se sintió ir al fondo, en mitad de un remolino de burbujas. La profundidad era allí escasa y las espaldas y la cabeza de Harvey golpearon contra la roca. El diabólico individuo que estaba sobre él supo aprovechar prontamente esta ventaja inicial, y, agarrando al abogado por el cuello, le sacudió para golpearle la cabeza contra el áspero fondo de roca.

UNA MUJER PARA LA TUMBA

*Apasionante novela que ofreceremos en el próximo número de **SERVICIO SECRETO***

¡Un relato audaz para el lector más exigente!



Psicosis

¿CONOCE USTED

... las horribles curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABU-ZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

eso
tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de **OSBORNE**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain

NOTAS

{1} *Designación familiar de los servicios especiales de información, oficiosos, dependientes del Special Branch británico y de la red soviética de agentes europeos.*

{2} *Policía Técnica Judicial.*

{3} *«Oficina Segunda», calificando al Servicio de Contraespionaje Francés. (N. del A.).*